el moderno sistema mundial

la agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI

siglo veintiuno editores

Immanuel Wallerstein

creative commons

siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTA, D.E. COLOMBIA

CC BY NC SA

portada de anhelo hernández

primera edición en español, marzo de 1979
segunda edición en español, mayo de 1979
© siglo xxi de españa editores, s.a.
en coedición con
siglo xxi editores, s.a.
ISBN 968-23-0482-2

primera edición en inglés, 1974
© academic press, inc., nueva york
título original: the modern world-system. capitalist agriculture and the origins of the european world-economy in the sixteenth century

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

* parcial: sólo capítulos 1 y 7

INDICE

	Págs.
AGRADECIMIENTOS	1
INTRODUCCIÓN: SOBRE EL ESTUDIO DEL CAMBIO SOCIAL	7
1. PRELUDIO MEDIEVAL	21
2. LA NUEVA DIVISIÓN EUROPEA DEL TRABAJO: *ca.* 1450-1640	93
3. LA MONARQUÍA ABSOLUTA Y EL ESTATISMO	187
4. DE SEVILLA A AMSTERDAM: EL FRACASO DEL IMPERIO	233
5. LOS ESTADOS FUERTES DEL CENTRO: FORMACIÓN DE CLASE Y COMERCIO INTERNACIONAL	319
6. LA ECONOMÍA-MUNDO EUROPEA: LA PERIFERIA FRENTE A LA ARENA EXTERIOR	425
7. REPASO TEÓRICO	489
BIBLIOGRAFÍA	503
INDICE DE ILUSTRACIONES	545
INDICE DE NOMBRES	547

INTRODUCCION: SOBRE EL ESTUDIO DEL CAMBIO SOCIAL

El cambio es eterno. Nada cambia jamás. Los dos tópicos son «ciertos». Las estructuras son los arrecifes de coral de las relaciones humanas, que tienen una existencia estable durante un período relativamente largo de tiempo. Pero las estructuras también nacen, se desarrollan y mueren.

A menos que queramos utilizar el estudio del cambio social como un término sinónimo de la totalidad de la ciencia social, su significado debería verse restringido al estudio de los cambios en los fenómenos que son más duraderos, viéndose por supuesto sometida la propia definición de durabilidad a cambios con respecto al tiempo y lugar históricos.

Una de las principales afirmaciones de la ciencia social mundial es que existen ciertas grandes divisorias en la historia del hombre. Una de tales divisorias, reconocida en general, aunque estudiada sólo por una minoría de científicos sociales, es la llamada revolución neolítica o agrícola. La otra gran divisoria es la creación del mundo moderno.

Este último evento aparece como centro de la mayor parte de las teorías de las ciencias sociales contemporáneas, y de hecho, también de las del siglo XIX. Sin duda, existen inmensas discusiones sobre cuáles son las características que definen los tiempos modernos (y en consecuencia sobre sus límites temporales). Es más, existe un gran desacuerdo acerca de los principios motores de este proceso de cambio, pero parece existir un consenso muy extendido de que en los últimos cientos de años se dieron de hecho grandes cambios estructurales en el mundo, cambios que hacen que el mundo de hoy sea cualitativamente diferente del mundo de ayer. Incluso aquellos que rechazan los supuestos evolucionistas de un progreso predeterminado, aceptan no obstante las diferencias de estructuras.

¿Cuáles son las unidades de estudio apropiadas si se desea describir esta «diferencia» y justificarla? En cierto sentido muchos de los debates históricos más importantes de nuestro tiempo pueden ser reducidos a planteamientos en torno a esto. Es la

gran búsqueda de las ciencias sociales contemporáneas. Resulta por lo tanto apropiado comenzar un trabajo que pretende analizar el proceso del cambio social en el mundo moderno con un itinerario intelectual de la propia búsqueda conceptual.

Comencé interesándome en las raíces sociales del conflicto político en el seno de mi propia sociedad. Pensé que, comprendiendo las modalidades de tal conflicto, podría contribuir como persona racional a la conformación de esta sociedad. Esto me llevó a dos grandes debates. Uno era el de en qué medida «toda la historia es la historia de la lucha de clases». Planteado de otra manera, ¿son las clases las únicas unidades operativas en la arena social y política? ¿O, como planteaba Weber, acaso no son más que una de la trinidad de unidades —clase, grupo de estatus y partido— que existen, y cuyas interacciones explican el proceso político? Aunque yo tenía mis prejuicios acerca del asunto, descubrí, al igual que otros antes que yo, que ni la definición de estos términos ni la descripción de sus relaciones mutuas eran fáciles de elucidar. Sentí cada vez con más fuerza que aquél era mucho más un problema conceptual que empírico, y que para resolver el debate, al menos en mi propia mente, tendría que plantear las cuestiones en un contexto intelectual más amplio.

El segundo gran debate, ligado al primero, era acerca del grado en el cual podría existir o existía de hecho un consenso de valores en el seno de una sociedad dada, y, en la medida en la que tal consenso existiera, sobre el grado en que su presencia o ausencia pudiera ser de hecho un determinante primordial de las acciones de los hombres. Este debate está relacionado con el primero, debido a que sólo si se rechaza el carácter primordial de las luchas sociales en la sociedad civil puede plantearse siquiera la cuestión.

Los valores son, por supuesto, un objeto de observación extremadamente elusivo, y empecé a sentirme extraordinariamente a disgusto con una gran parte de las teorizaciones acerca de los valores, que a menudo parecían combinar la ausencia de una base empírica rigurosa con una verdadera afrenta al sentido común. No obstante seguía estando claro que los hombres y los grupos justificaban de hecho sus acciones con referencia a determinadas ideologías. Más aún, parecía también estar claro que los grupos se hacían más coherentes y en consecuencia más eficaces políticamente en la medida en que eran conscientes de sí mismos, lo que significaba que desarrollaban un lenguaje común y una *Weltanschauung*.

Trasladé mi zona de interés empírico desde mi propia sociedad al Africa, con la esperanza de que o bien vería confirmadas algunas teorías por lo que pudiera encontrar allí, o de que una ojeada a tierras distantes agudizaría mi percepción al concentrar mi atención en cuestiones que en caso contrario habría pasado por alto. Yo esperaba que ocurriera lo primero, pero fue lo último lo que ocurrió.

Fui por primera vez a Africa durante la era colonial, siendo testigo del proceso de «descolonización», y después de la independencia de una verdadera cascada de Estados soberanos. Blanco como era, me vi bombardeado por el ataque de la mentalidad colonial de los europeos que llevaban largo tiempo residiendo en Africa. Y, simpatizante de los movimientos nacionalistas como era, fui testigo de excepción de los iracundos análisis y las optimistas pasiones de los jóvenes militantes de los movimientos africanos. No tardé mucho en darme cuenta de que estos grupos no sólo estaban enfrentados en los aspectos políticos, sino que abordaban la situación con esquemas conceptuales completamente diferentes.

En general, donde se da un conflicto profundo, los ojos de los oprimidos disfrutan de mayor agudeza en la percepción de la realidad presente. Ya que por propio interés, más les vale percibirla correctamente para poder así denunciar las hipocresías de sus gobernantes. Tienen menor interés en la deformación ideológica. Así fue en este caso. Los nacionalistas veían la realidad en la que estaban inmersos como una «situación colonial», es decir, una situación en la que tanto su acción social como la de los europeos que vivían con ellos codo con codo como administradores, misioneros, profesores y comerciantes venían determinadas por las restricciones de una única entidad legal y social. Más aún, percibían que la maquinaria política estaba basada en un sistema de castas en el que el rango y, en consecuencia, los beneficios, venían determinados en base a la raza.

Los nacionalistas africanos estaban empeñados en cambiar las estructuras políticas en cuyo seno vivían. He contado esta historia en otro lugar y no es relevante hacer referencia a ella aquí. Lo que aquí es relevante es que así me hice consciente del grado en que la sociedad como abstracción quedaba grandemente limitada a sistemas político-jurídicos como realidad empírica. Era una perspectiva falsa el adoptar una unidad como la «tribu» e intentar analizar su funcionamiento sin hacer referencia al hecho de que, en una situación colonial, las instituciones gobernantes de una «tribu», lejos de ser «soberanas»,

estaban seriamente circunscritas por las leyes (y las costumbres) de una entidad mayor de la cual formaban parte indisociable, léase la colonia. De hecho esto me llevó a la generalización más amplia de que el estudio de la organización social era en su mayor parte deficiente debido a la muy extendida falta de consideración del marco legal y político en el que tanto las organizaciones como sus miembros operan.

Intenté descubrir los atributos generales de una situación colonial y describir lo que yo consideraba su «historia natural». Pronto quedó claro para mí que tenía que considerar al menos algunos factores del sistema mundial como constantes. De modo que me limité a hacer un análisis de cómo operaba el sistema colonial para aquellos países que eran colonias de potencias europeas en los siglos XIX y XX, y que eran «posesiones ultramarinas» de las citadas potencias. Dada esta constante, pensé que podría hacer afirmaciones aplicables en general acerca del impacto de la imposición de la autoridad colonial sobre la vida social, sobre los motivos y las modalidades de resistencia a esta autoridad, los mecanismos por medio de los cuales se atrincheraban y buscaban legitimar su poder los poderes coloniales, la naturaleza contradictoria de las fuerzas que podían operar en este marco, las razones por las que los hombres se veían llevados a formar organizaciones que se opusieran al gobierno colonial, y los elementos estructurales que favorecían la expansión y el eventual triunfo político de los movimientos anticolonialistas. La unidad de análisis en todo esto era el territorio colonial, tal y como había sido definido legalmente por la potencia administradora.

Estaba igualmente interesado en lo que pudiera pasar con estos «Estados nuevos» después de su independencia. Al igual que el estudio de los territorios nacionales parecía centrarse en las causas del hundimiento del orden político existente, el estudio del período posterior a la independencia parecía centrarse exactamente en lo opuesto: cómo se establece una autoridad legítima y se extiende entre los ciudadanos un sentimiento de pertenencia a la entidad nacional.

Este último estudio se encontró, no obstante, con problemas. En primer lugar, el estudiar las políticas posteriores a la independencia de los Estados afroasiáticos parecía tanto como correr tras las primeras planas de los periódicos. Por lo tanto podría haber relativamente poca profundidad histórica. Lo que es más, estaba también la peliaguda cuestión de América Latina. Había muchos aspectos en los que las situaciones de allí parecían ser paralelas, y cada vez más gente empezó a considerar a

los tres continentes como un «tercer mundo». Pero los países latinoamericanos eran independientes desde hacía ciento cincuenta años. Sus culturas estaban mucho más cercanamente ligadas a la tradición europea que cualquiera de las existentes en Africa o Asia. La totalidad de mi empresa parecía balancearse sobre un terreno extremadamente inestable.

En busca de una unidad de análisis apropiada, me dediqué a los «Estados durante el período posterior a la independencia formal pero anterior al logro de lo que podríamos llamar integración nacional». Podría considerarse que esta definición incluye a América Latina durante todo o casi todo el período que llega hasta hoy en día. Pero evidentemente incluye también otras áreas. Incluía, por ejemplo, a los Estados Unidos de América, al menos en el período previo a, digamos, la guerra de secesión. Incluía sin duda a la Europa oriental, al menos hasta el siglo XX, y posiblemente incluso hasta hoy en día. E incluía incluso a la Europa occidental y del sur, al menos en lo que se refiere a períodos de tiempo anteriores.

Me vi por lo tanto obligado por esta lógica a dedicar mi atención a la primera época de la Europa moderna. Esto en primer lugar me llevó a la cuestión de qué era lo que debía tomar como punto de partida para este proceso, un proceso que yo formulaba provisionalmente, a falta de mejores herramientas conceptuales, como el proceso de modernización. Más aún, tenía no sólo que considerar el tema de los puntos de partida, sino también el de los puntos terminales, a menos que estuviera dispuesto a incluir como ejemplos de este mismo proceso social a Gran Bretaña o a la Alemania del siglo XX. Ya que eso *prima facie* parecía dudoso, había que pensar acerca de los puntos terminales.

En este momento estaba ya claramente metido en un esquema desarrollista, y tenía alguna noción implícita acerca de los estadios del desarrollo. Esto a su vez planteaba dos problemas: criterios para la determinación de etapas, y comparabilidad de las unidades a lo largo del tiempo histórico.

¿Cuántas etapas había habido? ¿Cuántas podían darse? ¿Es la industrialización el punto decisivo o la consecuencia de algún giro decisivo en la política? ¿Cuál sería en este contexto el significado empírico de un término como «revolución», como en el caso de la revolución francesa o de la revolución rusa? ¿Eran estas etapas unidireccionales o podía una unidad moverse «hacia atrás»? Parecía ser que me había metido en un verdadero pantano intelectual.

Más aún, salir de aquel pantano intelectual resultó muy difícil debido a la ausencia de instrumentos de medida razonables. ¿Cómo podía uno decir que la Francia del siglo XVII era en algún aspecto equivalente a la India del siglo XX? Los legos podrían considerar tal afirmación absurda. ¿Estarían acaso tan equivocados? Está muy bien y es muy cómodo eso de apoyarse en las fórmulas de los libros de texto acerca de las virtudes de la abstracción científica, pero las dificultades prácticas de la comparación parecían inmensas.

Una forma de manejar la «absurda» idea de comparar unidades tan dispares era aceptar la legitimidad de aquella objeción y añadir otra variable: el contexto mundial de cualquier era determinada, o lo que Wolfram Eberhard llama «tiempo mundial». Esto significaba que mientras que la Francia del siglo XVII podría haber compartido ciertas características estructurales con la India del siglo XX, debían de ser consideradas como muy diferentes en las dimensiones del contexto mundial. Esto fue conceptualmente clarificador, pero hizo que las mediciones fueran aún más complicadas.

Finalmente, parecía haber otra dificultad. Si determinadas sociedades atravesaban «etapas», es decir, tenían una «historia natural», ¿qué sucedía entonces con el propio sistema mundial? ¿Acaso no tenía «etapas», o al menos una «historia natural»? Si así fuera, ¿no estaríamos estudiando evoluciones comprendidas dentro de otras evoluciones? Y de ser ese el caso, ¿no se estaría convirtiendo la teoría en algo ligeramente sobrecargado en epiciclos? ¿No estaría pidiendo a voces algún toque de simplificación?

Al menos así me lo pareció a mí. Fue en ese momento cuando abandoné definitivamente la idea de tomar como unidad de análisis tanto el Estado soberano como ese otro concepto aún más vago, la sociedad nacional. Decidí que ninguno de los dos era un sistema social y que solamente podía hablarse de cambios sociales en sistemas sociales. En este esquema el único sistema social era el sistema mundial.

Esto fue por supuesto muy simplificador. Tenía un único tipo de unidad en lugar de unidades dentro de otras unidades. Podía explicar los cambios en los Estados soberanos como consecuencias de la evolución y la interacción del sistema mundial. Pero también resultaba extraordinariamente complicado. Probablemente sólo tendría un ejemplo de esta unidad en la era moderna. Supongamos incluso que yo estaba en lo cierto, que la unidad correcta de análisis era el sistema mundial y que los Estados soberanos debían ser considerados tan sólo como un

tipo de estructura organizativa entre otras en el seno de este único sistema social. ¿Podía yo entonces hacer algo más que limitarme a escribir su historia?

Yo no tenía interés en escribir su historia, ni siquiera tenía ni de lejos los conocimientos empíricos necesarios para tal tarea. (Y por su propia naturaleza muy pocos individuos podrían llegar a hacerlo.) Pero, ¿puede haber leyes que incluyan lo único? En un sentido riguroso, por supuesto que no. Una afirmación de causalidad o de probabilidad se hace en términos de una serie de fenómenos semejantes o de casos semejantes. Incluso si incluyéramos en una serie tal aquellos que probablemente o incluso posiblemente se podrían dar en un futuro, lo que podría proponerse aquí no sería añadir una serie de posibles casos futuros a un conjunto de casos presentes y pasados. Sería añadir una serie de casos posibles en el futuro a un único caso pasado y presente.

Sólo ha habido un «mundo moderno». Tal vez algún día se descubrirán fenómenos comparables en otros planetas o sistemas mundiales adicionales en este mismo. Pero, aquí y ahora, la realidad estaba clara: tan sólo uno. Fue aquí donde me vi inspirado por la analogía con la astronomía que pretende explicar las leyes que gobiernan el universo, aunque (por lo que nosotros sabemos) jamás ha existido más que un universo.

¿Qué es lo que hacen los astrónomos? Por lo que tengo entendido, la lógica de sus argumentaciones comprende dos operaciones distintas. Ellos utilizan las leyes derivadas del estudio de entidades físicas de menor tamaño, las leyes de la física, y argumentan que, tal vez con ciertas excepciones específicas, estas leyes se aplican por analogía a la totalidad del sistema. En segundo lugar razonan *a posteriori*. Si la totalidad del sistema ha de estar en un estado determinado en el momento *y*, lo más probable es que estuviera en un estado determinado en el momento *x*.

Ambos métodos son engañosos, y es por eso por lo que en el campo de la cosmología, que es el estudio del funcionamiento del sistema como un todo, existen hipótesis asombrosamente opuestas, mantenidas por astrónomos de reputación. Al igual que las hay en las explicaciones acerca del sistema mundial moderno, un estado de cosas que lo más probable es que perviva durante algún tiempo. De hecho, los estudiosos del funcionamiento del sistema mundial posiblemente tengan más facilidades que los estudiosos del funcionamiento del universo, en lo que se refiere a la cantidad de evidencia empírica de la que disponen.

En cualquier caso, me vi inspirado por el epigrama de T. J. G. Locher: «no se debe confundir totalidad con completitud. El todo es más que la suma de las partes, pero también es sin duda menos» [1].

Estaba intentando describir el sistema mundial a un cierto nivel de abstracción, el de la evolución de las estructuras de la totalidad del sistema. Tenía interés en describir sucesos particulares tan sólo en la medida en la que iluminaran el sistema como ejemplos típicos de algún mecanismo, o en la medida en que fuesen puntos decisivos cruciales en algún cambio institucional de primer orden.

Este tipo de proyecto será abordable en la medida en que exista una buena cantidad de material empírico, y este material exista al menos parcialmente en forma de trabajos planteados en controversia. Afortunadamente este parece ser el caso ya para un gran número de temas de la historia moderna.

Uno de los principales avances de la ciencia social moderna ha sido el intento de lograr una cuantificación de los hallazgos de la investigación. El utilizar las descripciones densamente narrativas de la mayor parte de la investigación histórica no parece prestarse a tal cuantificación. ¿Cuál es entonces la fiabilidad de tales datos, y en qué medida puede uno sacar conclusiones seguras del material acerca del funcionamiento de un sistema como tal? Es una tragedia esencial de las ciencias sociales del siglo XX que una proporción tan grande de científicos sociales, al enfrentarse con este dilema, hayan tirado la toalla. Los datos históricos les parecían vagos y sin afinar, y por lo tanto no merecedores de confianza. Sentían que no había gran cosa que hacer al respecto y que por lo tanto era mejor el evitar usarlos. Y la mejor forma de no usarlos era formular los problemas de tal forma que su uso no fuera indicado.

Así, la cuantificabilidad de los datos determinaba la elección de los problemas para la investigación, que a su vez determinaban los aparatos conceptuales con los cuales se habían de definir y utilizar los datos empíricos. A poco que lo pensemos quedará claro que esto es una inversión del proceso científico. La conceptualización debe determinar la elección de los instrumentos para la investigación, y no al revés. El grado de cuantificación debería reflejar simplemente el máximo de precisión posible para problemas y métodos dados en momentos determinados.

---

[1] *Die Überwindung des europäozentrischen Geschichtsbildes* (1954), p. 15, citado por G. Barraclough en H. P. R. Finberg, comp., *Approaches to history: a symposium,* Toronto, Univ. of Toronto Press, 1962, p. 94.

Siempre es más deseable una mayor que una menor cuantificación, en la medida en la que se refiera a cuestiones que derivan del ejercicio conceptual. En esta etapa del análisis del sistema mundial, el grado de cuantificación logrado e inmediatamente realizable es limitado. Hacemos lo más que podemos y seguimos adelante a partir de ahí.

Finalmente está la cuestión de la objetividad y del compromiso. Yo no creo que exista ciencia social que no esté comprometida. Eso, no obstante, no significa que sea imposible ser objetivo. En primer lugar se trata de definir claramente nuestros términos. En el siglo XIX, como rebelión en contra de los tonos de cuento de hadas de tanta literatura histórica previa, se nos dio el ideal de contar la historia *wie es eigentlich gewesen ist*. Pero la realidad social es distinta. Existe en el presente y desaparece al ir convirtiéndose en pasado. Sólo se puede narrar verdaderamente el pasado como *es*, no como era. Ya que el rememorar el pasado es un acto social del presente hecho por hombres del presente y que afecta al sistema social del presente.

La «verdad» cambia porque la sociedad cambia. En un momento dado nada es sucesivo, todo es contemporáneo, incluso aquello que es ya pasado. En el presente todos somos irremediablemente producto de nuestro medio, nuestra educación, nuestra personalidad y nuestro papel social, y las presiones estructuradas en cuyo seno operamos. Eso no quiere decir que no haya opciones. Más bien todo lo contrario. Un sistema social y todas sus instituciones constituyentes, incluyendo el Estado soberano del mundo moderno, son el espacio de una amplia gama de grupos sociales, en contacto, en colusión y, por encima de todo, en conflicto los unos con los otros. Ya que todos pertenecemos a múltiples grupos, a menudo tenemos que tomar decisiones en cuanto a las prioridades que nuestras lealtades exigen. Los estudiosos y los científicos no están por ningún motivo exentos de este requerimiento. Ni tampoco ese requerimiento se ve limitado a sus papeles no académicos y directamente políticos en el seno del sistema social.

Por supuesto, ser un investigador o un científico es cumplir un determinado papel en el sistema social, un papel bastante diferente del de apologistas de cualquier grupo en particular. No pretendo denigrar el papel de abogado. Es esencial y honorable, pero no es el mismo del estudioso o científico. El papel de este último es el de discernir, en el marco de su compromiso, la realidad presente de los fenómenos que estudia, y derivar de este estudio unos principios generales a partir de los cuales se pueden hacer en último término aplicaciones particulares. En

este sentido no existe un área de estudio que no sea «relevante». Ya que la adecuada comprensión de la dinámica social del presente requiere una comprensión teórica que sólo puede estar basada en el estudio de la más amplia gama posible de fenómenos, incluyendo la totalidad del tiempo y el espacio históricos.

Cuando hablo de la «realidad presente» de los fenómenos, no quiero decir que por ejemplo un arqueólogo, para fortalecer las afirmaciones políticas de un gobierno, deba afirmar que los artefactos que descubre pertenezcan a un grupo, creyendo de hecho que en realidad pertenecen a otro. Quiero decir que la totalidad de la empresa arqueológica, desde su mismo comienzo —la inversión social en esta rama de la actividad científica, la orientación de la investigación, las herramientas conceptuales, los modos de resumir y comunicar los resultados—, es función del presente social. Pensar lo contrario es en el mejor de los casos engañarse a sí mismo. La objetividad es la honestidad dentro del marco en el que uno se mueve.

La objetividad es una función de la totalidad del sistema social. En la medida en que el sistema sea asimétrico, concentrando ciertos tipos de actividades de investigación en manos de grupos particulares, los resultados se «inclinarán» en favor de estos grupos. La objetividad es el vector de una distribución de la inversión social en una actividad tal que ésta sea realizada por personas enraizadas en todos los grupos fundamentales del sistema, de una manera equilibrada. Partiendo de esta definición, hoy en día no gozamos de unas ciencias sociales objetivas. Por otra parte, éste no es un objetivo irrealizable dentro de un futuro previsible.

Hemos sugerido ya que el estudio de los sistemas mundiales resulta particularmente peliagudo debido a la imposibilidad de localizar ejemplos comparables. También resulta particularmente peliagudo dado que el impacto social de las afirmaciones acerca del sistema social resulta clara e inmediatamente evidente para todos los principales actores de la arena política. De ahí que las presiones sociales ejercidas sobre los estudiosos y los científicos, bajo la forma de un control social relativamente estrecho sobre sus actividades, resulten particularmente grandes en este terreno. Esto suministra una explicación más que añadir a la de los dilemas metodológicos para explicar la desgana de los investigadores en abordar estudios en este terreno.

Pero, por otra parte, ésta es precisamente la razón por la que es importante hacerlo. La capacidad del hombre para participar inteligentemente en la evolución de su propio sistema

depende de su habilidad para percibirlo en su totalidad. Cuanto más difícil admitamos que resulta el trabajo, tanto más urgente es que abordemos el problema mejor antes que después. Por supuesto no todos los grupos están interesados en que esto ocurra. Aquí es donde aparece el problema del compromiso. Depende de la imagen que tengamos de una buena sociedad. En la medida en la que queramos un mundo más igualitario y más libertario, hemos de comprender las condiciones bajo las cuales estos estados del ser son realizables. El hacerlo requiere en primer lugar una clara exposición de la naturaleza y la evolución del sistema mundial moderno hasta hoy, y la gama de desarrollos posibles en el presente y en el futuro. Tal clase de conocimiento supondría poder. Y en el marco de mi compromiso sería un poder que resultaría especialmente útil para aquellos grupos que representan los intereses de la parte mayor y más oprimida de la población mundial.

Por lo tanto, con estas consideraciones en mente me he embarcado en este esfuerzo de analizar los elementos determinantes del sistema mundial moderno. Supondrá varios volúmenes el lograrlo, incluso la forma preliminar que esta obra necesariamente tendrá.

He dividido el trabajo, al menos inicialmente, en cuatro partes principales, correspondientes a lo que yo considero cuatro épocas fundamentales, hasta hoy, del sistema mundial moderno. Este primer volumen se ocupa de los orígenes y las condiciones primitivas del sistema mundial, hasta entonces tan sólo un sistema mundial europeo. Las fechas aproximadas de esta etapa son 1450-1640. El segundo volumen se ocupará de la consolidación de este sistema, aproximadamente entre 1640 y 1815. El tercero se ocupará de la conversión de la economía-mundo en una empresa global, hecha posible por la transformación tecnológica del industrialismo moderno. Esta expansión fue tan repentina y tan grande que el sistema tuvo de hecho que ser recreado. Este período es aproximadamente el de 1815-1917. El cuarto volumen tratará de la consolidación de la citada economía-mundo capitalista desde 1917 hasta el presente, y las tensiones «revolucionarias» particulares que esta consolidación ha provocado.

Una gran parte de las ciencias sociales contemporáneas se han convertido en el estudio de grupos y organizaciones, cuando no en psicología social disfrazada. Este trabajo, no obstante, no implica el estudio de grupos, sino el de sistemas sociales. Cuando uno estudia un sistema social las líneas de división clásicas entre las ciencias sociales carecen de sentido. La antro-

pología, la economía, las ciencias políticas, la sociología —y la historia— son divisiones de la disciplina en cuestión, ancladas en una cierta concepción liberal del Estado y su relación con sectores funcionales y geográficos del orden social. Tienen un cierto sentido si el centro de nuestro estudio son las organizaciones. No tienen absolutamente ninguno si lo es el sistema social. No pretendo que se aborde desde un punto de vista multidisciplinario el estudio de los sistemas sociales, sino más bien que se haga de forma unidisciplinaria. El contenido sustantivo de este libro clarificará, espero, lo que quiero decir con esta frase, y hasta qué punto me la tomo en serio.

1. PRELUDIO MEDIEVAL

A finales del siglo XV y principios del XVI, nació lo que podríamos llamar una economía-mundo europea. No era un imperio, pero no obstante era espaciosa como un gran imperio y compartía con él algunas características. Pero era algo diferente y nuevo. Era un tipo de sistema social que el mundo en realidad no había conocido anteriormente, y que constituye el carácter distintivo del moderno sistema mundial. Es una entidad económica pero no política, al contrario que los imperios, las ciudades-Estado y las naciones-Estado. De hecho, precisamente comprende dentro de sus límites (es difícil hablar de fronteras) imperios, ciudades-Estado, y las emergentes «naciones-Estado». Es un sistema «mundial», no porque incluya la totalidad del mundo, sino porque es mayor que cualquier unidad política jurídicamente definida. Y es una «*economía*-mundo» debido a que el vínculo básico entre las partes del sistema es económico, aunque esté reforzado en cierta medida por vínculos culturales y eventualmente, como veremos, por arreglos políticos e incluso estructuras confederales.

Por el contrario, un imperio es una unidad política. Por ejemplo, Shmuel Eisenstadt lo ha definido de la siguiente forma:

> El término «imperio» ha sido utilizado para designar un sistema político que comprende amplios territorios, relativamente muy centralizados, y en el cual el centro, personificado tanto en la persona del emperador como en las instituciones políticas centrales, constituye una entidad autónoma. Más aún, aunque los imperios han estado habitualmente basados en una legitimación tradicional, han abrazado a menudo una orientación política y cultural más amplia, potencialmente universal, que iba más allá de cualquiera de sus partes componentes [1].

En este sentido los imperios fueron una característica constante del panorama mundial a lo largo de cinco mil años. Exis-

[1] S. N. Eisenstadt, «Empires», *International Encyclopedya of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan y Free Press, 1968, V, p. 41.

tieron varios imperios en diversas partes del mundo de forma continua en cualquier momento dado. La centralización política de un imperio constituía al mismo tiempo su fuerza y su mayor debilidad. Su fuerza se basaba en el hecho que garantizaba flujos económicos desde la periferia hacia el centro por medio de la fuerza (tributos e impuestos) y de ventajas monopolísticas en el comercio. Su debilidad yacía en el hecho de que la burocracia necesaria para su estructura política tendía a absorber un exceso de los beneficios, especialmente cuando la represión y la explotación originaban revueltas que aumentaban los gastos militares [2]. Los imperios políticos son un medio primitivo de dominación económica. Si se quiere plantearlo así, el logro social del mundo moderno consiste en haber inventado la tecnología que hace posible incrementar el flujo de excedente desde los estratos inferiores a los superiores, de la periferia al centro, de la mayoría a la minoría, eliminando el «despilfarro» de una superestructura política excesivamente engorrosa.

He dicho ya que la economía-mundo es un invento del mundo moderno. Esto no es del todo cierto. Existieron economías-mundo anteriormente. Pero siempre acabaron transformándose en imperios: China, Persia, Roma. La economía-mundo moderna podría haber ido en la misma dirección —de hecho esporádicamente ha dado la impresión de que iba a hacerlo— pero las técnicas del capitalismo moderno y la tecnología de la ciencia moderna, que como ya sabemos están un tanto ligadas entre sí, permitieron que esta economía-mundo creciera, produjera y se expandiera sin la emergencia de una estructura política unificada [3].

---

[2] Una discusión acerca de las contradicciones internas de los imperios, como explicación de su decadencia, aparece en S. N. Eisenstadt, «The causes of desintegration and fall of empires: sociological and historical analyses», *Diogenes*, 34, verano de 1961, pp. 82-107.

[3] Y fue una señal de sabiduría política el darse cuenta de esto. El primer signo de tal sabiduría fue la negativa de Venecia en el siglo XIII a asumir las cargas políticas del imperio bizantino. Mario Abrate observa:

«El organismo político que emergió de la cuarta cruzada, el imperio latino de Oriente, depositaba todas sus esperanzas de supervivencia en la continuidad de sus lazos con Occidente.

»Venecia, la potencia que había apoyado la cruzada y suministrado los medios navales para llevarla a cabo, no quería echar sobre sus hombros la carga del gobierno político del imperio (el dogo Enrico Dandolo rechazó de hecho el trono que le fue ofrecido), pero se aseguró, casi automáticamente, el monopolio de las comunicaciones y mercados marítimos para todos los territorios controlados por el nuevo dominio latino.» «Creta, colonia veneziana nei secoli XIII-XV», *Economia e Storia*, IV, 3, julio-septiembre de 1957, p. 291.

Lo que hace el capitalismo es ofrecer una fuente alternativa y más lucrativa de apropiación del excedente (al menos más lucrativa a largo plazo). Un imperio es un mecanismo para recaudar tributos, lo que en la significativa imagen de Frederic Lane significa «pagos recibidos a cambio de protección, pero pagos que superan el costo necesario para producir tal protección»[4]. En una economía-mundo capitalista, la energía política se utiliza para asegurarse derechos monopolísticos (o algo lo más parecido posible). El Estado se convierte no tanto en la empresa económica central como en el medio de asegurar ciertos términos de intercambio en otras transacciones económicas. De esta forma, el funcionamiento del mercado (no su funcionamiento *libre*, pero no obstante su funcionamiento) crea incentivos para incrementar la productividad, y todo el conjunto de rasgos consiguiente que acompaña al desarrollo económico moderno. La economía-mundo es la arena en la cual transcurren estos procesos.

Una economía-mundo parece ser limitada en sus dimensiones. Ferdinand Fried observó que:

> Si tomamos en cuenta todos los factores, vemos que el espacio de la economía «mundial», en la antigüedad romana, podía recorrerse en de cuarenta a sesenta días, utilizando los mejores medios de transporte [...] En nuestros días (1939), tardamos también, sobre poco más o menos, de cuarenta a sesenta días en cubrir todo el espacio de la economía mundial moderna. Esto, suponiendo que se empleen solamente los medios normales de transporte de mercancías[5].

Y Fernand Braudel añade que se podría decir que ésta era también la extensión temporal del mundo mediterráneo en el siglo XVI[6].

---

[4] Frederic C. Lane, «The economic meaning of war and protection», en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, p. 389.

[5] Ferdinand Fried, *Le tournant de l'économie mondiale* (1942), citado en Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, Armand Colin, 1966, 2.ª ed. corregida y aumentada, I, p. 339.

[6] Véase Braudel, *La Méditerranée*, I, pp. 339-340. En cuanto a Europa en el siglo XV, Garrett Mattingly argumenta que requería aún unidades de menor escala: «A principios del siglo XV la sociedad occidental carecía aun de recursos para organizar Estados estables a escala nacional. Podía hacerlo a escala de la ciudad-Estado italiana. Internamente, las menores distancias a superar hicieron resolubles en la práctica los problemas del transporte y de la comunicación, y consiguientemente los problemas de la recolección de impuestos y del mantenimiento de la autoridad central». *Renaissance diplomacy*, Londres, Jonathan Cape, 1955, p. 59.

Pero, dice Mattingly, esto cambia para el siglo siguiente: «[En] térmi-

Los orígenes y el funcionamiento de la citada economía-mundo europea de sesenta días, en el siglo XVI, es lo que nos ocupa ahora[7]. No obstante es vital recordar que Europa no era la única economía-mundo en aquellos tiempos. Había otras[8]. Pero sólo Europa se embarcó en el camino del desarrollo capitalista que la capacitó para desbancar a las otras. ¿Cómo y por qué ocurrió esto? Empecemos viendo lo que pasó en el mundo a lo largo de los tres siglos anteriores a 1450. En el siglo XII el hemisferio oriental contenía una serie de imperios y pequeños mundos, muchos de los cuales estaban mutuamente entrelazados en sus límites. En aquellos tiempos el Mediterráneo era un foco comercial donde se encontraban Bizancio, las ciudades-Estado italianas, y en cierta medida partes del norte de Africa. El complejo océano Indico-mar Rojo formaba otro foco semejante. La región de China era un tercer foco. La masa de tierra del Asia central, desde Mongolia hasta Rusia, un cuarto. El área báltica estaba a punto de convertirse en un quinto foco. No obstante el noroeste de Europa era un área muy marginal en términos económicos. El principal modo social u organización era lo que ha venido a llamarse feudalismo.

Debemos tener muy claro lo que no era el feudalismo. No era una «economía natural», es decir una economía de autosubsistencia. El feudalismo de Europa occidental surgió de la desintegración de un imperio, desintegración que en realidad jamás fue total, ni siquiera *de jure*[9]. El mito del imperio roma-

---

nos de relaciones comerciales, o de logística militar, o incluso de comunicación diplomática, las distancias en Europa eran perceptiblemente mayores en el siglo XIV que en el XVI» *(ibid.*, p. 60).

[7] «Cuando uno dice "mundo", refiriéndose al siglo XVI [...] de hecho, uno se refiere habitualmente a Europa [...] A escala mundial, hablando geográficamente, la economía del Renacimiento es un aspecto regional sin duda primordial, pero no obstante regional.» Michel Mollat, «Y a-t-il une économie de la Renaissance?», en *Actes du colloque sur la Renaissance*, París, Vrin, 1958, p. 40.

[8] «Antes de la constitución de una verdadera economía mundial (aun incompleta en el siglo XX), cada núcleo de población aparece en el centro de una red de comunicaciones [...] Cada uno de estos mundos corresponde [...] a un núcleo con una elevada densidad de población. Está limitado por desiertos, por mares, por tierras vírgenes. El caso de Europa y el de China son particularmente claros.» Pierre Chaunu, *L'expansion européenne du XIIIe au XVe siècle*, París, Presses Universitaires de France, 1969, p. 255.

[9] Marc Bloch atacó frontalmente la confusión básica: «Claramente, del hecho de que una transacción estipule un precio en equivalentes monetarios o en especie, no se puede deducir legítimamente, sin evidencia más precisa, que el pago fuera hecho o no realmente en metálico [...].

no suministraba aún una cierta coherencia cultural e incluso legal al área. La cristiandad servía como un conjunto de parámetros en el seno de los cuales tenía lugar la actividad social. La Europa feudal era una «civilización», pero no un sistema mundial.

No tendría ningún sentido concebir las áreas en las que existía el feudalismo como poseedoras de dos economías, una economía de mercado en las ciudades y una economía de subsistencia en los señoríos rurales. En el siglo XX, con referencia al llamado mundo subdesarrollado, este enfoque ha sido planteado bajo la etiqueta de teoría de la «economía dual». Más bien, como sugiere Daniel Thorner:

> Sin duda nos estaremos engañando a nosotros mismos si pensamos que las economías campesinas están orientadas exclusivamente hacia su propia subsistencia, y consideramos «capitalista» toda orientación hacia el «mercado». Es más razonable partir del supuesto de que, durante muchos siglos, las economías campesinas han participado de ambas orientaciones [10].

¿Durante muchos siglos? ¿Cuántos? B. H. Slicher van Bath, en su importante trabajo acerca de la historia agraria europea, fija el punto culminante en torno al 1150 d.C. Incluso antes de eso, no cree que Europa occidental estuviera inmersa en la

---

»Al igual que las instituciones políticas del feudalismo, caracterizadas por un profundo debilitamiento del Estado, no obstante suponían el recuerdo y mostraban las huellas de un pasado en el que el Estado había sido fuerte, igualmente la economía, incluso cuando el intercambio llegó a ser mínimo, nunca perdió su vinculación a un esquema monetario, cuyos principios habían sido heredados de civilizaciones precedentes.» «Economie-nature ou économie-argent: un pseudo-dilemme», *Annales d'Histoire Sociale*, I, 1939, pp. 13-14. Bloch afirma ulteriormente: «El feudalismo europeo debería por tanto ser considerado como el resultado de la disolución violenta de sociedades más antiguas. Sería de hecho ininteligible sin el gran cataclismo de las invasiones germánicas, las cuales, al unir por la fuerza dos sociedades que estaban originalmente en etapas de desarrollo muy diferentes, destrozaron a las dos». *Feudal society*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1961, p. 443.

Sobre la cuestión de la «economía monetaria», véase también M. M. Postan: «Así, desde el punto de vista de la historia inglesa, e incluso de la historia medieval y anglosajona el nacimiento de la economía monetaria, en el sentido de su primera aparición, carece de significado histórico. El dinero ya estaba en uso cuando comenzó la historia documentada, y su aparición no puede ser aducida como explicación de ningún fenómeno posterior». «The rise of a money economy», *Economic History Review*, XIV, 2, 1944, p. 127.

[10] Daniel Thorner, «L'économie paysan: concept pour l'histoire économique», *Annales ESC*, XIX, 3, mayo-junio de 1964, p. 422.

agricultura de subsistencia, sino más bien que desde el año 500 d.C. hasta 1150 d.C. estaba inmersa en lo que él llama «consumo agrícola directo», es decir, en un sistema de autosuficiencia parcial en el que, aunque la mayor parte de la gente produce su propia comida, también la suministra a modo de trueque a la población no agrícola. Desde 1150 en adelante, él considera que Europa occidental había llegado a una etapa de «consumo agrícola indirecto», un estado en el que aún estamos hoy en día [11].

Lo que debemos visualizar entonces, cuando hablamos de feudalismo en Europa occidental, es una serie de minúsculos nódulos económicos cuyas poblaciones y productividad estaban en lento crecimiento, y en los que los mecanismos legales garantizaban que el grueso del excedente fuera a parar a los terratenientes que tenían estatus de nobleza y poseían el control de la maquinaria jurídica. Dado que una buena parte de este excedente estaba en especie, resultaba escasamente beneficioso a menos que pudiera ser vendido. Aparecieron ciudades y con ellas artesanos que compraban el excedente y lo cambiaban por sus productos. Una clase mercantil surgió de dos fuentes distintas. Por una parte de los agentes de los terratenientes, que a veces se independizaban, así como de los campesinos de tamaño intermedio que después de los pagos al señor retenían suficiente excedente para venderlo en el mercado [12]. Por otra parte, de los

[11] B. H. Slicher van Bath, *The agrarian history of Western Europe, A. D. 500-1850,* Nueva York, St. Martin's, 1963, p. 24. El autor señala que alrededor de 1850 comienza una segunda fase de producción agrícola indirecta, en la que la *mayoría* de la población no está ya ocupada en la producción agrícola.

[12] Karl Bücher nos avisa de la confusión que la palabra «comerciante» produce en un contexto medieval: «Los estudios recientes que tratan acerca del origen de la constitución de las ciudades alemanas han pasado por alto el gran significado de la palabra *Kaufmann* e imaginado que las innumerables ciudades existentes en el seno del imperio alemán a finales de la Edad Media, desde Colonia y Augsburgo hasta Medebach y Radolfzell, estaban habitadas por comerciantes en el sentido moderno del término, esto es, por una clase especializada de hombres de comercio profesionales, a los que como regla general se representa además como mayoristas. Toda la historia económica se rebela contra tal concepción. ¿Con qué trataban estas personas y en qué pagaban sus productos? Además, los mismos términos utilizados se oponen a ella. La característica más predominante del comerciante profesional en su relación con el público no es su costumbre de comprar, sino la de vender. Sin embargo, el mercader [*Kaufmann*] de la Edad Media obtiene su nombre de la palabra comprar [*kaufen*]. En los archivos de Estado de

agentes residentes de mercaderes a larga distancia (frecuentemente basados en las ciudades-Estado del norte de Italia, y más tarde en las ciudades hanseáticas), que capitalizaban las defectuosas comunicaciones y en consecuencia las grandes disparidades entre los precios de un área a otra, especialmente cuando ciertas áreas sufrían calamidades naturales [13]. Por supuesto, al

---

Otón III, referentes a Dortmund entre 990 y 1000 d. C., se habla de los *emptores Trotmanniae* (cuyas leyes municipales, como las de Colonia y Mainz, se dice que sirven como modelo para otras ciudades), en relación con la misma cuestión, como *mercatores* o *negotiatores* en otros archivos. Si el abad de Reichenau, en el año 1075, puede de un plumazo transformar a los campesinos de Allensbach y a sus descendientes en comerciantes [*ut ipsi et eorum posteri sint mercatores*], ninguna posible interpretación ingeniosa puede explicar esto si tenemos en mente a los comerciantes profesionales. Que de hecho comerciante significaba cualquier persona que vendiera productos en los mercados, sin importar si los había producido ella misma o había comprado la mayor parte de ellos, resulta evidente, por ejemplo, de una declaración no impresa del Consejo de Francfort en 1420, respecto al tributo llamado *Marktrecht* (en el libro número 3 de los archivos municipales, fol. 80). Al comienzo de ella encontramos que este tributo ha de ser pagado por "todo comerciante que se aposenta en la calle con su mercancía, sea ésta la que sea". Después figuran, especificados detalladamente, los "mercaderes" o "mercancías" individuales afectados por estos tributos. De la larga lista se pueden tomar los siguientes ejemplos: negociantes de ropas viejas, pasteleros, vendedores de comida, cordeleros, vendedores de avellanas, vendedores de huevos y de queso con sus carros, vendedores de aves de corral que lleven sus cestas a la espalda, extranjeros que tengan en su posesión más de una pieza de queso, zapateros remendones, cambistas de dinero, panaderos que utilicen los puestos de mercado, forasteros con carros de pan, gansos, carros de forraje, paja, heno, coles, todos los vendedores de lino, lienzo, cáñamo, hilaza, que vendan sus productos en la calle. Aquí nos encontramos con un confuso batiburrillo de pequeños comerciantes de la ciudad, artesanos y campesinos. Que tanto quienes compraban como quienes vendían en el mercado eran designados como *Kaufleute* (comerciantes) es evidente en numerosos documentos; de hecho, se pueden citar pasajes en los cuales cuando se habla del mercader parece estarse haciendo referencia fundamentalmente al comprador». *Industrial evolution*, Nueva York, Holt, 1901, pp. 117-118, n. 23.

[13] Había un comercio «a larga distancia» y un comercio muy local, pero no existía ningún comercio «intermedio». Carlo Cipolla da esta explicación: «una curiosa mezcla de universalismo y particularismo dominaba la escena. Resultaba conveniente económicamente obtener la preciosa seda de la China o las valiosas alfombras del Oriente Próximo, pero habitualmente no resultaba conveniente obtener mercancías más pobres a unas pocas millas de distancia. Dado que el transporte masivo era imposible por razones técnicas, los costos de flete se mantenían relativamente altos. Particularmente, cuando el transporte por vía acuática era imposible el comercio a larga distancia tenía que apoyarse, fundamentalmente si no exclusivamente, en los objetos preciosos. Para sus necesidades básicas diarias toda la comunidad tenía que ser

crecer las ciudades ofrecieron un refugio y un lugar de empleo potencial a los campesinos, con lo cual empezaron a cambiar algunos términos de las relaciones en los señoríos [14].

El feudalismo como un sistema no debe ser considerado como algo antitético del comercio. Por el contrario, hasta cierto punto, el feudalismo y la expansión del comercio van unidos. Claude Cahen sugiere que, si bien los estudiosos han observado a menudo este fenómeno en áreas *exteriores* a Europa occidental [15], tal vez no han reparado en el mismo fenómeno en el caso del feudalismo occidental debido a sus anteojeras ideológicas. «Habiendo señalado así la posibilidad de la convergencia, *tan sólo hasta una cierta etapa de desarrollo*, del desarrollo del

---

siempre tan autosuficiente y automantenida como fuera posible. La división interlocal del trabajo tenía que basarse fundamentalmente en objetos preciosos, o en otras cosas que por ningún medio pudieran ser producidas localmente o que no fueran susceptibles de ser sustituidas fácilmente. Y el comercio tenía que apoyarse marcadamente sobre el consumo aristocrático de bienes de lujo». *Money, prices and civilisation in the Mediterranean world: fifth to seventeenth century*, Nueva York, Gordian Press, 1967 b, p. 57.

[14] Véase Paul Sweezy: «El auge de las ciudades, que fue bastante general en toda Europa occidental, hizo mucho más que ofrecer meramente un puerto de refugio a aquellos siervos que huían del señorío: también cambió la posición de aquellos que se quedaban [...] Al igual que los salarios tienen que aumentar en un área de bajos salarios, así hubo que hacer concesiones a los siervos cuando tuvieron la posibilidad de mudarse a las ciudades». «The transition from feudalism to capitalism», *Science and Society*, XIV, 2, primavera de 1950, p. 145. Se podría señalar que en el transcurso de este largo debate entre Sweezy y Maurice Dobb, en el que están en desacuerdo en una larga lista de cosas, Dobb señala: «Incidentalmente, estoy totalmente de acuerdo con la importante observación, subrayada por Sweezy, de que no era tanto la magnitud de la huida a las ciudades lo que resultaba significativo, sino la amenaza de hacerlo (acompañada tal vez por poco más que un pequeño movimiento) que podía ser suficiente para obligar a los señores a hacer concesiones, que resultaban severamente debilitadoras para el feudalismo». «Reply by Maurice Dobb», *Science and Society*, XIV, 2, primavera de 1950, p. 160.

[15] «No existe duda de que formas muy cercanas al feudalismo aparecieron con toda fuerza, tanto en Bizancio como en el mundo musulmán, en los momentos de expansión comercial y no en los de declinación. La misma afirmación es probablemente válida para los mundos ruso o polaco, con la característica particular de que los hombres que organizaron materialmente el comercio internacional eran en gran medida extranjeros (comerciantes hanseáticos), mientras los terratenientes indígenas se ocupaban de producir y reunir los objetos de comercio. Las ganancias se repartían entre los dos grupos, ayudando así al ascenso de la clase señorial, al permitirle adquirir los medios para dominar a los campesinos». Claude Cahen, «A propos de la discussion sur la féodalité», *La Pensée*, 68, julio-agosto de 1956, pp. 95-96.

feudalismo y el comercio, deberíamos reconsiderar, desde este punto de vista, la propia historia del Occidente» [16].

No obstante, un sistema feudal sólo podía mantener un cierto volumen de comercio a larga distancia en oposición al comercio local. Esto era debido a que el comercio a larga distancia era un comercio de bienes de lujo, no de bienes masivos. Era un comercio que se beneficiaba de las disparidades de precio y dependía de la indulgencia política y de las posibilidades económicas de los realmente ricos. Sólo con la expansión de la producción en el marco de una economía-mundo moderna podría convertirse el comercio a larga distancia, en parte, en un comercio masivo que, a su vez, alimentaría un proceso de producción ampliada. Hasta entonces, como señala Owen Lattimore, no era en realidad lo que hoy en día llamamos comercio:

> Incluso hasta los tiempos de Marco Polo (por lo menos), el comercio del mercader que se aventuraba más allá de su propio distrito dependía de forma delicada de los caprichos de los potentados [...] La empresa comercial a distancia implicaba menos la venta de bienes masivos que el transporte de curiosidades, rarezas y lujos [...] El mercader buscaba aquellos que pudieran proporcionarle favor y protección [...] Si tenía mala suerte podía ser saqueado o sometido a impuestos ruinosos; pero si tenía suerte, recibía por sus bienes no tanto un precio económico como una generosa largueza [...] La es-

[16] Cahen, *ibid.*, p. 96. A. D. Hibbert argumenta, de forma similar, que «tanto los hechos como la teoría sugieren que en más tempranos tiempos medievales el comercio no fue en absoluto un disolvente de la sociedad feudal, sino un producto natural de ésta, y que los comerciantes feudales hasta cierto punto favorecían su crecimiento [...] El feudalismo jamás pudo prescindir de los mercaderes [...] Había dos razones para esto [...] Tenían que mantener grandes rentas, privadas y públicas, y deseaban obtener ganancias del comercio y de la industria, bien convirtiéndose en comerciantes ellos mismos o absorbiendo la riqueza producida por el comercio y la industria a través de impuestos y cargas sobre los bienes o sobre aquellos que los producían y los distribuían». «The origins of the medieval town patriciate», *Past and Present*, 3, febrero de 1953, p. 17.

Hibbert discute ulteriormente las *dos* fuentes de los estratos dominantes en las ciudades:

«Hay dos procesos implicados en la formación de un patriciado, la transformación interna de una antigua clase dominante y el reclutamiento de nuevas familias entre los comerciantes y artesanos más prósperos, que eran a menudo inmigrantes y descendientes de inmigrantes» (p. 23).

«[Esta explicación] deja margen para otra fuente de capital mercantil además de las inesperadas ganancias de pequeños buhoneros y porteadores. Finalmente deja margen a la idea de que las técnicas nuevas o los nuevos mercados podrían ser explotados en primer lugar por hombres nuevos que para conseguir expansionarse se apoyaban en la asociación con hombres ricos de más antigua posición, de forma que el capital pasaba gradualmente de un uso más antiguo a uno nuevo» (página 26).

tructura del comercio de la seda y la de otros muchos comercios era más una estructura tributaria que una estructura comercial[17].

Así, el nivel de actividad comercial era limitado. La actividad económica principal siguió siendo la producción de alimentos y la artesanía, intercambiados en el seno de regiones económicas pequeñas. No obstante la escala de esa actividad económica iba expandiéndose lentamente. Y en consecuencia se expandieron los diversos núcleos económicos. Fueron cultivadas nuevas tierras fronterizas. Fueron fundadas nuevas ciudades. La población creció. Las cruzadas suministraron algunas de las ventajas del pillaje colonial. Y entonces, en algún momento a lo largo del siglo XIV, esta expansión se detuvo. Las áreas cultivadas se redujeron. Disminuyó la población. Y a lo largo de toda la Europa feudal y más allá, apareció una «crisis», marcada por la guerra, las enfermedades y las dificultades económicas. ¿De dónde surgió esta «crisis» y cuáles fueron sus consecuencias?

En primer lugar, ¿en qué sentido hubo una crisis? Aquí existe cierta disparidad de opiniones, no tanto en cuanto a la descripción del proceso como en cuanto al énfasis puesto en la explicación causal. Edouard Perroy considera la cuestión simplemente como una consecuencia de haberse alcanzado un punto óptimo en un proceso de expansión, una saturación de población, «una densidad enorme dado el estado aún primitivo de la tecnología agraria y artesanal»[18]. Y, a falta de mejores arados y fertilizantes, poco se podía hacer para mejorar la situación. Esto llevó a la escasez de comida, que a su vez llevó a la aparición de epidemias. Con un suministro de moneda estable, se dio una moderada subida de precios, lo que perjudicó a los perceptores de rentas. El lento deterioro de la situación se hizo entonces agudo a causa del comienzo de la guerra de los Cien Años, en 1335-1345, que hizo que los sistemas esta-

[17] Owen Lattimore, «The frontier in history», en *Relazioni del X Congresso de Scienze Storiche*, I; *Metodologia; problemi generali; scienze ausiliare della storia*, Florencia, Sansoni, 1955, pp. 124-125.

[18] Edouard Perroy, «A l'origine d'une économie contractée: les crises du XIVe siècle», *Annales ESC*, IV, 2, abril-junio de 1949, p. 168. Una prueba de que Perroy puede estar en lo cierto acerca de la saturación de población es el hecho de que los archivos ingleses indican que en la Edad Media un día de trabajo en la agricultura significaba de hecho «desde el alba hasta el mediodía». Véase Slicher van Bath, *Agrarian history*, página 183. De hecho Ester Boserup deduce de este hecho la conclusión de que un aspecto significativo del desarrollo agrícola moderno es «un alargamiento gradual de las horas de trabajo en la agricultura». *The conditions of economic growth*, Chicago (Illinois), Aldine, 1965, p. 53.

tales de la Europa occidental pasaran a una economía de guerra, con el resultado particular de que hubiera una mayor necesidad de impuestos. Los impuestos, que caían sobre unos tributos feudales ya considerables, fueron demasiado para los productores, creando una crisis de liquidez que, a su vez, llevó a una vuelta a los impuestos indirectos y a los impuestos en especie. Así empezó un ciclo descendente: la carga fiscal llevó a una reducción en el consumo, que condujo a una reducción en la producción y en la circulación de moneda, la cual incrementó aún más las dificultades de liquidez, llevando a los reyes a buscar préstamos, y eventualmente a la insolvencia de los limitados tesoros reales, lo que a su vez creó una crisis de crédito que condujo al atesoramiento, lo cual a su vez alteró el esquema del comercio internacional. Se dio un rápido crecimiento de los precios reduciendo aún más el margen de subsistencia, y esto empezó a hacerse sentir sobre la población. El terrateniente perdió a sus proveedores y arrendatarios. El artesano perdió clientes. Se pasó de los terrenos arables a los pastos, porque requerían menos mano de obra. Pero existía un problema en encontrar clientes para la lana. Los salarios crecieron, lo cual supuso una carga particularmente fuerte para los pequeños y medios propietarios de tierras, que se volvieron al Estado en busca de protección contra las alzas de los salarios. «La descomposición de la producción en los señoríos, que se hace aún más severa a partir de 1350, es prueba de una continua depresión [de] moderado estancamiento.» [19].

El estancamiento es a primera vista una curiosa consecuencia. Uno podría haber esperado encontrarse ante la siguiente secuencia. Una población reducida lleva a mayores salarios, lo cual, con la relativa inelasticidad de las rentas, supondría un cambio en la composición de la demanda, trasladando parte del excedente del señor al campesino, y asegurando por lo tanto que una menor parte de él sería atesorada. Más aún, una reducción de población en una economía que era en gran medida agrícola debería haber llevado a reducciones paralelas en la demanda y la oferta. Pero, dado que típicamente un productor reduce su producción normalmente eliminando las parcelas menos fértiles, debería haber habido una tasa superior de productividad, lo cual debería haber reducido los precios. Estos dos desarrollos deberían haber impulsado, y no desalentado al comercio. No obstante, de hecho, el comercio se «estancó».

---

[19] Perroy, *ibid.*, p. 182.

Lo que falló en este cálculo es el supuesto implícito de la elasticidad de la demanda. North y Thomas nos recuerdan que, dada la situación de la tecnología y la extensión y el volumen del comercio internacional, los costos de las transacciones eran muy elevados, y cualquier reducción en volumen (debida a una declinación de la población) pondría en marcha un proceso de elevación de costos que llevaría a una ulterior reducción en el comercio. Ellos describen el proceso de la siguiente forma:

> [Previamente] los mercaderes consideraban rentable reducir los costos de transacción estableciendo agentes en una ciudad distante para adquirir información acerca de los precios y de las posibles oportunidades comerciales; al disminuir el volumen del comercio, esto dejó de ser útil. Las corrientes de información se secaron, y el volumen de comercio se vio reducido aún más. Por tanto, no es sorprendente que los historiadores económicos hayan encontrado depresiones (que para ellos significan un volumen total de actividad económica menor) incluso en este mundo donde presumiblemente el incremento relativo de los salarios reales que el campesino y el trabajador debían estar experimentando debería haber venido seguido por unos mayores ingresos per cápita [20].

R. H. Hilton acepta la descripción que Perroy hace de los hechos [21]. Pero no acepta la forma de análisis que hace a la crisis comparable a una de las crisis recurrentes de un sistema capitalista desarrollado, exagerando así el grado en el que los dilemas financieros y monetarios afectan a un sistema feudal, en el cual el elemento del flujo de moneda es una parte mucho menor de la interacción humana que en una sociedad capita-

---

[20] Douglass C. North y Robert Paul Thomas, «An economic theory of the growth of the western world», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXIII, 1, abril de 1970, pp. 12-13. B. H. Slicher van Bath señala una presión similar hacia el «estancamiento». Dice: «A pesar de la disminución del área cultivada y de una reducción en los factores de producción —que tiene que haber indicado una gran disminución en la producción total de cereales—, el precio de los cereales no creció en relación con otras mercancías. Incluso mostraron una cierta tendencia a bajar. Lo que indica que el consumo sufrió una regresión aún mayor que la producción». «Les problèmes fondamentaux de la société pré-industrielle en Europe occidentale», *Afdeling Agrarische Geschiedenis Bijdragen*, 12, 1965, p. 40.

La gravedad del «estancamiento» es de por sí una cuestión discutida. Eugen A. Kosminsky duda de que la descripción sea válida excepto para Inglaterra y, en cierta medida, Francia. Véase «Peut-on considérer le XIVe et le XVe siècles comme l'époque de la décadence de l'économie européenne?», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, I, pp. 562-563.

[21] La descripción de Michael Postan está también próxima a la de Perroy. Véase M. M. Postan, «Some economic evidence of declining population in the later Middle Ages», *Economic History Review*, 2.ª serie, II, 3, 1950, pp. 221-246.

lista[22]. Más aún, sugiere que Perroy omite la discusión de otro fenómeno que surgió de los sucesos que él mismo describe, y que para Hilton es esencial, el desusado grado de conflicto social, el «clima endémico de descontento», las insurrecciones de los campesinos que adoptaron la forma de una «revuelta contra el sistema social como tal»[23]. Para Hilton, no se trataba, por lo tanto, de una crisis coyuntural, un punto en los altos y bajos de las tendencias cíclicas. Era más bien la culminación de mil años de desarrollo, la crisis decisiva de un sistema. «Durante los últimos siglos del imperio romano, al igual que durante la Edad Media, la sociedad se vio paralizada por el gasto creciente de una superestructura social y política, gasto al que no correspondía un incremento compensador en los recursos productivos de la sociedad»[24]. Hilton está de acuerdo con Perroy en que la causa inmediata del dilema estaba en las limitaciones tecnológicas, la falta de fertilizantes y la incapacidad para expandir el suministro de fertilizantes por medio de la expansión del número de vacas, debido a que el clima limitaba la cantidad de forraje de invierno para éstas. Pero «lo que debemos subrayar es que no había ninguna gran reinversión de beneficios en la agricultura que pudiera incrementar la productividad *significativamente*»[25]. Esto obedecía a las limitaciones inherentes del sistema de incentivos de la organización social feudal.

Lo que nos ofrece el hincapié de Hilton en la crisis *general* del feudalismo, por encima del sentido de lo coyuntural de Perroy, es que puede explicar las transformaciones sociales que estos desarrollos supusieron. Ya que si se había superado el grado óptimo de productividad de un sistema *y* la recesión

---

[22] Marc Bloch apoya el argumento de Hilton al prevenirnos contra la exageración de la caída de los ingresos señoriales que proviene de sobrevalorar el papel del flujo de moneda. Es verdad que, en la medida en que las rentas eran fijas, una devaluación de la plata significaría de hecho una ventaja para el arrendatario, en el supuesto que éste pagase en plata. Pero estos supuestos son engañosos. Bloch nos recuerda que en esta época había una «terrible escasez de moneda metálica (hasta tal punto que en Inglaterra algunos campesinos, incapaces de conseguir la plata necesaria para pagar sus rentas, solicitaron ellos mismos pagarlas en especie)». *Seigneurie française et manoir anglais*, París, Armand Colin, 1960, p. 110. Por lo tanto, dice Bloch, el resultado fue «un límite inferior [*palier*] de precios ventajoso, obviamente, para aquellos que ganaban rentas fijas».

[23] R. H. Hilton, «Y eut-il une crise générale de la féodalité?», *Annales ESC*, VI, 1, enero-marzo de 1951, p. 25.

[24] *Ibid.*, p. 27.

[25] *Ibid.*, p. 28.

económica estaba llevando a una guerra de clases generalizada entre señores y campesinos, así como a luchas ruinosas en el seno de las clases señoriales, entonces la única solución que podría sacar a Europa occidental de verse estancada y diezmada sería la expansión de la tarta económica a repartir, solución que requería, dada la tecnología existente en aquel tiempo, una expansión de los territorios y de la base de población para su explotación. Esto es lo que de hecho ocurrió en los siglos XV y XVI.

Que las revueltas campesinas se extendieron en la Europa occidental, desde el siglo XIII hasta el XV, parece ser indudable. Hilton considera como explicación inmediata, en el caso de Inglaterra, el hecho de que «en el siglo XIII la mayor parte de los grandes terratenientes, laicos y eclesiásticos, expandieron la producción de sus reservas señoriales [*demesnes*] para vender productos agrícolas en el mercado [como resultado], se incrementaron las prestaciones de trabajo, incluso se duplicaron»[26]. Similarmente, Kosminsky considera este período como uno de los «de más intensa explotación del campesinado inglés...»[27]. En el continente, hubo una serie de rebeliones campesinas: en el norte de Italia, y después en las costas de Flandes, a principios del siglo XIV; en Dinamarca en 1340; en Mallorca en 1351; la *jacquerie* en Francia en 1358; rebeliones dispersas en Alema-

[26] R. H. Hilton, «Peasant movements in England before 1381», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in economic history*, Nueva York, St. Martin's, 1966, II, p. 79. Hilton señala que los aumentos de rentas, en el caso de los campesinos pobres, podía costarles sus reservas para el invierno. Para los campesinos ricos, el resultado era diferente: «Más irritantes para ellos deben haber sido las trabas a la acumulación que el miedo al hambre» (p. 86). Más aún, la legislación para mantener los costos bajos congelando los salarios benefició más a los grandes terratenientes que a los campesinos ricos. «Ahora bien, una granja grande es inútil sin manos que la cultiven, de modo que el arrendatario estaba dispuesto a pagar altos precios por la mano de obra que no hubiera podido conseguir de otra forma. Al hacer esto tendería también a aumentar el precio de la mano de obra para los señores. Pero no había necesidad de que los señores sufrieran los mecanismos de las leyes económicas, ya que tenían a su disposición el poder político que les capacitaba para eludirlos. Tenían aún reservas de mano de obra servil, y controlaban la distribución de la mano de obra asalariada disponible, en su capacidad de jueces de los trabajadores o de paz» (p. 88).

[27] Eugen A. Kosminsky, «The evolution of feudal rent in England from the XIth to the XVth centuries», *Past and Present*, 7, abril de 1955, p. 32. Continúa diciendo: «El crecimiento de la explotación feudal empezó a agotar la agricultura de los campesinos, erosionando al mismo tiempo las fuerzas productivas de la sociedad feudal, destruyendo las condiciones para la reproducción de la fuerza de trabajo [...] Esta prolongada lucha [...], encontró su más clara expresión en el alzamiento de 1381».

nia, muy anteriores a la gran guerra campesina de 1525. Surgieron repúblicas campesinas en Frisia en los siglos XII y XIII y en Suiza en el siglo XIII. Para B. H. Slicher van Bath, «las rebeliones campesinas acompañaban a la recesión económica»[28]. Dobb sugiere que cuando tal recesión ocurría golpeaba con particular fuerza no a los estratos más inferiores de los trabajadores, que probablemente nunca hubieran estado demasiado bien, sino a los «estratos superiores de los campesinos prósperos, que estaban en situación de extender sus cultivos a nuevas tierras y mejorarlos, y que en consecuencia tendían a ser la punta de lanza de la revuelta»[29].

La súbita disminución de la prosperidad supuso algo más que el descontento campesino. La despoblación que la acompañó —causada por guerras, epidemias y hambres— condujo a la *Wüstungen*, la reducción de los asentamientos en tierras marginales, en ocasiones a la desaparición de pueblos enteros. El abandono de los pueblos no debe ser considerado exclusivamente como un signo de recesión. Porque hay al menos otras dos razones fundamentales para esa deserción. Una, que era continua, era la búsqueda de seguridad física siempre que la guerra envolvía una región[30]. Una segunda razón, menos «accidental» y más estructural, era un cambio en la estructura social agraria, el «cercamiento» [*enclosure*] o «acaparamiento» [*engrossing*] de las tierras. Parece claro que este proceso estaba también en marcha a finales de la Edad Media[31]. Y resulta un tanto difícil en nuestra etapa actual de conocimiento separar estas tres razones.

---

[28] Slicher van Bath, *AAGB*, 12, p. 190, describe el mecanismo de la siguiente forma: «Los campesinos se sentían descontentos al ver los bajos precios obtenidos por la producción agrícola, contrastándolos con los elevados precios y los salarios relativamente altos que se obtenían en la industria. A menudo una nueva subida de los impuestos, que el gobierno o el terrateniente consideraban aun tolerable, suponía la chispa que avivaba la brasa de un resentimiento largamente reprimido».

[29] Maurice Dobb, *Papers on capitalism, development and planning*, Nueva York, International Publ., 1967, p. 11.

[30] Véase, por ejemplo, el análisis de Jean-Marie Pesez y Emmanuel Le Roy Ladurie sobre la Francia de los siglos XIV y XV. «Le cas français: vue d'ensemble», *Villages désertés et histoire économique, XIe-XVIIIe siècles*, París, SEVPEN, 1965, p. 155. Señalan también que la búsqueda de seguridad puede a veces ser impuesta por ciudades cercanas por consideraciones estratégicas (véase p. 156). Véase Carlo Cipolla, *Clocks and culture, 1300-1700*, Nueva York, Walker and Co., 1967, p. 115.

[31] Véase el análisis de Georges Duby en «Démographie et villages désertés», *Villages désertés et histoire economique, XIe-XVIIIe siècles*, París, SEVPEN, 1965, pp. 18-23.

Hay dos cosas que parecen claras acerca de la detención del desmonte y la reducción de los asentamientos. Fue, como señala Karl Helleiner, un «proceso selectivo con respecto a la dimensión de las parcelas. El porcentaje de pequeñas parcelas abandonadas en el transcurso de la Baja Edad Media parece haber sido mayor que el de las granjas de buen tamaño» [32]. También fue selectiva respecto a la región. La *Wüstungen* parece haber afectado no solamente a Alemania y Europa central [33], sino también a Inglaterra [34]; por otra parte fue mucho más limitada en Francia [35]. Sin duda esto se explica en parte por el hecho de que Francia tenía una mayor densidad de asentamientos y había sido sometida a desmonte muy anteriormente que otras áreas de Europa, por razones tanto históricas como pedológicas.

En esta época de contracción de la demanda de productos agrícolas, los salarios urbanos y por lo tanto los precios indus-

---

[32] Karl Helleiner, «The population of Europe from the Black Death to the eve of the Vital Revolution», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 15. Véase Duby, *Villages désertés*, pp. 14, 16; Pesez y Le Roy Ladurie, *Villages désertés*, pp. 181-183.

[33] Véase Wilhelm Abel, *Die Wüstungen des ausgehenden Mittelalters*, 2.ª ed., Stuttgart, Fisher Verlag, 1955, pp. 5-12.

[34] Véase Maurice W. Beresford, *The lost villages of England*, Londres, Lutterworth Press, 1954. Beresford fija el punto álgido de la despoblación (tanto el abandono total de los pueblos como la reducción de su población) entre 1440 y 1520 (véase p. 166). Considera que el cercamiento es la mayor explicación única de este fenómeno que ve como un proceso que se desarrolla gradualmente: «La despoblación llegó a pueblos en los que ya había una buena parte de tierra de pastos junto con un número cada vez menor de tierras de grano; [...] cercamiento y despoblación [son] un objetivo al que sólo se llega lentamente» (p. 210).

[35] Pesez y Le Roy Ladurie ofrecen una cifra de un 5 a un 7 por 100 de pueblos del Languedoc oriental abandonados entre 1328 y nuestros días. Como ellos mismos señalan: «Estas cifras no son insignificantes, pero nos hallamos muy lejos de la tasa del 40 por 100 observada por Abel en Alemania y también de las cifras calculadas por Beresford». *Villages désertés*, p. 129. La diferencia entre las tasas tiende a confirmar la idea de una reorganización agraria más bien que la de una despoblación. Sabemos que hubo considerable diferencia en la reorganización agraria, y que Francia, por ejemplo, vio la creación de muchos menos grandes dominios que Inglaterra o Alemania. Por supuesto, puede haber habido diferencias en la tasa de declinación de la población en los siglos XIV y XV, pero aquí nos encontramos en un terreno más débil, en la medida en que gran parte de la evidencia ha sido inferida precisamente a partir de datos tales como los pueblos abandonados. Por lo tanto, no podemos utilizar esta evidencia, o nos veríamos sumidos en un razonamiento circular.

triales estaban creciendo, debido a la escasez de mano de obra producida por la disminución de la población. Esto a su vez elevó el costo de la mano de obra agrícola, reduciendo al tiempo las rentas (en la medida en que éstas eran fijas, mientras que los precios nominales crecían). Esto llevó a lo que Marc Bloch ha llamado el «empobrecimiento momentáneo de la clase señorial»[36]. No sólo disminuyeron las ganancias, sino que crecieron los costos de explotación, como siempre sucede en tiempos difíciles[37], llevando a los propietarios a considerar la posibilidad de ceder la explotación directa. La recesión económica llevó a un incremento de las exacciones sobre el campesinado, que resultaron entonces contraproductivas y tuvieron como consecuencia la huida de los campesinos[38]. Un camino para la restauración de los ingresos de la nobleza, que fue a menudo eficaz para el estrato más acomodado, fue el buscar nuevos y remunerativos empleos al lado de los príncipes[39]. No obstante, esto no fue suficiente para contrarrestar los efectos de la recesión y por lo tanto para detener la decadencia de la reserva señorial[40].

---

[36] Marc Bloch, *Les caracteres originaux de l'histoire rurale française*, París, Armand Colin, 1964, I, p. 122.

[37] Henri Lefebvre, «Une discussion historique: du féodalisme au capitalisme: observations», *La Pensée*, 65, enero-febrero de 1956, p. 22.

[38] «El resultado de este aumento de presión no fue sólo agotar la gallina que ponía sus huevos de oro para el castillo, sino provocar, de pura desesperación, un movimiento de emigración ilegal de los señoríos [...] [Tan] considerable llegó a ser el problema de los fugitivos y tan grande el hambre de mano de obra, que, a pesar de los tratados y las promesas mutuas, se llegó a una competencia de hecho para atraerse y robar los siervos de los dominios del vecino, competencia que [...] supuso la aparición de una serie de concesiones, y cuya existencia impuso sus propios límites al ulterior aumento de la explotación feudal». Maurice Dobb, *Studies in the development of capitalism*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1946, pp. 46-47.

[39] «De hecho, la caída en los pagos fijos, junto con la declinación del control directo y la necesidad de gastar dinero en reparaciones, afectó significativamente el estatus financiero de todos los señores durante [los siglos XIV y XV]. Por doquiera parecían andar escasos de dinero y a la caza de ganancias exteriores, y por esta razón a menudo se embarcaban en empresas o aventuras que les alejaban de sus posesiones. No obstante, las diversas formas de complementar sus ingresos, tales como emplearse al servicio de los príncipes más poderosos que andaban en busca de aliados, o el azaroso camino de la intriga política y la alianza matrimonial, garantizaron el mantenimiento de prácticamente todas las grandes fortunas aristocráticas». Georges Duby, *Rural economy and country life un the medieval West*, Columbia, Univ. of South Carolina Press, 1968, p. 330.

[40] «[La] cada vez más pronunciada declinación del precio del grano comparado con los salarios rurales, que se mantenían a niveles tan elevados por la competencia de los oficios de las ciudades y la extensión

E incidentalmente, al apartar a los señores de su residencia puede haber favorecido su desinterés por la administración de sus tierras.

¿Qué pasó entonces con las grandes propiedades? Fueron vendidas o arrendadas a cambio de dinero al principal grupo capaz y dispuesto para semejante transacción, los campesinos más prósperos, que estaban en situación de obtener unos términos favorables [41].

Debemos recordar no obstante que la organización social de la producción agrícola no era idéntica en todas partes. Las grandes reservas señoriales eran más abundantes en Europa occidental, en parte debido a que su mayor densidad de población había requerido la relativa eficiencia de mayores unidades. En Europa central, los efectos de la recesión económica llevaron a la misma deserción de las tierras marginales, pero el análisis de esta *Wüstungen* se ve complicado por el hecho de que en parte representaba tanto abandono como cercamientos [42]. Más al este, en Brandemburgo y Polonia, como veremos

---

de los trabajadores textiles por muchos distritos campesinos de Europa, selló la suerte de todas las empresas agrícolas excesivamente grandes. Parece, de hecho, como si el eclipse de la reserva señorial y la gran declinación en el cultivo directo de los señoríos ocurrieran en los años posteriores a 1380, al menos en Francia e Inglaterra.» Duby, *ibid.*, p. 311.

Una afirmación anterior de Duby le mostraba más cauteloso: «Parece probable, en consecuencia [...], que en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIV y durante el siglo XV, las grandes posesiones, si no se vieron notablemente reducidas en tamaño y a veces, por el contrario, crecieron, perdieron al menos su cohesión». «Le grand domaine de la fin du Moyen Age en France», *Première Conférence Internationale d'Histoire Economique* (Estocolmo, agosto de 1960), *Contributions*, París, Mouton, 1960, p. 338.

[41] «El establecimiento definitivo de la renta monetaria tuvo lugar en circunstancias poco provechosas para aquellos que la recibían. En gran medida les fue impuesta, dado que fue el ascenso del movimiento popular lo que obligó a los señores a ser más complacientes.» Kosminsky, *Past and Present*, 7, p. 33.

[42] Véase Duby: «No debemos considerar el abandono y reagrupamiento en los siglos XIV y XV de *todas* (el subrayado es mío, I. W.) las parcelas en algunos bloques compactos sometidos a estrictas obligaciones colectivas, como signos de un malestar económico, de un fracaso, y de un declive progresivo de la población. Por el contrario, este desplazamiento traduce una crisis de crecimiento de la economía de cereales, posterior en uno o dos siglos, pero comparable en su desarrollo y en su naturaleza a la que tuvo lugar en Île-de-France en el siglo XIII. Así pues, en el noroeste de Alemania, los señores cercaron sus bosques, cuyo valor no cesaba de aumentar, los rodearon de setos, impidieron que entraran en ellos las piaras de los campesinos, y prohibieron que se hicieran en ellos rozas periódicas. El poder señorial, con esta actitud, obligó a abandonar estas regiones a las familias que antes obtenían la mayor parte

más adelante, donde la densidad de población era aún menor, los señores que previamente poseían en conjunto menos tierras que los campesinos «vieron a sus posesiones adquirir todas las tierras que habían quedado desiertas por el súbito colapso demográfico»[43]. Hasta qué punto esto podría resultar rentable en el siglo XVI, cuán profundamente alteraría la estructura social de la Europa del este, hasta qué punto esto resultaría importante para el desarrollo de la Europa occidental: todo ello evidentemente estaba fuera de la percepción de los participantes en este proceso en los siglos XIV y XV. Pero en las áreas de terreno arable *no marginales* de Europa *occidental*, la reserva señorial *excesivamente grande* cede su puesto a propiedades menores. Así, simultáneamente surge un campesinado medio en la tierra arable de Europa occidental, y comienzan los cercamientos de las tierras menos arables en Europa occidental (que serían la base de un incremento de la ganadería), y la concentración de la propiedad en grandes posesiones en Europa del este (que vendrían a tener una nueva función como áreas de exportación de grano).

Este período de «colapso» o «estancamiento» económico ¿fue bueno o malo para el desarrollo de una economía-mundo capitalista? Depende de la longitud de la perspectiva que uno adopte. Michael Postan considera al siglo XV como una regresión respecto a los desarrollos del XIV[44], un paso atrás que fue por

---

de su subsistencia del bosque, de la ganadería y ocasionalmente de algunos cultivos. Las obligó a modificar su género de vida: el *Waldbauer* se transformó en *Ackermann*, verdadero campesino establecido en campos permanentes». *Rural economy*, p. 309.

[43] *Ibid.*, p. 315.

[44] «La gran época de crianza del capitalismo inglés tuvo lugar en las primeras fases de la guerra de los Cien Años, cuando las exigencias de las finanzas reales, los nuevos experimentos impositivos, las empresas especulativas con la lana, el hundimiento de las finanzas italianas y el surgir de la nueva industria textil, se combinaron para dar a luz una nueva raza de financieros de guerra y especuladores comerciales, proveedores de los ejércitos y monopolistas de la lana. Pero esta raza resultó tan efímera como nueva. Las grandes fortunas se perdieron con la misma facilidad con que se lograron, y el período de financiaciones desmesuradas y de gigantescos experimentos fiscales pasó con la primera etapa de la guerra [...]

»La clase mercantil inglesa respondió a la estabilidad y a la recesión del comercio igual que todos los comerciantes. Adoptaron una política de regulación y restricción, impidiendo la entrada de nuevos miembros en el comercio e intentando compartir el comercio disponible [...] Lo que a veces se considera como evidencia de una típica regulación medieval no es, de hecho, sino muestra del alejamiento de siglo XV de las condiciones de mayor libertad y más especulativas de los siglos pre-

supuesto superado más adelante. Eugen Kosminsky lo ve como parte de la liquidación del feudalismo, y por lo tanto como un paso necesario en el desarrollo de una economía capitalista[45]. Los hechos son los mismos. La perspectiva teórica es diferente.

Hasta aquí, en esta discusión, prácticamente no hemos mencionado los desarrollos en la esfera política, en particular el lento surgimiento de la burocracia centralizada del Estado. En el auge del feudalismo occidental, cuando el Estado era más débil, prosperaban el terrateniente, el señor feudal. Por mucho que pudiera ser utilizado el aparato de Estado por los nobles, en una época posterior, para favorecer sus intereses, se veían sin duda mejor servidos aún por la debilidad de los reyes y los emperadores. No solamente se veían personalmente más libres de control e impuestos sino que además tenían mayor libertad para controlar y cargar de impuestos a los campesinos. En tales sociedades, en las que no existe un eslabón efectivo entre la autoridad central con su orden legal y las masas, el efecto de la violencia era doble, ya que como percibió Bloch, «a través de la costumbre un abuso podía siempre convertirse en un precedente, y un precedente en un derecho»[46].

Por lo tanto los señores feudales jamás hubieran dado la bienvenida a un fortalecimiento de la maquinaria central si no hubieran estado en una situación de debilidad en la que vieron más difícil el resistir las exigencias de la autoridad central y más útil el dar la bienvenida a los beneficios de un orden impuesto. Tal situación fue la planteada por las dificultades económicas de los siglos XIV y XV, y por la disminución de los beneficios señoriales.

Junto con los problemas económicos se dio un cambio tecnológico en el arte de la guerra, del arco al cañón y las pistolas, de la guerra de caballería a una guerra en la que cargaba la infantería, y en la que, por lo tanto, se precisaban mayor disci-

---

cedentes.» M. M. Postan, «The fifteenth century», *Economic History Review*, IX, 2, mayo de 1939, pp. 165-166.

[45] «Creemos que no fue la despoblación, sino más bien la liquidación de la economía de los señoríos, la conmutación y la disminución de las rentas feudales, lo que trajo consigo la mejora de la situación de los campesinos y la expansión de la producción comercial simple, lo que preparó el camino para las relaciones capitalistas. Una reducción moderada de la población [...] sólo podía intensificar y modificar [...] el progreso de este desarrollo.» Eugen A. Kosminsky, *Studi in onore di Armando Sapori*, I, p. 567.

[46] Marc Bloch, «The rise of dependent cultivation and seigniorial institutions», en M. M. Postan, comp., *Cambridge Economic History of Europe*, I, *The agrarian life of the Middle Ages*, Londres y Nueva York, Cambridge University Press, 1966, p. 269.

plina y un mayor grado de entrenamiento. Todo esto significaba que el costo de la guerra iba en aumento, al igual que el número de hombres necesarios, y que se iba haciendo cada vez más clara la conveniencia de un ejército regular sobre las formaciones *ad hoc*. Dados estos nuevos requerimientos, ni los señores feudales individualmente, ni las ciudades-Estado podían en realidad sostener o reclutar la fuerza humana necesaria, especialmente en una era de despoblación [47]. De hecho, incluso los Estados territoriales lo estaban pasando mal intentando mantener el orden, como demuestra la frecuencia de las revueltas campesinas [48].

No obstante, el siglo XV fue testigo del advenimiento de los grandes restauradores de la faz interna de la Europa occidental: Luis XI en Francia, Enrique VII de Inglaterra, y Fernando de Aragón e Isabel de Castilla en España. Los principales mecanismos que tenían a su disposición para realizar esta tarea, que fueron los mismos que tuvieron sus menos afortunados predecesores, eran financieros: por medio de la ardua creación de una burocracia (civil y armada) suficientemente fuerte para imponer impuestos y por lo tanto para financiar una estructura

---

[47] «El rival de la ciudad-Estado, el Estado territorial, rico en espacio y en hombres, se mostró más capaz de enfrentarse a los costos de la guerra moderna; mantenía ejércitos mercenarios, se procuraba el oneroso material de artillería; pronto se permitiría el gran lujo de la guerra marítima a gran escala. Su ascenso había sido desde hacía tiempo un fenómeno irreversible.» Braudel, *La Méditerranée*, II, p. 8.

Por supuesto debemos tener cuidado de no anticipar las cosas. Sir Charles Oman fecha la ruptura histórica en el arte de la guerra a partir de 1494. Véase *A history of the art of war in the sixteenth century*, Londres, Methuen, 1937, p. 30. Para Oman las dos «tendencias» claves (obsérvese bien, no obstante, esta palabra) fueron «la progresiva importancia de las armas de fuego, y (en parte como consecuencia de este progreso) la utilización de las trincheras, que harían cada vez menos practicables las cargas de caballería» (p. 33). De hecho, algunos autores van aún más lejos y sugieren que el impacto social de la nueva tecnología militar ha sido exagerado incluso para el siglo XVI. Véase, por ejemplo, H. M. Colvin, «Castles and government in Tudor England», *English Historical Review*, LXXXIII, 1968, p. 226. No obstante, si recordamos que estamos describiendo tendencias o direcciones de desarrollo, podemos afirmar la existencia de un impacto acumulativo y continuo que comienza ya en el siglo XIV.

[48] «Los últimos dos siglos de la Edad Media, en toda la Europa occidental y central, fueron una era de malestar rural y despoblación [...] Las grandes construcciones políticas del período precedente [...] parecieron provisionalmente incapaces de llevar a cabo la misión de policía y de orden que era la propia razón de su existencia.» Bloch, *Caractères originaux*, I, pp. 117-118.

burocrática aún más fuerte. Este proceso se había puesto en marcha ya en los siglos XII y XIII. Con el cese de las invasiones, que habían absorbido y agotado a los príncipes, el crecimiento de la población, el resurgimiento del comercio, y como consecuencia una circulación más abundante de moneda, existía una base para fijar impuestos capaces de pagar tropas y funcionarios asalariados[49]. Esto era cierto no sólo en Francia, Inglaterra, y España, sino también en los principados de Alemania.

Los impuestos son sin duda el problema fundamental. Y no es fácil emprender el ciclo ascendente[50]. Los obstáculos a un

---

[49] «Así, el Estado empezó a adquirir a partir de este momento el elemento esencial de su supremacía: recursos financieros incomparablemente mayores que los de cualquier individuo privado o comunidad.» Bloch, *Feudal society*, p. 422.

[50] David Lockwood ha señalado el problema teórico que aparece aquí: «La relación que existe entre la burocracia y los impuestos es de gran interdependencia. La eficiencia de la burocracia depende de la efectividad de su sistema impositivo; y la efectividad de su sistema impositivo depende de la eficacia del aparato burocrático. Así, por las razones que sean, cualquier incremento en la carga burocrática o decrecimiento de su capacidad impositiva puede generar un círculo vicioso de descentralización del poder. De hecho, puede argumentarse que la "crisis impositiva" de la burocracia patrimonial es esencialmente análoga a las crisis de "producción" del capitalismo. [...] Los puntos de tensión son aquellos que representan una actualización del potencial de "feudalización": la tendencia de los funcionarios a "apropiarse" de los recursos económicos y políticos del cargo; la lucha de los grandes terratenientes por obtener inmunidad ante los impuestos y/o a usurpar las funciones fiscales y políticas; y la dependencia económica y política a la que se ven forzados los campesinos en busca de protección contra la carga impositiva del centro burocrático. Estas tendencias "centrífugas" pueden ser consideradas a la vez como causa y consecuencia del posible fracaso de los mecanismos para mantener una capacidad de imposición efectiva y un control central». «Social integration and system integration», en George K. Zollschan y Walter Hirsch, comps. *Explorations in social change*, Boston, Massachusetts, Houghton, 1964, p. 254.

La formulación de Gabriel Ardant de este dilema hace más hincapié en las opciones de política fiscal del Estado conducentes a un cambio estructural que en las opuestas, aunque es difícil separarlas. Ardant dice: «Aparte de la confiscación, que en todas las épocas tentó a los gobiernos incapaces de resolver sus problemas fiscales, pero que no les daba más que recursos limitados en el tiempo y a menudo desperdiciados (ya estemos hablando de las ganancias de conquista, de la expropiación de las propiedades de la Iglesia o de la persecución sistemática de ciertas categorías sociales), había dos tipos de solución al alcance de las autoridades:

»El primer tipo, la solución feudal, a menudo precedida por una economía señorial y la venta de cargos, tendía a conducir, en un número significativo de casos, al desmembramiento de hecho del Estado.

»A estas fórmulas podemos oponer los préstamos y la inflación, factores financieros que, como veremos, dependen también de la estructura de la economía.

sistema de impuestos efectivo en la Baja Edad Media parecen retrospectivamente insuperables. La imposición en realidad sólo puede realizarse sobre la producción neta, y la producción neta era escasa, al igual que la cantidad de moneda y su circulación. Era extraordinariamente difícil verificar los impuestos, tanto por falta de personal como por la escasez de archivos cuantificados. No es de extrañar que los gobernantes recurrieran de continuo a alternativas a los impuestos como fuentes de ingresos: a la confiscación, a los préstamos, a la venta de cargos oficiales, a la devaluación de la moneda. Pero cada una de estas alternativas, aunque puede que resolviera algunos problemas financieros, tenía unos efectos negativos a largo plazo sobre la fuerza político-económica del rey[51]. Aún así, sería falso subrayar las dificultades. Lo que resulta impresionante es la magnitud del logro. Los muchos compromisos pueden ser vistos como pasos esenciales en el camino del éxito. El arrendamiento de impuestos[52] y la venta de cargos oficiales[53] pueden verse precisamente bajo el punto de vista de ser dos de los citados compromisos útiles. Más aún, el incremento del flujo de fondos al rey no solamente atacaba a la nobleza fortaleciendo al Esta-

---

»Estamos sin duda haciendo abstracción de las políticas, de diferentes dimensiones, por medio de las cuales el Estado transforma la organización social de la sociedad». *Théorie sociologique de l'impôt*, París, SEVPEN, 1965, I, pp. 541 *ss.*

[51] Por ejemplo, Ardant señala que: «Para obtener créditos considerados necesarios en el marco de una situación financiera desfavorable, un Estado se puede ver obligado a empeñarse en el sentido más amplio de la palabra, que significa una restricción de su soberanía: una fuente específica de ingresos puede ser traspasada a los acreedores extranjeros; un cierto grado de supervisión de la administración financiera, extendida después a la administración política, puede ser ejercida por los acreedores, o por el Estado que los respalda, etc.». (*ibid.*, I, pp. 549-550).

[52] Max Weber, al comparar Europa occidental con la India, afirma: «También en los Estados occidentales, al comienzo de los tiempos modernos, apareció el arrendamiento de impuestos y el comisionamiento de empresarios para la recluta del ejército, empresarios a los que se tenían que confiar en gran medida las finanzas. En la India, no obstante, bajo los grandes reinos no lograron desarrollarse aquellas instituciones centrales que en Occidente permitieron a los príncipes volver a tomar las riendas de la administración militar y financiera». *The religion of India*, Nueva York, Free Press, 1958, p. 69.

[53] «La venta de cargos, a pesar de sus graves inconvenientes, tuvo entonces la consecuencia política [de fortalecer el Estado]. Esto es, para la administración civil, el equivalente al sistema de tropas militares a sueldo, o "mercenarios", un sistema denunciado con igual vigor [...], pero no obstante ligado a la enorme y creciente fortuna del poder real, que así no dependía ya tan sólo de las fuerzas militares de la nobleza feudal.» F. Chabod, «Y a-t-il un état de la Renaissance?», en *Actes du Colloque sur la Renaissance*, París. J. Vrin, 1958, p. 66.

do, sino también debilitando las propias fuentes de ingresos de la nobleza, especialmente en la estrecha economía de los siglos XIV y XV, y sobre todo para aquellos no ligados a las nuevas burocracias. Como plantea Duby: «Una gran parte de las rentas extraídas del suelo por los campesinos seguía llegando a manos de su señor, pero el ininterrumpido progreso de la imposición había aumentado grandemente la parte apropiada por los agentes del Estado»[54].

Y al irse haciendo cada vez más fuerte el Estado, la manipulación monetaria se hizo cada vez más rentable. Cuando la crisis financiera de los Estados sumidos en la guerra en los siglos XIV y XV se vio multiplicada por unos bajos márgenes de ganancia en el campo a los que se pudiera someter a impuestos, los Estados tuvieron que buscar otras fuentes de ingreso, especialmente considerando que la despoblación significaba que los príncipes estaban ofreciendo exenciones de impuestos a aquellos que estuvieran dispuestos a recolonizar las áreas devastadas. Por lo tanto la manipulación monetaria tenía muchas ventajas. Léopold Génicot señala que existen tres posibles explicaciones para las frecuentes devaluaciones del período: la reducción de las deudas del Estado (aunque la devaluación también reducía en consecuencia los ingresos fijos, que constituían el grueso de los ingresos de los dominios reales); la escasez de medios de pago, en un momento en el que el comercio crecía más que las reservas de plata y en el cual el desorden público favorecía el atesoramiento; o una política económica deliberada de rebajar la tasa de intercambio para detener la deflación, combatir a los acaparadores, facilitar las exportaciones y revivir así el comercio. Cualquiera que sea la explicación de las devaluaciones, eran «en gran medida inflacionarias» y «reducían así el valor real de las rentas fijas»[55]. Los principales perceptores de ingresos fijos eran las clases señoriales y, en consecuencia, se vieron debilitadas frente al Estado.

¿El Estado? ¿Qué era el Estado? En esta época era el príncipe, el príncipe cuya reputación era alabada, cuya majestad era preservada, y que poco a poco fue siendo apartado de sus súbditos[56]. Y era la burocracia, que emergía ahora como un

---

[54] Duby, *Rural economy*, p. 331.

[55] Léopold Génicot, «Crisis: from the Middle Ages to modern times», en *Cambridge Economic History of Europe*, I, *The agrarian life of the Middle Ages*, 2.ª ed., Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1966, p. 699.

[56] «La importancia concedida a la *reputación* del príncipe, tanto por parte de los teóricos como por los hombres de acción (por ejemplo,

grupo social diferenciado, con características e intereses especiales, el principal aliado del príncipe [57], y no obstante un aliado siempre. Y eran los diversos cuerpos parlamentarios creados por los soberanos como mecanismos auxiliares en la legislación de los impuestos, cuerpos compuestos en gran medida por nobles, que los reyes trataban de utilizar contra la nobleza y la nobleza contra el rey [58].

Este Estado era una creación que no procedía del siglo XVI sino del siglo XIII en Europa occidental. Yves Renouard ha reconstruido la forma en que los límites que determinan hasta hoy en día las fronteras de Francia, Inglaterra y España habían sido más o menos establecidos definitivamente en una serie de batallas que ocurrieron entre 1212 y 1214 [59]. Fue sobre la base de estos límites y no de otros (por ejemplo, un Estado occitano mediterráneo que incluía Provenza y Cataluña; o un Estado atlántico que incluía la Francia occidental de los angevinos como parte de Inglaterra) sobre la que los sentimientos nacionalistas posteriores se construyeron. En primer lugar las fronteras, posteriormente las pasiones: es algo que se aplica tanto a los comienzos de la Europa moderna como, por ejemplo, al Africa del siglo XX. Fue en este período cuando no sólo se decidieron las fronteras de las naciones, sino que también, lo que es incluso más importante, se decidió que estos límites debían existir. Esto es lo que Edouard Perroy llama el «cambio funda-

---

Richelieu), va aparejada con la atención cada vez mayor prestada a la «Majestad»: todo lo cual fue creando poco a poco una mayor distancia entre el príncipe y su súbdito, colocando al primero en un plano en el que uno ya no podía atraverse a familiaridades.» Chabod, *Actes*, p. 72.

[57] «Si bien el poder del príncipe iba en aumento, otro poder crecía también: el del "cuerpo" burocrático. Así se creó el *esprit de corps*, que los unía entre sí, a pesar de todas las disputas personales y privadas, y no sólo entre los *officiers de justice*, los burócratas más antiguos, sino también entre los demás [...]

»Este poder creciente del "cuarto estado", el aliado —*en términos políticos*— del poder del príncipe, que había ido simultáneamente en aumento (yendo así de la mano la centralización administrativa y el absolutismo político), es de hecho el elemento fundamental al que debemos dirigir nuestra atención» (*ibid.*, pp. 68-69, 72).

[58] Edward Miller tiene una breve discusión de cómo esta interacción de intereses, ahora mucho más compleja, empezó a tomar forma durante la Baja Edad Media en los diversos Estados europeos. Véase «Government and economic policies and public finances, 900-1500», *Fontana Economic History of Europe*, I, 8, 1970, pp. 34-40.

[59] Véase Yves Renouard, «1212-1216: Comment les traits durables de l'Europe occidentale moderne se sont définis au début du XIIIe siècle», *Annales de l'Université de Paris*, XXVIII, 1, enero-marzo de 1958, pp. 5-21.

mental» en la estructura política de Europa occidental[60]. Según su punto de vista, podemos fechar la transformación de Europa entre mediados del siglo XII y principios del XIV, es decir, en el cenit de la prosperidad comercial y agrícola de la Edad Media.

¿Por qué naciones-Estado y no imperios? Aquí debemos ser prudentes en la forma de utilizar la terminología. Tal vez podríamos considerar a la Francia de los siglos XIII y XIV como una nación-Estado, a la Francia del siglo XV y XVI como un imperio, y a la del siglo XVII de nuevo como una nación-Estado. Esto es lo que parece pensar Fernand Braudel[61]. ¿Por qué este esquema de alternancia? Braudel sugiere que «el auge económico de los siglos XV y XVI trae consigo una coyuntura tenazmente favorable a los grandes y aun a los grandísimos Estados, a esos "extensos Estados" [...] En realidad, la historia es, por turnos, favorable o desfavorable a las vastas formaciones políticas»[62]. Fritz Hartung y R. Mousnier sugieren la necesidad de una dimensión mínima (¿acaso también de una máxima?) para el establecimiento de una monarquía absoluta, una forma política, que no tuvo éxito en los Estados pequeños. «Sin duda, éstos no

---

[60] «Un cuerpo grande y unificado, más o menos congruente con la cristiandad latina, y compuesto de una multitud de pequeñas células autónomas, los señoríos, cedió el puesto a una yuxtaposición de vastas soberanías territoriales, bastante distintivas, los primeros comienzos de los Estados de la Europa moderna.» Edouard Perroy *et al.*, *Le Moyen Age*, vol. III de la *Histoire Générale des Civilisations*, París, Presses Universitaires de France, 1955, pp. 369-370.

[61] «De hecho, la rueda había girado. El siglo XVI fue favorable en su comienzo a los grandes Estados [España, el imperio otomano], que eran, como dirían los economistas, la empresa de dimensiones óptimas. Al seguir el transcurso del siglo, y por razones que no podemos explicar adecuadamente, estos grandes cuerpos fueron traicionados poco a poco por las circunstancias. ¿Era una crisis transicional o estructural? ¿Debilidad o decadencia? En cualquier caso, a principios del siglo XVII sólo aparecían como vigorosos los Estados de tamaño medio. Así, la Francia de Enrique IV, con su súbito esplendor, o la Inglaterra de Isabel, luchadora y radiante; u Holanda, organizada en torno a Amsterdam; o aquella Alemania invadida de una tranquilidad material desde 1555 hasta los años anteriores a la guerra de los Treinta Años, en la que se iría a pique en cuerpo y alma. En el Mediterráneo, tal es el caso de Marruecos, de nuevo rico en oro, y de la regencia de Argel, la historia de una ciudad que se convierte en un Estado territorial. Este es también el caso de Venecia la radiante, esplendorosa y refulgente de lujos, de belleza, de inteligencia; o de la Toscana del gran duque Ferdinando [...]

»En otras palabras, los imperios deben haber sufrido en mayor medida que los Estados de tamaño medio, las consecuencias de la regresión de 1959-1621». Braudel, *La Méditerranée*, II, p. 47.

[62] *Ibid.*, II, p. 10.

podían constituir unidades militares y económicas suficientemente grandes para sostener una monarquía absoluta»[63]. Estas no son más que sugerencias para responder a un problema merecedor de una considerable atención teórica. Tal vez lo que más nos ayude sea la siguiente clasificación conceptual de V. G. Kiernan:

> Ninguna dinastía se propuso construir una nación Estado; todas pretendían una extensión ilimitada [...] y cuanto más prosperaba tanto más el resultado era un variopinto imperio *manqué*. Tenía que ser suficientemente grande para sobrevivir y afilar sus garras sobre sus vecinos, pero suficientemente pequeño para poder ser organizado desde un centro y considerarse a sí mismo una entidad. En el atestado borde occidental de Europa, cualquier hinchazón excesiva del territorio se vería detenida por la competencia y los límites geográficos[64].

A menos, por supuesto, que se extendieran los imperios a ultramar.

Lo que sucedería a estos imperios *manqués* sería que desarrollarían *raisons d'état* diferentes de las de los imperios, diferentes ideologías. Una nación-Estado es una unidad territorial cuyos gobernantes aspiran (a veces, frecuentemente pero desde luego no siempre) a hacer de ella una sociedad nacional, por razones que discutiremos más adelante. El asunto resulta aún más confuso cuando recordamos que a partir del siglo XVI las naciones-Estado de Europa occidental pretendían crear sociedades nacionales relativamente homogéneas en el centro de los imperios, utilizando como ayuda, tal vez indispensable para la creación de la sociedad nacional, la aventura imperial.

Hemos discutido la crisis del feudalismo occidental en los siglos XIV y XV como el fondo, el preludio de la expansión de Europa y su transformación económica a partir del siglo XVI. Hasta aquí la discusión y las explicaciones se han basado en gran medida en términos de la estructura social (la organización de la producción, el aparato de Estado, las relaciones entre varios grupos sociales). Aún así, muchos sentirán que la «crisis» del siglo XIV y la «expansión» del XVI podrían ser justificadas, digamos que en buena parte, por factores relativos al entorno físico: clima, epidemiología, condiciones del suelo. Estos argumentos no pueden ser pasados por alto frívolamente, y se debe

---

[63] Fr. Hartung y R. Mousnier, «Quelques problèmes concernant la monarchie absolue», en *Relazioni del X Congresso Internazionale di Science Storiche*, IV, *Storia moderna*, Florencia, Sansoni, 1955, p. 47.

[64] V. G. Kiernan, «State and nations in Western Europe», *Past and Present*, 31, julio de 1965, pp. 35-36.

valorar estos factores y asignarles su peso debido en la justificación del cambio social que de hecho se dio.

El planteamiento climático ha sido apoyado por Gustaf Utterström con gran fuerza. En resumen, su planteamiento es este:

Gracias al industrialismo, y gracias también al progreso técnico, en nuestros días el hombre se ve menos expuesto a los caprichos de la naturaleza de lo que lo estuvo en siglos precedentes. Pero, ¿con qué frecuencia se toma en consideración el hecho de que otro factor es que estamos viviendo en una era en la cual el clima, especialmente en el norte de Europa, es desusadamente suave? Durante los últimos mil años [...] los períodos de prosperidad en las actividades humanas, en términos generales, aunque con importantes excepciones, se han dado durante los intervalos templados entre las grandes glaciaciones. Es precisamente en estos intervalos cuando tanto la vida económica como el tamaño de la población han realizado sus mayores adelantos [65].

Para fortalecer su planteamiento, Utterström nos recuerda que el cambio climático puede haber tenido particular importancia en los períodos primitivos en la transformación de Europa. «La primitiva agricultura de la Edad Media debe haber sido mucho más dependiente de un clima favorable de lo que es la agricultura moderna con su elevado nivel técnico» [66].

Utterström señala, por ejemplo, los severos inviernos de los siglos XIV y principios del XV, los suaves inviernos desde 1460 hasta mediados del siglo XVI, los severos inviernos de la segunda mitad del siglo XVII [67], que corresponden *grosso modo* con períodos de recesión, expansión y recesión económica.

El considerar la presión de la población como factor decisivo no nos da una explicación satisfactoria de estos desarrollos económicos. El hecho de que la población creciera de la forma en que lo hizo plantea una cuestión que hasta el momento nadie se ha planteado: ¿por qué creció la población? [...] El gran incremento de población fue [...] general a todo lo largo y lo ancho de Europa. En el norte y centro de Europa comenzó durante el período en que el clima era desusadamente suave. Difícilmente podemos considerar esto como una coincidencia casual: tiene que haber una conexión causal [68].

Además, Utterström considera los factores epidemiológicos como variables que también intervinieron. Explica la peste

---

[65] Gustaf Utterström, «Climatic fluctuations and population problems in early modern history», *Scandinavian Economic Review*, III, 1, 1965, p. 47.

[66] *Ibid.*, p. 5.

[67] *Ibid.*, p. 24.

[68] *Ibid.*, p. 39.

negra por medio de los veranos calurosos que llevaron a la multiplicación de la rata negra, hospedadora de la pulga de la rata, que es uno de los dos portadores de la peste [69].

Georges Duby acepta que esta hipótesis debe ser tomada en serio. Sin duda, algunos de los abandonos de cultivos en el siglo XIV (los cereales en Islandia, las colonias escandinavas de Groenlandia, la disminución del límite forestal en los Sudetes, el fin de la viticultura en Inglaterra y su regresión en Alemania) quedan explicados plausiblemente por el cambio climático. Pero existen otras explicaciones plausibles. Lo más importante, Duby nos recuerda, es que «la recesión agraria, al igual que el colapso demográfico, comenzaron antes del principio del siglo XIV» [70], por lo tanto antes de los supuestos cambios climáticos. Por el contrario, Duby consideraría los factores climáticos y posteriormente la epidemiología como desgracias acumulativas que en el siglo XIV «supusieron un golpe aplastante a la ya frágil estructura demográfica» [71]. También han expresado un escepticismo similar, acerca de la primacía temporal del cambio climático como explicación de los altos y bajos, Helleiner [72], Slicher van Bath [73], y Emmanuel Le Roy Ladurie [74].

Evidentemente, en la medida en que hubiera un cambio climático, afectaría al funcionamiento de un sistema social. No obstante, también evidentemente, afectaría a sistemas diferentes de forma diferente. Aunque las opiniones son diversas, es pro-

---

[69] Véase *ibid.*, pp. 14-15. No obstante, Karl Helleiner, haciendo referencia a los trabajos de Ernst Rodenwaldt, sugiere que, aunque la pulga humana es menos importante que la de la rata, como portadora de la peste bubónica, puede haber sido más significativa en el transcurso de la Edad Media, reduciendo así la importancia de la hipótesis de Utterström. Véase Helleiner, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 7.

[70] Duby, *Rural economy*, p. 307.

[71] *Ibid.*, p. 308.

[72] Helleiner, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 76.

[73] «No parece probable que los altibajos periódicos observados en la vida económica de la Europa occidental a partir de 1200 sean el resultado de cambios de clima.» Slicher van Bath, *AAGB*, 12, p. 8.

[74] Después de señalar que parte de las evidencias presentadas por Utterström no son totalmente climáticas, señala algunos fallos metodológicos en la utilización de los datos meteorológicos. Sugiere que Utterström no ha proporcionado suficientes datos de tendencias a largo plazo como para apoyar sus generalizaciones. «Imaginémonos a un historiador o a un economista que se atreviera a afirmar que podía demostrar un alza larga y duradera en los precios partiendo como base para tal afirmación de tan sólo algunos puntos "cíclicos" excepcionales de la curva que desea interpretar, dejando de lado, tal vez desconociendo incluso la forma general de la curva en cuestión.» Emmanuel le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l'an mil*, París, Flammarion, 1967, p. 17.

bable que la glaciación en cuestión se extendiera sobre la totalidad del hemisferio norte, y no obstante, los desarrollos sociales en Asia y Norteamérica fueron claramente divergentes de los de Europa. Sería útil, por tanto, volver al factor crónico de la tensión de recursos implicada en el sistema feudal de organización social, es decir, el sobreconsumo por parte de una minoría en medio de un bajo nivel general de productividad. Norman Pounds nos recuerda «cuán pequeño era el margen de seguridad para el campesino medieval, incluso bajo condiciones que podrían ser consideradas normales o medias...»[75]. Slicher van Bath tiende a corroborar esta hipótesis de subalimentación prolongada, observando que fue precisamente en las regiones productoras de proteínas donde los hombres fueron más resistentes a la peste[76].

No obstante, si a pesar de todo hubo una primera recesión económica debida a la sobreexplotación crónica y a las consiguientes rebeliones discutidas anteriormente, y posteriormente los factores climáticos sirvieron para acentuar tanto la escasez de comida como las plagas, es fácil ver cómo la coyuntura sociofísica pudo llegar a proporciones de «crisis». A su vez, esta crisis se hubiera visto agravada por el factor de que la peste, una vez extendida, se hacía endémica[77]. Más aún, aunque un número menor de hombres debía haber supuesto una mayor cantidad de comida, dado que la masa de territorio permanecía constante, también significó un paso de los cultivos a los pastos, y en consecuencia una reducción de la producción de calorías. La

---

[75] Norman J. G. Pounds, «Overpopulation in France and the Low Countries in the later Middle Ages», *Journal of Social History*, III, 3, primavera de 1970, p. 245. Pounds habla de una «permanente situación de subalimentación». Fernand Braudel adopta una posición similar: «[En una economía fundamentalmente agrícola], el ritmo, la calidad, la inadecuación de las cosechas determinan la totalidad de la vida material. De ellas puede resultar un daño súbito, como una mordedura en la albura de los árboles o en la carne de los hombres.» *Civilisation matérielle et capitalisme*, París, Armand Colin, 1967, pp. 32-33.

[76] «La gente de las áreas costeras holandesas, que vivía en gran medida de la pesca y de la ganadería, y en consecuencia consumía más productos animales y grasas que la gente dedicada al labrantío, tal vez por eso no sucumbió ante las epidemias del siglo XIV en grado ni remotamente similar [al de otros europeos].» Slicher van Bath, *AAGB*, 12, páginas 89-90.

[77] «Ya que la plaga, una vez introducida [en 1347-1351], no desapareció de Europa hasta unos trescientos cincuenta años más tarde de su primer brote. En forma endémica o epidémica continuó ejerciendo una profunda influencia tanto en la media a largo plazo como en las fluctuaciones a corto plazo de la tasa de mortalidad.» Helleiner, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 5.

disminución demográfica se hizo por lo tanto también endémica[78]. Pierre Chaunu añade que «el hundimiento de la renta, la disminución de las ganancias y el agravamiento de las cargas señoriales» puede haber empeorado la situación aún más, apartando de la tierra la inversión de capital[79]. Y Dobb sugiere que el fenómeno resultante de la conmutación puede haber incrementado aún más las cargas de los campesinos, en lugar de mitigarlas como se asume habitualmente, aumentando por tanto el problema[80]. Por consiguiente, la incorporación de las varia-

[78] Karl Helleiner plantea la siguiente hipótesis: «[Las] propias mejoras en la posición económica de las clases inferiores [consiguientes a la despoblación causada por la peste negra] pueden haber militado en contra de una rápida recuperación demográfica. Ha de asumirse *a priori* y existen algunas pruebas para apoyar este punto de vista, que aquellas mejoras llevaron a una revisión ascendente del nivel de vida, incluyendo un desplazamiento del consumo medio de cereales hacia el consumo de carne. Este cambio en las preferencias de los consumidores se ve reflejado en el movimiento de los precios relativos de la carne y el grano, que debe haber intensificado [el] proceso de *Wüstung* [...] un aspecto del cual fue la "descerealización" parcial de Europa a favor de la ganadería. No obstante, dado un cierto nivel de tecnología agraria, se requieren cinco a seis veces más tierras para producir una caloría de alimento animal que las necesarias para la producción de una caloría de alimento vegetal. De lo que se sigue que, fuera cual fuese el grado de alivio de la presión de la población sobre las tierras producido por el hundimiento demográfico inicial, debe haberse visto parcialmente contrarrestado por ese cambio en el esquema de consumo y producción. Esta hipótesis sirve para explicar otro hecho por lo demás desconcertante, a saber, que la Baja Edad Media debió sufrir escasamente menos que los siglos precedentes en lo que a hambre y muertes se refiere, a pesar de que la disponibilidad per cápita de tierras fértiles fue sin duda mucho mayor durante este período» *(ibid.*, pp. 68-69).

[79] «La regresión de la población en los siglos XIV y XV agravó más que resolvió la escasez de espacio. Por lo tanto, no hizo disminuir la presión que había venido existiendo desde el siglo XIII. Puede incluso haberla aumentado, por medio de la caída de las rentas, la disminución de las ganancias y el agravamiento de la carga señorial. Capitales que podrían haberse visto tentados a volcarse en la tierra fueron atraídos en cierto grado por otros horizontes.» Chaunu, *L'expansion européenne*, página 349.

[80] «Pero hubo también abundantes casos en los que la conmutación no supuso una mitigación sino un aumento de las cargas feudales. Aquí no era más que una alternativa a la imposición directa de servicios adicionales. Lo más probable es que la conmutación tuviera este carácter cuando el recurrir a ella fuera en gran medida cuestión de propia iniciativa del señor; el intento de aumentar los ingresos feudales probablemente tomara esta forma debido a una relativa abundancia de mano de obra [...] Probablemente fuera la presión de la población sobre la tierra disponible en la aldea lo que dificultara al aldeano el asegurar su subsistencia, haciendo por lo tanto que la mano de obra asalariada fuera barata y relativamente abundante [...] esto acentuó aún más la tendencia a esta conmutación.» Dobb, *Studies*, pp. 63-64.

bles del entorno físico no desautoriza nuestro análisis anterior. Lo enriquece al añadir un elemento más a la explicación de una coyuntura histórica con tantas repercusiones en la historia futura del mundo, un ejemplo más en el que las estabilidades a largo plazo y los lentos cambios seculares pueden explicar coyunturas que tienen la capacidad de cambiar unas estructuras sociales intermedias desde el punto de vista de su duración temporal.

El análisis hasta aquí es como sigue. En Europa, a finales de la Edad Media, existía una «civilización» cristiana, pero no un imperio-mundo ni una economía-mundo. La mayor parte de Europa era feudal, es decir, consistía en nódulos económicos relativamente pequeños y relativamente autosuficientes, basados en una forma de explotación que suponía la apropiación relativamente directa del pequeño excedente agrícola producido en el seno de una economía señorial por una pequeña clase de nobles. Dentro de Europa, existían al menos dos economías-mundo menores, una de tamaño medio basada en las ciudades-Estado del norte de Italia y una más pequeña basada en las ciudades-Estado de Flandes y el norte de Alemania. La mayor parte de Europa no estaba involucrada directamente en estas redes.

Aproximadamente del año 1150 al 1300, se vio una expansión en Europa en el marco del modo de producción feudal, una expansión simultáneamente geográfica, comercial y demográfica. Desde aproximadamente el 1300 hasta el 1450, lo que se había expandido se contrajo de nuevo en los tres niveles de la geografía, el comercio y la demografía.

Esta contracción, tras la expansión, causó una «crisis», una crisis que fue visible no sólo en la esfera económica sino también en la esfera política (las guerras internas de la nobleza y las revueltas campesinas pueden ser consideradas como los dos síntomas fundamentales). También se hizo visible en la cultura. La síntesis cristiana medieval se vio sometida a un ataque multitudinario en todas las formas que posteriormente serían consideradas como primeros pasos del pensamiento occidental «moderno».

Existen tres explicaciones fundamentales de la crisis. Una es que fue esencialmente el producto de tendencias económicas cíclicas. Habiendo sido alcanzado el punto óptimo de expansión, dada la tecnología existente, vino seguido de una contracción. La segunda es que fue esencialmente el producto de una tendencia secular. Después de mil años de apropiación de excedente bajo el modo feudal, se había llegado a un punto de disminu-

ción de las ganancias. Mientras que la productividad permanecía estable (o incluso es posible que declinara como consecuencia del agotamiento del suelo), debido a la ausencia de motivaciones estructuradas para el avance tecnológico, la carga que caía sobre los productores del excedente había ido aumentando constantemente, por el creciente volumen de los gastos de la clase dominante. Ya no se podía exprimir más jugo. La tercera explicación es climatológica. El cambio en las condiciones meteorológicas europeas fue tal que redujo la productividad del suelo, incrementando simultáneamente las epidemias.

La primera y la tercera explicaciones se resienten del hecho de que ocurrieron cambios cíclicos y climatológicos semejantes en otros tiempos y otros lugares sin producir la consecuencia de la creación de una economía-mundo capitalista como solución a los problemas. La explicación secular de la crisis bien podría ser correcta, pero es inherentemente difícil crear el tipo de análisis estadístico serio que pudiera demostrar que ésta es una explicación suficiente de la transformación social. Creo que es más plausible operar sobre el supuesto de que la «crisis del feudalismo» representaba una coyuntura de tendencias seculares, una crisis cíclica inmediata,[7] y una declinación climatológica.

Fueron precisamente las inmensas presiones de esta coyuntura lo que hizo posible la enormidad del cambio social. Porque lo que Europa iba a desarrollar y sostener a partir de entonces era una nueva forma de apropiación del excedente, una economía-mundo capitalista. No iba a estar basada en la apropiación directa del excedente agrícola, en forma de tributo (como había sido el caso en los imperios-mundo) o de rentas feudales (como había sido el sistema del feudalismo europeo). En su lugar, lo que iba a desarrollarse ahora era la apropiación de un excedente basado en una productividad más eficiente y ampliada (en primer lugar en la agricultura y posteriormente en la industria), por medio del mecanismo de un mercado mundial, con la asistencia «artificial» (es decir, ajena al mercado) de los aparatos de Estado, ninguno de los cuales controlaba en su totalidad el mercado mundial.

El argumento de este libro será que para el establecimiento de tal economía-mundo capitalista fueron esenciales tres cosas: una expansión del volumen geográfico del mundo en cuestión, el desarrollo de variados métodos de control del trabajo para diferentes productos y zonas de la economía-mundo, y la creación de aparatos de Estado relativamente fuertes en lo que pos-

teriormente se convertirían en Estados del centro de esta economía-mundo capitalista.

El segundo y tercer aspecto dependían en gran parte del éxito del primero. Por tanto, la expansión territorial de Europa era teóricamente un prerrequisito clave para una solución de la «crisis del feudalismo». Sin ella, la situación europea podría haberse hundido en una anarquía relativamente constante y una aún mayor contracción. ¿Cómo entonces adoptó Europa la alternativa que había de salvarla? La respuesta es que no fue Europa la que lo hizo, sino Portugal, o al menos fue Portugal el que estuvo en cabeza.

Veamos ahora qué es lo que, en su situación social, puede justificar el empuje hacia la exploración en ultramar que Portugal puso en práctica justo en mitad de la «crisis». Para comprender este fenómeno debemos comenzar recordando que la expansión geográfica Europea empezó, como ya hemos sugerido, anteriormente. Archibald Lewis argumenta que «a partir del siglo XI hasta mediados del XIII la Europa occidental siguió un desarrollo fronterizo casi clásico»[81]. Se refiere a la reconquista gradual de España a los moros, la recuperación por parte de la Europa cristiana de las islas Baleares, Cerdeña y Córcega, la conquista normanda de la Italia del sur y de Sicilia. Hace referencia a las cruzadas, con su anexión en primer lugar de Chipre, Palestina y Siria, posteriormente de Creta y las islas del Egeo. En el noroeste de Europa se dio la expansión inglesa hacia Gales, Escocia e Irlanda. Y en el este de Europa, los alemanes y los escandinavos penetraron, conquistaron y convirtieron al cristianismo las tierras de los bálticos y los eslavos. No obstante, «la frontera más importante era una frontera interna de bosques, pantanos, marismas, páramos y marjales. Fue en estos territorios donde se aposentaron los campesinos europeos, cultivándolos en gran medida, entre los años 1000 y 1250»[82]. Después, como ya hemos visto, esta expansión y esta prosperidad llegaron a su fin a causa de una «crisis» que supuso también una contracción. En términos políticos, esto supuso el reagrupamiento de los moros en Granada, la expulsión de los cruzados del Levante, la reconquista de Constantinopla por los bizantinos en 1261, la conquista por parte de los mongoles de las llanuras rusas. Internamente, en Europa se produjo la *Wüstungen*.

---

[81] Archibald R. Lewis, «The closing of the European frontier», *Speculum*, XXXIII, 4, octubre de 1958, p. 475.

[82] *Ibid.*, p. 476.

Las grandes exploraciones, la expansión atlántica, no fueron, por tanto, el primero, sino el segundo empujón de Europa, que tuvo éxito debido a que el impulso era mayor, la base social y tecnológica más sólida, y las motivaciones más intensas. No obstante, ¿por qué un empujón cuyo centro inicial fuera Portugal? En 1250 o incluso en 1350 pocas personas hubieran pensado que Portugal pudiera ser un candidato probable para cubrir este papel. Y retrospectivamente, desde el siglo XX, choca con nuestro sentido de la probabilidad, con nuestro prejuicio contra la pequeña potencia que Portugal ha sido en tiempos modernos y de hecho a lo largo de la historia.

Intentaremos contestar a esta cuestión en términos de motivación y de capacidades. Las motivaciones tenían un alcance europeo, aunque algunas de ellas pueden haber sido sentidas con mayor agudeza en Portugal. ¿Qué era lo que buscaban los exploradores? Metales preciosos y especias, según nos cuentan los libros de texto escolares. Y esto es cierto, hasta cierto punto.

En la Edad Media, la Europa cristiana y el mundo árabe mantenían una relación simbiótica en términos de oro y plata. Utilizando la frase de Andrew Watson, «en materias monetarias [...] las dos regiones deberían ser consideradas como un todo»[83]. La primera acuñaba plata; la otra, oro. Como resultado de un largo período de desequilibrio en los precios, cuyos orígenes son complejos y no necesitamos abordar aquí, la plata fluyó hacia el este, llevando a una abundancia de ella en el mundo árabe. Las exportaciones de plata ya no hacían posibles las importaciones de oro. En 1252, Florencia y Génova lanzaron, por tanto, nuevas monedas de oro. El motivo estaba allí. Un hecho que lo hizo posible fue la expansión del comercio de oro transahariano en el siglo XIII[84]. Watson piensa que es poco plau-

[83] Andrew M. Watson, «Back to gold—and silver», *Economic History Review*, 2.ª serie, XX, 1, 1967, p. 1.

[84] «Olvidamos que, en la Antigüedad y durante la Edad Media, lo que hoy en día consideraríamos unas minas paupérrimas eran consideradas de primera categoría. El Sudán occidental fue, desde el siglo VIII hasta el descubrimiento de América, el principal suministrador de oro para el mundo occidental; el comercio, organizado en primer lugar por Ghana, llegó bajo ese nombre al Mediterráneo y ensalzó el prestigio de los reyes que poseían semejante fuente de riqueza.» R. A. Mauny, «The question of Ghana», *Africa*, XXIV, 3, julio de 1954, p. 209.

Marian Malowist argumenta que fue la demanda norteafricana de oro (para vendérselo a los europeos), más que la necesidad del Sudán occidental de la sal que recibía a cambio, el estímulo fundamental de esta expansión. Véase «Quelques observations sur le commerce de l'or

sible, por tanto, el hablar de una falta de escasez de oro en Europa occidental entre 1250 y 1500, dado que aquélla fue una época de suministro creciente. No obstante, seguía existiendo un constante flujo de metales preciosos, de Europa a la India y China, pasando por Bizancio y el mundo árabe, aunque el desequilibrio era cada vez menor. Watson habla, un tanto misteriosamente, del «gran poder de la India y China para atraer metales preciosos del resto del mundo»[85]. La demanda de oro

---

dans le Sudan occidental au Moyen Age», *Annales ESC*, XXV, 6, noviembre-diciembre de 1970, pp. 1630-1636.

[85] Watson, *Economic History Review*, XX, p. 34. Véase el notable artículo colaboración de R. S. Lopez, H. A. Miskimin y Abraham Udovitch en el que argumentan con gran credibilidad que los años 1300-1500 son testigos de un flujo constante de metales preciosos desde el noroeste de Europa hacia Italia, el Levante y la India:

«Tanto el consumo de artículos de lujo por la población no agrícola [de Inglaterra] como las inversiones extensivas en la ornamentación de las iglesias [...] exacerbaron la ya existente escasez de artesanos cualificados que siguió a la peste negra, al crear un incremento relativo en la demanda de sus servicios. Como resultado, los salarios de los artesanos cualificados se vieron considerablemente aumentados, y parte de la demanda de lujo, no satisfecha domésticamente, se vio desviada hacia áreas fuera del norte de Europa, tanto por necesidades económicas como por la búsqueda de lo exótico; el resultado inevitable de esta demanda fue un incremento en la exportación de dinero. Más aún, dado que el uso de una mano de obra escasa en la producción de lujos para uso doméstico proscribe su utilización en la fabricación de artículos para la exportación, las ganancias potenciales en el extranjero de las economías del norte se vieron reducidas [...]

»¿Dónde había ido a parar [el dinero]? [...] El papado fue sin duda un sumidero de primera magnitud de los metales de la Europa del norte. Además de las transferencias directas de dinero, no obstante, los canales comerciales más convencionales tendían, a través del consumo de artículos de lujo, a producir el mismo resultado [...] Los puntos de llegada continentales de [la] ruta norte-sur [procedente de las ciudades de la Hansa] eran Milán, Génova y Venecia [...] da la impresión de que había un comercio activo y probablemente unilateral que conectaba la economía del norte con la del sur de tal forma que canalizaba los metales preciosos hacia el sur.

»En Francia, también, encontramos un extendido incremento en el consumo de artículos de lujo procedentes del sur durante el siglo XIV y principios del XV [...]

»Inglaterra y Francia se quejaban amargamente del acaparamiento de metales preciosos por Italia, pero en gran medida ésta era la contrapartida del flujo desde Italia hacia Levante [...] A pesar de las importaciones de oro desde la Europa del noroeste, de una moderada producción de las minas de Europa central, y de las cantidades más sustanciales procedentes del Senegal, hay abundantes indicios de que el suministro de oro era, en el mejor de los casos, apenas suficiente, y a menudo escaso. Admitiendo que el hambre de oro en el hombre es crónicamente insaciable, es seguro que el comercio con el Levante durante

y plata seguía siendo, por tanto, elevada. Entre 1350 y 1450 las minas de plata de Servia y Bosnia empezaron a desarrollarse[86], y se convirtieron en una fuente importante hasta que la invasión turca del siglo XV las aisló de Europa occidental. De forma semejante, a partir de 1460 hubo un súbito aumento en la minería de plata en la Europa central, gracias a las mejoras tecnológicas que permitían la explotación de lo que hasta entonces habían sido minas marginales. Perroy estima que entre

---

los siglos XIV y XV absorbió de Italia una cantidad creciente de oro [...] La importancia comparativa del comercio de artículos de lujo hizo a Italia más dependiente del Levante y aumentó el drenaje de metales preciosos en aquella dirección [...]

»[Existe] una contracción absoluta de la economía egipcia a finales del siglo XIV y [...] una declinación cuantitativa absoluta de todos sus sectores [...] La crisis económica de Egipto se vio acompañada de un hundimiento de su sistema monetario. La moneda de oro y plata se hizo cada vez más escasa, y las monedas de cobre predominaban en la circulación interna y a todos los niveles de transacción [...]

»Entre los numerosos factores que contribuyen a la escasez de numerario en Egipto a finales del siglo XIV y en el XV, el más central era su persistentemente desfavorable balanza de pagos en el comercio internacional. Al llegar el siglo XIII sus minas nubias estaban agotadas hasta el punto de que el oro extraído sólo a duras penas lograba cubrir los gastos. Un vivaz y rentable comercio con el Sudán occidental mantuvo a Egipto con suministros de oro hasta finales del siglo XIV, momento en que el citado comercio empezó a declinar y el oro africano fue succionado hacia Europa [...] Mientras que el suministro de oro de Egipto se iba contrayendo, no hay muestras de una declinación correspondientemente significativa en el consumo de productos foráneos y bienes de lujo, o una reducción paralela de los gastos del Estado en importaciones [...]

»A todo lo largo del siglo XV, Europa fue la única área con la que Egipto mantuvo una balanza de pagos favorable [...] Egipto, a comienzos del siglo XV, vivía virtualmente de las ganancias del comercio de especias con Europa [...] pero sólo una fracción de esta suma permanecía en el país. El comercio de especias era un comercio de tránsito. Por añadidura, Egipto estaba contribuyendo también [al] flujo [de oro hacia la India] por medio de su consumo interno de especias y otros productos importados del Oriente Lejano [...]

»Así, al menos una buena proporción del oro que empezaba su largo viaje hacia el sur a partir del norte de Europa en busca de artículos de lujo, viajando a través de Italia y Egipto, encontraba su lugar de reposo final en forma de incremento de la ya increíble acumulación de oro de la India.» «England to Egypt, 1350-1500; long-term trends and long-distance trade», en M. A. Cook, comp., *Studies in the economic history of the Middle East from the rise of Islam to the present day*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1970, pp. 101, 102, 103, 104, 105, 109, 110, 114, 117, 123, 126, 127-128.

[86] Véase Desanka Kovacevic, «Dans la Serbie et la Bosnie médiévales: les mines d'or et d'argent», *Annales ESC*, XV, 2, marzo-abril de 1960, páginas 248-258.

1430 y 1530 la producción de plata se quintuplicó en Europa central[87]. No obstante, el suministro no conseguía mantenerse paralelo a la demanda, y la búsqueda de oro por vía marítima (así, para el oro del Sudán burlando a los intermediarios norteafricanos) era sin duda algo que se planteaban los navegantes portugueses primitivos[88]. Cuando, por tanto, el descubrimiento de las Américas suministrara a Europa una fuente de oro más rica que el Sudán, y en especial una fuente de plata infinitamente más rica que Europa central, las consecuencias económicas serían enormes[89].

Los metales preciosos se perseguían en busca de una base monetaria para la circulación en el seno de Europa, pero aún más para exportarlos al Oriente. ¿A cambio de qué? Una vez más, cualquier colegial lo sabe: a cambio de especias y joyas. ¿Para quién? Para los ricos, que las utilizaban como símbolos de consumo ostentoso. Las especias se convertían en afrodisíacos, como si la aristocracia no pudiera hacer el amor de otra manera. En esta época las relaciones entre Europa y Asia podían resumirse en un intercambio de objetos preciosos. El oro y la plata fluían hacia el este para decorar los templos, los palacios y las ropas de las clases aristocráticas asiáticas, y las joyas y las especias fluían hacia el oeste. Los accidentes de la historia cultural (quizá tan sólo la escasez física) determinaron estas preferencias complementarias. Henri Pirenne, y más tarde Paul Sweezy, conceden a esta demanda de objetos de lujo un

---

[87] «[Hubo] un súbito incremento de la producción mineral allá por 1460, principalmente en la Europa central. En este terreno, la tecnología se hizo científica. La invención de mejores métodos de perforación, drenaje y ventilación hizo posible la explotación de las minas de Sajonia, Bohemia y Hungría hasta profundidades de 180 metros; el uso cada vez mayor de la fuerza hidráulica aumentó el poder de los fuelles y de los taladros, de tal manera que los hornos pudieron desplazarse de las laderas de las montañas para localizarse en los valles. La construcción de los primeros altos hornos, de una altura de tres metros, triplicó la capacidad productiva de los antiguos hornos. No es imposible que entre 1460 y 1530 se quintuplicara la extracción de mineral en la Europa central.» Perroy, *Le Moyen Age*, III, pp. 559-562.

[88] Véase V. M. Godinho, «Création et dynamisme économique du monde atlantique (1420-1670)», *Annales ESC*, V, 1, enero-marzo de 1950, página 33; Pierre Chaunu, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, VIII (1), París, SEVPEN, 1959, p. 57.

[89] «América, que tomó el relevo en el Mediterráneo de las fuentes de oro de Africa, fue aún más importante como sustituto de las minas de plata alemanas.» Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 433.

lugar de honor en la expansión del comercio europeo[90]. No obstante, yo soy escéptico en cuanto a que el intercambio de objetos preciosos, por grande que pareciera al pensamiento consciente de las clases elevadas europeas, pueda haber sostenido una empresa tan colosal como la expansión del mundo atlántico, y mucho menos aún explicar la creación de una economía-mundo europea.

Los artículos de primera necesidad justifican a largo plazo los empujes del hombre en mucha mayor medida que los lujos. Lo que necesitaba Europa occidental en los siglos XIV y XV era comida (más calorías y una mejor distribución de los valores alimenticios) y combustible. La expansión a las islas del Mediterráneo y el Atlántico, después a Africa del norte y del oeste y al otro lado del Atlántico, al igual que la expansión a Europa oriental, las estepas rusas y eventualmente al Asia central, suministraron comida y combustible. Expandieron la base terri-

[90] «En cada dirección en que se extendía el comercio, creaba el deseo de los nuevos artículos de consumo que traía consigo. Como pasa siempre, la aristocracia deseaba rodearse de los lujos o al menos del confort correspondiente a su rango.» Henri Pirenne, *Economic and social history of medieval Europe*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1936, p. 81.

«Cuando tomamos en consideración el hecho de que la guerra se cobraba sus derechos fundamentalmente entre los órdenes superiores (dado que eran los únicos a los que se les permitía llevar armas) bien podemos poner en duda que hubiera un crecimiento *relativo* significativo en el volumen de la clase parásita [...] Por otra parte, no hay razón para dudar de la realidad de la creciente extravagancia de la clase dominante feudal [...] ¿Pero era esta creciente extravagancia una tendencia explicable por la naturaleza del sistema feudal, o refleja acaso algo que estaba pasando fuera del sistema feudal? [...] La rápida expansión del comercio desde el siglo XI en adelante puso a su alcance una cantidad y una variedad de bienes en crecimiento constante.» Paul Sweezy, *Science and Society*, XIV, pp. 139-140.

Maurice Dobb, no obstante, argumenta: «El paso de la extracción coercitiva de plustrabajo por los propietarios de tierras al uso de mano de obra asalariada libre debe de haber dependido de la existencia de una mano de obra barata para contratar (es decir, elementos proletarios o semiproletarios). Creo que esto ha sido un factor mucho más fundamental que la proximidad de los mercados en la determinación de la supervivencia o disolución de las viejas relaciones sociales.» *Science and Society*, XIV, p. 161.

R. H. Hilton se pone del lado de Dobb: «El progreso económico que era inseparable de la anterior lucha por las rentas y de la estabilización política del feudalismo, vino caracterizado por un incremento en el excedente social total de la producción sobre las necesidades de subsistencia. Esto, y no el llamado renacimiento del comercio internacional en sedas y especias, fue la base para el desarrollo de la producción de mercancías.» «The transition from feudalism to capitalism», *Science and Society*, XVII, 4, otoño de 1953, p. 347.

torial del consumo europeo construyendo una economía política en la que esta base de recursos era consumida desigualmente, desproporcionadamente por Europa occidental. Este no fue el único camino. Existió también una innovación tecnológica que incrementó el rendimiento de la agricultura, innovación que comenzó en Flandes ya desde el siglo XIII, y se extendió a Inglaterra tan sólo en el siglo XVI [91]. Pero tales innovaciones tecnológicas era lógico que ocurrieran precisamente en lugares donde se daban una población densa y un crecimiento industrial, como el Flandes medieval, que eran precisamente los lugares donde resultaba más rentable la utilización de la tierra para cultivos comerciales, la cría de ganado y la horticultura, que, consecuentemente, «requerían la importación de grano [trigo] en grandes cantidades. Sólo entonces podía funcionar con el máximo de ventajas el complicado sistema de interrelaciones entre la agricultura y la industria» [92]. Por tanto, el proceso de innovación agrícola cebó más que impidió la necesidad de expansión.

El trigo era un foco central de la nueva producción y el nuevo comercio en los siglos XV y XVI. Al principio, Europa encontró en los bosques del norte y las planicies mediterráneas sus «Américas internas», utilizando la perceptiva frase de Fernand Braudel [93]. Pero las Américas internas no eran suficiente. Había expansión en los bordes, en primer lugar hacia las islas. Vitorino Magalhães Godinho ha planteado como hipótesis de trabajo que la agricultura fue la motivación fundamental de la colonización portuguesa de las islas atlánticas, una hipótesis secundada por Joël Serrão, que señaló que el desarrollo de estas islas fue rápido y en términos de «la tetralogía de cereales, azúcar, tintes y vino [...] [Hubo] siempre una tendencia al monocultivo, siendo preferido uno u otro de los cuatro productos» [94]. El nuevo trigo cultivado empezó a fluir a través del continente europeo, desde el área báltica a los Países Bajos, a partir del

---

[91] Véase Slicher van Bath, «The rise of intensive animal husbandry in the Low Countries», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Londres, Chatto, 1960, pp. 130-153.

[92] *Ibid.*, p. 137.

[93] «Estos movimientos de mejora [*bonification*] fueron la respuesta ante los requerimientos de las ciudades, cuya población no dejó de crecer durante los siglos XV y XVI. La urgente necesidad de aprovisionar a estas ciudades les llevó a desarrollar la producción agrícola en sus inmediaciones, bien cultivando nuevos terrenos o por medio de la práctica de la irrigación.» Braudel, *La Méditerranée*, I, p. 62.

[94] Joël Serraõ, «Le blé des îles atlantiques: Madère et Açores aux XVe et XVIe siècles», *Annales ESC*, IX, 3, julio-septiembre de 1954, p. 338.

siglo XIV[95], y hasta Portugal en el XV[96], del Mediterráneo a Inglaterra y los Países Bajos en los siglos XIV y XV[97].

Podemos plantear una jerarquía de alimentos en términos de su costo por cada mil calorías. M. K. Bennett encuentra esta jerarquía razonablemente estable en el tiempo y en el espacio. Los productos de grano molido y los tubérculos y raíces feculentos se encuentran en la base de sus ocho estratos, es decir, son los más baratos, los productos más básicos[98]. Pero no se consigue una dieta adecuada sólo a base de grano. Uno de los más importantes complementos en la dieta europea es el azúcar, útil como fuente de calorías y como sustitutivo de las grasas. Más aún, también puede ser utilizado para la elaboración de bebidas alcohólicas (en particular ron). Y más adelante sería utilizada para la elaboración del chocolate, uso que los españoles aprendieron de los aztecas y que se convertiría en una bebida extraordinariamente apreciada, al menos en la España del siglo XVII[99].

El azúcar fue también una motivación principal para la expansión a las islas. Y, debido a su modo de producción, junto con el azúcar surgió la esclavitud. Esto comenzó en el Mediterráneo oriental en el siglo XII, y después fue desplazándose hacia el oeste[100]. La expansión atlántica no fue más que su continua-

---

[95] Véase J. A. van Houtte, «L'approvissionnement des villes dans les Pays-Bas (Moyen Age et Temps Modernes)», *Third International Conference of Economic History* (Munich, 1965), París, Mouton, 1968, pp. 73-77.

[96] «En el siglo XV, Portugal empezó a estar cada vez más abierto a los comerciantes hanseáticos y a los bretones que suministraban al país trigo y madera, la importación de los cuales era ya en aquella época indispensable.» Marian Malowist, «Les aspects sociaux de la première phase de l'expansion coloniale», *Africana Bulletin*, 1, 1964, p. 12.

[97] Véase Ruggiero Romano, «A propos du commerce de blé dans la Méditerranée des XIVe et XVe siècles», en *Eventail de l'histoire vivante: hommage a Lucien Febvre*, París, Armand Colin, 1953, pp. 149-161.

[98] Los ocho estratos que contabiliza Bennett son: 1) productos de grano molido y raíces y tubérculos feculentos, incluyendo el plátano; 2) grasas y aceites vegetales; 3) legumbres secas (judías, garbanzos, lentejas); 4) azúcar; 5) leche y sus derivados; posiblemente pescado; 6) carne de cerdo; 7) vacuno, carnero, cabra, búfalo, aves de corral y huevos; 8) frutas y verduras. Véase M. K. Bennett, *The world's food*, Nueva York, Harper, 1954, pp. 127-128. «¿Por qué había de existir la jerarquía general? Es sin duda el reflejo de los costos relativos de producción y las cualidades calóricas inherentes de los distintos alimentos» (p. 128).

[99] Véase G. B. Masefield, «Crops and livestock», *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 295.

[100] Anthony Luttrell ha trazado el cuadro *anterior* a 1500: «Los latinos estaban produciendo azúcar con esclavos musulmanes y de otras proce-

ción lógica. De hecho, E. E. Rich localiza en Portugal la esclavitud africana en el año 1000 d.C., siendo adquiridos los esclavos por medio del comercio con traficantes mahometanos [101]. El azúcar era un producto muy lucrativo y exigente, que expulsaba al trigo [102] pero agotaba después el suelo, de modo que requería continuamente nuevas tierras (por no hablar de la fuerza de trabajo consumida en su cultivo).

52 El pescado y la carne tienen un puesto más elevado en la lista de categorías de Bennett. Pero se buscaban como fuentes de proteínas. Godinho cita la expansión de las áreas de pesca como una de las dinámicas claves de la exploración portuguesa primitiva [103]. Sin duda la carne era menos importante que el grano, y se vio considerable y continuamente reducida en importancia en el período que va de 1400 a 1750 [104], lo que prueba un punto sobre el que volveremos, que los trabajadores europeos pagaron parte de los costos del desarrollo económico

---

dencias, en Siria, Chipre y otras colonias del Mediterráneo oriental, desde el siglo XII, y en 1404, cuando Giovanni della Padua, de Génova, recibió licencia real para establecer una plantación en el Algarve, los genoveses la habían transferido aparentemente de Sicilia al sur de Portugal. Fueron en gran medida los genoveses los que suministraron la iniciativa, el capital, las técnicas de molienda e irrigación para la introducción del azúcar en las Azores y Madeira, y los que la exportaban de las islas a lugares tan lejanos como Flandes y Constantinopla. También ayudaron a conseguir la mano de obra necesaria; Antonio da Noli, por ejemplo, llevó guineanos a las islas de Cabo Verde en la década de 1640.» «Slavery and slaving in the portuguese Atlantic (to about 1500)», en Centre of African Studies, *The transatlantic slave trade from West Africa*, Edimburgo, Univ. of Edinburgh, multicopiado, 1965, p. 76.

[101] Véase E. E. Rich, «Colonial settlement and its labour problems», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 308.

[102] Por ejemplo, Serraõ nos dice de Madeira: «Alrededor de 1475 finalizó el ciclo del trigo [...] El azúcar había liquidado al trigo.» *Annales ESC*, IX, p. 340. Serraõ señala que, cuando ocurrió esto, las Azores se convirtieron en el área triguera de Portugal, suplantando fundamentalmente a Madeira. Este esquema cíclico era «cierto en el siglo XVI, al igual que en el XVII, y se mantenía aún en el XVIII» (*ibid.*, p. 341).

[103] Véase Godinho, *Annales ESC*, V, p. 33.

[104] «De lo que la gente menos se da generalmente cuenta es de que la situación trazada a grandes rasgos en 1750 —mucho pan y poca carne— [...] era por su parte el resultado de un deterioro y no se puede aplicar cuando nos remontamos a la Edad Media.» Fernand Braudel y Frank C. Spooner, «Prices in Europe from 1450 to 1750», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economy of expanding Europe in the 16th and 17th centuries*, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 414.

europeo [105]. No obstante, el deseo de carne era una de las motivaciones del comercio de especias, no de las especias asiáticas para los afrodisíacos de los ricos, sino de los granos del paraíso (*Amomum Melegueta*) de Africa occidental, utilizados como sustitutivo de la pimienta, así como del vino especiado conocido como hipocrás [106]. Estas especias servían «simplemente para hacer aceptables unas gachas aguadas» [107].

Si las necesidades alimenticias dictaron la expansión geográfica de Europa, los beneficios resultaron ser incluso mayores de lo que se pudiera haber anticipado. La ecología mundial se vio alterada, y esto de una forma tal que, debido a la organización social de la emergente economía-mundo europea, beneficiaría primariamente a Europa [108]. Además del alimento la otra gran necesidad básica era la madera, madera para leña, y madera para la construcción de barcos (y de casas). El desarrollo económico de la Edad Media, y se debe asumir que también sus crudas técnicas forestales, habían llevado a una lenta pero constante deforestación de Europa occidental, Italia y España, así como también de las islas mediterráneas. El roble se hizo

---

[105] «De 1400 a 1750, Europa fue una gran consumidora de pan, y en más de la mitad vegetariana [...] Sólo esta "atrasada" dieta permitió a Europa cargar con el peso de una población en continuo crecimiento [...] El consumo de pan relegó cada vez más al de carne hasta mediados del siglo XIX.» *Ibid.*, p. 413. Véase también W. Abel, «Wandlungen des Fleischverbrauchs und der Fleischversorgung in Deutschland», *Bericht über Landwirtschaft*, n. s., vol. 22, 1938, pp. 411-452, citado en Slicher van Bath, *Agrarian history*, p. 204.

[106] «Las primeras exploraciones de los portugueses a lo largo de la costa occidental de Africa tuvieron como fruto tan sólo una planta de interés inmediato, los granos del paraíso [...] Podían ser obtenidos ahora más baratos que por la ruta terrestre a través del Sáhara, y su comercio dio nombre a la "Costa del Grano"; pero no pudieron ser aclimatadas las plantas a Europa.» Masefield, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 276.

[107] Chaunu, *L'expansion européenne*, p. 354.

[108] G. B. Masefield señala cómo cambió el mapa agrario del mundo la relación entre las Américas y el hemisferio oriental: «La dispersión de cosechas y ganado que siguió al establecimiento de estos lazos fue la más importante de la historia de la humanidad, y tal vez tuviera efectos más trascendentales que cualquier otro resultado de los descubrimientos. Sin las cosechas americanas, posiblemente Europa no hubiera sido capaz de sostener una población tan densa como la que sostuvo más adelante, y los trópicos del Viejo Mundo no se hubieran desarrollado tan rápidamente. Sin el ganado europeo, y en especial sin caballos y mulas para el transporte y el cultivo, el continente americano no podría haberse desarrollado al ritmo al que lo hizo.» *Cambridge Economic History of Europe*, IV, p. 276.

particularmente escaso[109]. Al llegar el siglo XVI, el área báltica había empezado a exportar madera en grandes cantidades a Holanda, Inglaterra y la península Ibérica.

Debemos mencionar otra necesidad de aprovisionamiento, la necesidad de vestido. Existía por supuesto el comercio de lujo, la demanda de sedas, cuya antigua historia estaba ligada a la demanda de joyas y especias. La creciente industria textil, la primera industria importante del desarrollo industrial europeo, era no obstante algo más que un comercio de lujo, y requería materiales: tintes para los tejidos de algodón y lana, y goma para endurecer la seda en el proceso de acabado[110].

El oro y la plata eran buscados como objetos preciosos, para su consumo en Europa y más aún para el comercio con Asia, pero eran también una necesidad para la expansión de la economía europea. Hemos de preguntarnos por qué. Después de todo, el dinero como medio de pago puede hacerse con cualquier cosa, en el supuesto de que la gente esté dispuesta a aceptarlo. Y de hecho hoy en día utilizamos casi exclusivamente medios de pago distintos de los metales preciosos. Más aún, Europa estaba empezando a hacerlo a finales de la Edad Media, con el desarrollo de la «moneda de cuenta», a veces engañosamente llamada «moneda imaginaria».

---

[109] Braudel habla de un «hambre de madera» con referencia a varias partes de Italia. «Las flotas mediterráneas se fueron acostumbrando poco a poco a ir buscando cada vez más lejos lo que no lograban encontrar en sus propios bosques. En el siglo XVI, llegaba a Sevilla madera nórdica cargada en barcos rebosantes de planchas y vigas.» *La Méditerranée*, I, p. 131.

Véase Frederic Lane: «Cuando este agotamiento de los bosques de robles fue percibido claramente por primera vez —en la última mitad del siglo XV— la escasez parece haber sido peculiar de Venecia. Al menos los ragusanos y los vascos tenían un suministro suficientemente abundante como para que su competencia fuera severamente sentida. A finales del siglo XVI la escasez de madera de roble parece haber sido general en todos los países mediterráneos.» «Venetian shipping during the commercial revolution», en *Venice and history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, p. 21.

H. C. Darby señala el mismo punto para Inglaterra: «El crecimiento de la marina mercantil de Inglaterra y el desarrollo de la armada inglesa, desde la época de los Tudor en adelante, dependía de un suministro adecuado de robles para los cascos de los barcos; abetos para los mástiles, junto con "pertrechos navales" como brea y alquitrán, eran importados de las tierras bálticas.» «The clearing of the woodland in Europe», en William L. Thomas, jr., comp., *Man's role in changing the face of the Earth*, Chicago (Illinois), Univ. of Chicago Press, 1956, p. 200.

[110] Véase Godinho, *Annales ESC*, V, p. 33.

No obstante pasarían siglos antes de que la moneda metálica se aproximara al estatuto de moneda simbólica [111]. No hemos llegado totalmente a ello ni siquiera hoy en día. Como resultado Europa estaba continuamente sitiada por mutaciones constantes del valor a través de la devaluación, tan constantes que Marc Bloch lo llama «el hilo universal de la historia monetaria» [112]. Aún así nadie sugirió seriamente entonces el prescindir del oro y la plata.

Existieron varias razones para que esto no ocurriera. Aquellos que aconsejaban a los gobiernos tenían intereses propios en el sistema [113]. No debemos olvidar que, a finales de la Edad Media, las acuñaciones seguían siendo proposiciones comerciales que servían intereses privados [114]. Pero más fundamental que el interés propio era la psicología colectiva del miedo, basada en la realidad estructural de un sistema económico débilmente articulado. La moneda de cuenta estaba siempre a punto de hundirse. Evidentemente no estaba en manos de nadie, por rico que fuera, el controlarla bien individualmente, bien en colusión con otros. De hecho —¿quién podía saberlo?— ¿no se hundiría de nuevo la totalidad de la economía monetaria? Ya lo había hecho antes. El metal precioso era un tope, una protección. El dinero de los pagos siempre podía ser utilizado como una mercancía, contando sólo con que las dos utilizaciones del dinero, como medida de valor y medio de pago, no se apartaran demasiado [115].

---

[111] El elemento clave para hacer simbólico el dinero en metálico es hacer las monedas con un valor de mercancía menor (preferiblemente mucho menor) que su valor monetario. Y, no obstante, Carlo Cipolla señala que esto no fue adoptado para monedas pequeñas en Inglaterra hasta 1816 y en los Estados Unidos hasta 1853. Véase *Money, prices*, p. 27.

[112] Marc Bloch, *Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europe*, París, Armand Colin, 1954, p. 50.

[113] «La mayoría, si no la totalidad de los expertos consultados por los últimos Capetos [de Francia] eran comerciantes, generalmente italianos, a la vez comerciantes a larga distancia y prestamistas de dinero a los reyes y los notables; frecuentemente arrendadores de acuñación de moneda y vendedores de metales preciosos.» Bloch, *ibid.*, p. 52.

[114] «En la mayor parte de los casos las acuñaciones no eran realizadas directamente por el Estado, sino que eran arrendadas a particulares que acuñaban dinero a partir del metal que otros particulares les suministraban. El interés que guiaba a estos arrendadores de la acuñación de moneda era naturalmente el de la ganancia personal, no el de la utilidad pública. En los casos en que un rey se encargaba de la acuñación por su cuenta, actuaba también más a menudo como empresario privado que como cabeza de un Estado.» Cipolla, *Money, prices*, p. 28.

[115] Marc Bloch cita el sorprendente ejemplo del siglo XV de la *Chambre des Comptes* francesa que, «cuando calculaba las transferencias de una cuenta real a otra, en lugar de inscribir simplemente la suma transferida en *livres, sous* y *deniers*, se tomaba mucho cuidado en añadir un

Para esto, resultaba esencial la utilización de metales preciosos. Y por lo tanto, sin ellos, Europa hubiera carecido de la confianza colectiva para desarrollar un sistema capitalista, en el cual la ganancia se basa en diversos aplazamientos del valor realizado. Esto es verdad *a fortiori* dado el sistema de una economía-mundo no imperial, sistema que, por otras razones, era esencial. Dado este fenómeno de psicología colectiva, elemento integral de la estructura social de esta época, el metal precioso debe ser considerado como un ingrediente esencial de una economía-mundo próspera.

Los motivos de la exploración aparecen no sólo en los productos que Europa deseaba obtener, sino también en los requerimientos de trabajo de varios grupos en Europa. Como nos recuerda H. V. Livermore, fueron los cronistas ibéricos de aquellos tiempos y un poco posteriores los primeros en señalar que «la idea de continuar la *reconquista* en el norte de Africa fue sugerida por la necesidad de encontrar empleo útil para aquellos que habían vivido a base de expediciones fronterizas durante un cuarto de siglo» [116].

Debemos recordar el problema clave de la declinación de los ingresos señoriales en los siglos XIV y XV. M. M. Postan ha calificado de «gangsterismo» el comportamiento consecuente de la nobleza inglesa, la utilización de una violencia ilegal para recuperar un nivel de ingresos perdido. Fenómenos similares se dieron en Suecia, Dinamarca y Alemania. Una de las formas de esta violencia fue sin duda la expansión [117]. El principio gene-

---

coeficiente pensado para compensar las modificaciones que entre tanto pudiera haber habido en el valor en metálico de tales unidades. "Deuda de la cuenta precedente 416 *livres* 19 *sous tournois* de moneda débil [...] que en moneda fuerte [es decir, corriente] valen 319 *livres* 19 *sous tournois*".» *Esquisse d'une histoire*, p. 49.

[116] H. V. Livermore, «Portuguese history», en H. V. Livermore, comp., *Portugal and Brazil, an introduction*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press (Clarendon), 1953, p. 59.

Vitorino Magalhães Godinho ve una relación directa entre el cese de la violenta lucha social en Portugal (1383-1385) y la expedición a Ceuta en 1415. Véase *L'économie de l'empire portugais aux XVe et XVIe siècles*, París, SEVPEN, 1969, p. 40.

[117] «Los historiadores ven una conexión entre las grandes guerras de los siglos XIV y XV (incluyendo el descenso francés a Italia) y el debilitamiento del nivel de ingresos de la nobleza [...] ¿Acaso no pertenece el comienzo de los grandes movimientos de expansión en el siglo XV (incluso en el XIV con la colonización de las islas atlánticas) al mismo grupo de sucesos, y no fue provocado por idénticas causas? Podríamos considerar como paralelas la expansión en la Europa del este y las intentonas de la nobleza danesa y germana de conquistar Escandinavia.» Marian Malowist, «Un essai d'histoire comparée: les mouvements d'expan-

ral que podría invocarse es que si los nobles feudales obtenían menos renta de sus tierras intentaran activamente conseguir más tierras de las que extraer rentas, devolviendo así sus ingresos reales al nivel de las expectativas sociales. Si entonces nos preguntamos por qué Portugal se expandió por ultramar y otras naciones europeas no, una respuesta sencilla es que los nobles de otros países tenían mejor suerte. Podían abordar expansiones más fáciles, más cercanas a sus lugares de origen, utilizando caballos en lugar de barcos. Portugal, debido a su geografía, no tuvo otra opción.

Sin duda la expansión ultramarina ha estado ligada tradicionalmente a los intereses de los comerciantes, que podían obtener beneficios por la expansión del comercio, y con los monarcas que buscaban conseguir a la vez gloria y rentas para el trono. Pero bien podría haber sido que la motivación *inicial* de las exploraciones ibéricas surgiera primariamente de los intereses de la nobleza, en particular de los notorios «hijos menores», que carecían de tierras, y que sólo una vez que empezaba a funcionar la red de comercio se animaban los comerciantes más prudentes (a menudo menos lanzados que los nobles que sufrían la amenaza del desclasamiento) [118].

---

sion en Europe au XVe et XVIe siècles», *Annales ESC*, XVII, 5, septiembre-octubre de 1962, p. 924.

[118] Véase Malowist: «Parece claro que en la primera fase de la expansión colonial portuguesa [...] el elemento de la nobleza juega un papel dominante [...] Al seguir adelante el proceso de desarrollo del imperio colonial portugués, la participación de los comerciantes en el comercio ultramarino fue en aumento [...] Parece que el proceso de la colonización española de América fue análogo.» *Africana Bulletin*, 1, pp. 32-34. De manera similar, Chaunu, citando como autoridad a Godinho, distingue dos tipos de expansión portuguesa: «una expansión que era fundamentalmente terrestre, realizada por lo tanto por la nobleza y política en cuanto a su forma, representada por la captura de Ceuta y la extensión de la *Reconquista* a Marruecos; y una expansión esencialmente mercantil, realizada por lo tanto fundamentalmente por la burguesía, a lo largo de la costa de Africa.» *L'expansion européenne*, p. 363. Chaunu añade, como lo había hecho Malowist, que se siente tentado a extender esta explicación a la conquista española de América.

Luis Vitale está dispuesto a ir más lejos en la valoración del papel de la burguesía. Argumenta: «Portugal, en 1381, fue testigo de la primera revolución burguesa, anterior en cuatro siglos a la de Francia. La burguesía comercial de Lisboa, conectada a través del comercio con Flandes, alejó del poder a los señores feudales. El fracaso último de la revolución mostró que las condiciones no estaban maduras para el triunfo de la burguesía, pero su ascenso se vio reflejado en el comercio con el Atlántico norte, en los planes de Enrique el Navegante, y sobre todo en los descubrimientos del siglo XV.» «Latin America: feudal or capitalist?», en James Petras y Maurice Zeitlin, comps., *Latin America: reform or revolution?*, Greenwich (Connecticut), Fawcett, 1968, p. 34.

¿Fue acaso la sobrepoblación la causa de la expansión? Esta es una de esas preguntas que complican la cuestión. Braudel nos dice que por supuesto había sobrepoblación en el Mediterráneo occidental, y como prueba cita la repetida expulsión de los judíos, y más tarde los moriscos, de diversos países [119]. Pero E. E. Rich nos asegura que, como motivo de la expansión de los siglos XV y XVI, «el desbordamiento a causa de un exceso de población puede descartarse [...] lo probable (porque no se puede decir otra cosa) es que la creciente población fuera a las guerras o a las ciudades» [120]. Si, tal vez, pero ¿cómo eran alimentados, y vestidos y alojados aquellos que iban a las ciudades (o a las guerras)? Había sitio, físicamente hablando, para la población, incluso para la creciente población en Europa. De hecho aquello era parte del problema que originó la expansión. El espacio físico era un elemento en la fuerza del campesinado frente a la nobleza, y por lo tanto un factor de la declinación de las rentas señoriales, en la crisis del feudalismo. Las sociedades europeas podían haber respondido de varias formas. Una de ellas era el definirse a sí mismas (al menos implícitamente) como sobrepobladas, y por lo tanto necesitadas de una base territorial mayor [121]. De hecho, lo que la nobleza (y la burguesía) necesitaban, y lo que conseguirían, era una fuerza de trabajo más tratable. El tamaño de la población no era el problema; lo eran las relaciones sociales que gobernaban la interacción de las clases altas y bajas.

Finalmente, ¿puede explicarse la expansión por ultramar por medio del «espíritu de cruzada», la necesidad de evangelizar? Una vez más la pregunta oscurece el problema. Sin duda la cristiandad adoptó una forma particularmente militante en la península Ibérica, donde las luchas nacionales habían sido definidas en términos religiosos durante tanto tiempo. Sin duda

---

[119] «La religión era tanto el pretexto como la causa de estas persecuciones [...] Aún más adelante, como señaló hace mucho tiempo Georges Pariset, [la ley de los números también operaba] contra los protestantes franceses en la era de Luis XIV.» Braudel, *La Méditerranée*, I, página 380.

[120] Rich, *Cambridge Economic History of Europe*, IV, pp. 302-303.

[121] Esta autodefinición tenía detrás, por supuesto, mucha historia en la península Ibérica. Véase Charles Julian Bishko: «Aquellos ocho siglos de avance rápido o lento hacia el sur contra los moros no fueron meramente una Ilíada de combate militar y político, sino, por encima de todo, una *repoblación* medieval, o recolonización, de la península Ibérica.» «The Castilian as plainsman: the medieval ranching frontier in La Mancha and Extremadura», en Archibald R. Lewis y Thomas F. McGann, comps., *The New World looks at its history*, Austin, Univ. of Texas Press. 1969, p. 47.

esta era una era de *derrota* cristiana por parte de los turcos y musulmanes en el sudeste de Europa (hasta las mismísimas puertas de Viena). Y la expansión atlántica bien podría haber reflejado una reacción psicológica a estos hechos, «un fenómeno de compensación, una especie de fuga hacia delante», como sugiere Chaunu [122]. Sin duda las pasiones de la cristiandad explican muchas de las decisiones particulares tomadas por los portugueses y los españoles, tal vez en parte la intensidad del compromiso o el exceso de compromiso. Pero parece más plausible considerar este entusiasmo religioso como una racionalización, sin duda internalizada por muchos de los actores, y en consecuencia como un factor de sostenimiento y fortalecimiento, y económicamente distorsionador. Pero la historia ha visto la pasión convertirse en cinismo con demasiada regularidad para que no se sospeche de las invocaciones a tales creencias como factores primarios en la explicación de la génesis y persistencia a largo plazo de acciones sociales a gran escala.

Todo lo que hemos dicho acerca de las motivaciones no responde de una manera concluyente a la pregunta: ¿por qué los portugueses? Hemos hablado de las necesidades materiales de *Europa*, de una crisis *general* en los ingresos señoriales. Sin duda, hemos señalado el particular interés de Portugal en resolver este problema por medio de la exploración atlántica. Pero esto no es suficiente como para resultar convincente. Debemos por lo tanto apartarnos de la cuestión de las motivaciones para abordar la de las capacidades. ¿Por qué fue Portugal, de entre todas las naciones europeas, la más capaz de dar el empujón inicial? Una respuesta obvia se puede hallar en cualquier mapa. Portugal está en el Atlántico, justo al lado de Africa. En términos de la colonización de las islas atlánticas y la exploración de la costa occidental de Africa, era la que evidentemente estaba más cerca. Más aún, las corrientes oceánicas son tales que era más fácil, especialmente dada la tecnología de aquella época, partir de puertos portugueses (así como de los del sudoeste de España) que de cualquier otro lugar [123].

---

[122] Chaunu, *Séville*, VIII (1), p. 60.

[123] «No existe, en todo el Atlántico norte, un lugar más idealmente adecuado para la navegación hacia las aguas cálidas que la línea costera que va desde el norte de Lisboa a Gibraltar o posiblemente desde Lisboa al extremo norte de Marruecos. Solamente allí se pueden encontrar alternativamente, un viento seguro para salir de la costa a alta mar, en pleno corazón del océano, en el punto más bajo [*racine*] de los vientos alisios, en el momento del solsticio de verano, y un viento para volver, el contraflujo de las latitudes medias, desde otoño hasta principios de

Por añadido, Portugal tenía ya mucha experiencia en el comercio a larga distancia. En este campo, si bien Portugal no puede compararse a los venecianos o a los genoveses, investigaciones recientes han demostrado que su experiencia era significativa, y probablemente equivalente a la de las ciudades del norte de Europa [124].

Un tercer factor fue la disponibilidad de capital. Los genoveses, los grandes rivales de los venecianos, decidieron tempranamente invertir en las empresas comerciales ibéricas, y favorecer sus esfuerzos de cara a la expansión ultramarina [125]. A finales del siglo XV, los genoveses hubieran preferido a los españoles antes que a los portugueses, pero esto obedece en gran medida a que estos últimos podían para entonces permitirse el prescindir de la tutela y el patrocinio genoveses, y de la disminución de sus ganancias. Verlinden llama a Italia «la única nación realmente colonizadora de la Edad Media» [126]. En el siglo XII, cuando los genoveses y los pisanos aparecen por vez primera en Cata-

---

la primavera [*petit printemps*].» Pierre Chaunu, *Séville*, VIII (1), p. 52. Un mapa útil aparece en Charles R. Boxer, *The Portuguese seaborne empire, 1415-1825*, Nueva York, Knopf, 1969 pp. 54-55. Véase Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme*, pp. 310-312.

[124] «Es incontestable que el prodigioso desarrollo colonial y comercial de los países ibéricos en el amanecer de los tiempos modernos fue hecho posible en gran medida por un crecimiento gradual en su comercio exterior durante los siglos finales de la Edad Media.» Charles Verlinden, «Deux aspects de l'expansion commerciale du Portugal au moyen âge», *Revista Portuguêsa de História*, IV, 1949, p. 170. Véase también Charles Verlinden, «The rise of Spanish trade in the Middle Ages», *Economic History Review*, X, 1, 1940, pp. 44-59. Un punto similar es señalado por Michel Mollat en «L'économie européenne aux deux dernières siècles du Moyen-Age», *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, Florencia, G. B. Sansoni, 1955, III, *Storia del medioevo*, p. 755.

Antonio H. de Oliveira Marques nos detalla la naturaleza del comercio portugués con Flandes en los siglos XIII y XIV en «Notas para a história da feitoria portuguesa na Flandres no século XV», *Studi in onore de Amintore Fanfani*, II, *Medioevo*, Milán, Dott. A. Giuffré Ed., 1962, páginas 437-476. Señala que ya en 1308 había una «nación» portuguesa en Brujas y que se transportaban los productos en barcos portugueses (véase p. 451). Véase Godinho, *L'économie portugaise*, p. 37.

[125] K. M. Pannikkar señala el deseo de Génova de apoderarse del comercio con la India a partir del siglo XIII. «Finalmente, a través de España y Portugal, los genoveses fueron capaces de romper el monopolio veneciano y el bloqueo musulmán.» *Asia and western dominance*, Londres, Allen and Unwin, 1953, pp. 26-27. Mientras que su narración de la declinación de la dominación veneciana está sobresimplificada, como veremos en el capítulo 6, Pannikkar está en lo cierto al señalar este deseo largamente acariciado por Génova.

[126] Charles Verlinden, «Italian influence in Iberian colonization», *Hispanic American Historical Review*, XXXIII, 2, mayo de 1953, p. 199.

luña[127], en el siglo XIII cuando llegan por primera vez a Portugal[128], los italianos se esfuerzan por atraer a los pueblos ibéricos al comercio internacional. Pero una vez allí, los italianos procederían a jugar un papel de iniciadores en los esfuerzos colonizadores ibéricos, dado que, habiendo llegado tan temprano, «fueron capaces de conquistar posiciones claves en la propia península Ibérica»[129]. Para 1317, según Virginia Rau, «la ciudad y el puerto de Lisboa serían el gran centro del comercio genovés...»[130]. Sin duda, a finales del siglo XIV y principios del XV los mercaderes portugueses empezaban a quejarse acerca de la «injustificada intervención [de los italianos] en el comercio *minorista* del reino, que amenazaba la posición dominante de los mercaderes nacionales en aquella rama del comercio»[131]. La solución fue simple, y en cierta medida clásica. Los italianos fueron absorbidos a través del matrimonio, y se convirtieron en aristócratas terratenientes tanto en Portugal como en Madeira.

Hubo otro aspecto de la economía comercial que contribuyó al aventurerismo portugués, comparado con Francia o Inglaterra, por ejemplo. Irónicamente, fue el hecho de que fuera la menos absorbida en la zona que acabaría siendo la economía-mundo europea, estando más bien ligada en un grado significativo a la zona islámica mediterránea. Como consecuencia, su economía estaba relativamente más monetarizada, y su población relativamente más urbanizada[132].

---

[127] *Ibid.*, p. 200.

[128] Véase Virginia Rau, «A family of Italian merchants in Portugal in the fifteenth century: the Lomellini», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, I, p. 718.

[129] Verlinden, *Hispanic American Historical Review*, p. 205. Véase también Charles Verlinden, «La colonie italienne de Lisbonne et le développement de l'économie métropolitaine et coloniale portugaise», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957; I, páginas 615-28.

[130] Rau, *Studi in onore di Armando Sapori*, p. 718.

[131] *Ibid.*, p. 719. El subrayado es mío.

[132] «La creación del mercado interior [en Portugal] llegó a su culminación y sintió las primeras brutales limitaciones en el siglo XIV. Probablemente por pertenecer a la rica zona islámica Portugal había mantenido el intercambio a un nivel relativamente alto de actividad, mayor que el de la Europa occidental, con un *predominio* de los pagos monetarios [...] Fue así como el campesinado, desarraigado, en rebelión contra la creciente violencia de la explotación señorial, arruinado por la caída del poder adquisitivo de la moneda, atraído por las grandes ciudades de la costa, contribuyó al enriquecimiento de estas ciudades mercantiles y a la extensión del comercio.» J.-G. da Silva, «L'autoconsommation au Portugal (XIVe-XXe siècles)», *Annales ESC*, XXIV, 2, marzo-abril de 1969, p. 252. El subrayado es mío.

No obstante no sólo la geografía y el poder mercantil justifican la ventaja de Portugal. Interviene también la fuerza de su aparato de Estado. En este aspecto Portugal era, durante el siglo XV, muy diferente de otros Estados europeos occidentales. Conoció la paz mientras los demás conocían la guerra interna [133]. La estabilidad del Estado fue importante, no sólo porque creó un clima en el que los empresarios pudieran florecer y porque animó a la nobleza a buscar salidas para sus energías fuera de la guerra interna o intereuropea. La estabilidad del Estado resultó también crucial porque el propio Estado era en muchos aspectos el principal empresario [134]. Si el Estado era estable podía dedicar sus energías a aventuras comerciales rentables. Para Portugal, como hemos visto, la lógica de su geohistoria planteaba la expansión atlántica como la aventura comercial más sensata para el Estado.

¿Por qué Portugal? Porque sólo ella de entre los Estados europeos maximizaba la voluntad y la posibilidad. Europa necesitaba una base territorial mayor sobre la que apoyar la expansión de su economía, que pudiera compensar la crítica declinación de las rentas señoriales y que pudiera cortar por lo sano la naciente y potencialmente muy violenta guerra de clases que implicaba la crisis del feudalismo. Europa necesitaba muchas cosas: oro y plata, materias primas, proteínas, medios para conservar las proteínas, alimentos, madera, materiales para procesar los textiles. Y necesitaba una fuerza de trabajo más tratable.

Pero «Europa» no debe ser reificada. No existía ninguna agencia central que actuara en términos de estos objetivos a

---

[133] «Un importante factor que contribuyó [a que Portugal fuera en cabeza] fue que durante la totalidad del siglo XV Portugal fue un reino unido, virtualmente libre de luchas civiles; mientras que Francia estaba absorbida por las etapas finales de la guerra de los Cien Años —1415 fue la fecha de la batalla de Agincourt y la de la captura de Ceuta [por los portugueses]— y por su rivalidad con Borgoña; Inglaterra por su lucha contra Francia y por la guerra de las Rosas; y España e Italia por convulsiones dinásticas y otras de carácter interno.» C. R. Boxer, *Four centuries of Portuguese expansion, 1415-1825*, Johannesburgo, Witswatersrand Univ. Press, 1961, p. 6.

[134] «Bajo el feudalismo un Estado era en cierto sentido propiedad privada de un príncipe, en el mismo sentido en que el feudo era propiedad privada de un vasallo [...] Los príncipes y los vasallos extendían la jurisdicción de sus tribunales, el cultivo de sus campos y las conquistas de sus ejércitos como empresas que buscaban un beneficio. Más adelante, gran parte del espíritu y de las formas legales del feudalismo fueron aplicadas a la expansión oceánica.» Frederic C. Lane, «Force and enterprise in the creation of oceanic commerce», en *Venice in history*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins Press, 1966, pp. 401-402.

largo plazo. Las verdaderas decisiones eran tomadas por grupos de hombres que actuaban en términos de sus intereses inmediatos. En el caso de Portugal, parecía haber ventajas en el «negocio de los descubrimientos» para muchos grupos: para el Estado, para la nobleza, para la burguesía comercial (indígena y foránea), incluso para el semiproletariado de las ciudades.

Para el Estado, un Estado *pequeño*, la ventaja era obvia. La expansión era la ruta más probable para lograr la expansión de las rentas y la acumulación de gloria. Y el Estado portugués, prácticamente el único entre los Estados de la Europa de aquellos tiempos, no se veía distraído por conflictos internos. Había logrado una estabilidad política moderada, al menos un siglo antes que España, Francia e Inglaterra.

Fue precisamente esta estabilidad lo que proporcionó un impulso para la nobleza. Frente a la misma reducción financiera que los nobles europeos de otros lugares, se vieron privados del potencial anestésico y financiero (en caso de victoria) de las guerras internas. Tampoco podían esperar recuperar su posición financiera por medio de la colonización interna. Portugal carecía del territorio necesario. De modo que miraban con simpatía el concepto de expansión oceánica, y ofrecieron a sus «hijos menores» para dar el necesario encabezamiento a las expediciones.

Los intereses de la burguesía, por una vez, no entraban en conflicto con los de la nobleza. Preparados para el capitalismo moderno por un largo aprendizaje en el comercio a larga distancia y por la experiencia de vivir en una de las áreas más marcadamente monetizadas de Europa (debido a su implicación económica con el mundo islámico mediterráneo) la burguesía también buscaba escapar a los confines del pequeño mercado portugués. En la medida en que les faltaba el capital lo encontraron disponible en los genoveses, que, por motivos propios relacionados con su rivalidad con Venecia, estaban dispuestos a financiar a los portugueses. Y el conflicto potencial entre la burguesía indígena y la foránea se vio enmudecido por el deseo de los genoveses de incorporarse a la cultura portuguesa con el tiempo.

Finalmente, la exploración y las consiguientes corrientes de comercio proporcionaron puestos de trabajo para el semiproletariado urbano, gran parte del cual había huido a las ciudades debido al aumento de la explotación consiguiente a la crisis señorial. Una vez más, una posibilidad de desorden interno se vio minimizada por la expansión externa.

Y por si estas coyunturas de voluntad y posibilidad no fueran suficientes, Portugal tenía la bendición de estar en la mejor localización geográfica posible para la empresa, la mejor posible tanto porque se proyecta en el Atlántico y hacia el sur como por la convergencia de corrientes oceánicas favorables. Así, no resulta sorprendente, visto desde ahora, que Portugal se lanzara a la aventura.

Existe un último asunto que debemos confrontar antes de llegar a la parte fundamental del libro. Hasta aquí nos hemos concentrado en explicar qué fue lo que llevó a Europa al borde de crear una economía-mundo capitalista. Dado que haremos hincapié en señalar cómo el capitalismo sólo es posible en el marco de una economía-mundo, y no en el seno de un imperio-mundo, debemos explorar sucintamente las razones de que esto sea así. La comparación más adecuada es la de Europa y China, que tenían aproximadamente la misma población total entre los siglos XIII y XVI [135]. Como afirma elegantemente Pierre Chaunu:

> Que Cristóbal Colón y Vasco de Gama [...] no fueran chinos [...] es algo que merece [...] unos momentos de reflexión. Después de todo, a finales del siglo XV, en la medida en que la literatura histórica nos permite comprenderlo, el Oriente Lejano como entidad comparable al Mediterráneo [...] no resulta bajo ningún aspecto inferior, al menos superficialmente, al occidente lejano del continente euroasiático [136].

¿Bajo ningún aspecto inferior? Esto requiere la comparación tradicional de tecnologías, y en esto los investigadores discrepan. Para Lynn White, jr., Europa se expandió en el siglo XVI porque había superado al resto del mundo en tecnología agrícola en una fecha tan temprana como el siglo IX d.C.:

> Entre la primera mitad del siglo VI y finales del siglo IX, Europa del norte creó o recibió una serie de inventos que rápidamente se aglutinaron en un sistema de agricultura totalmente nuevo. En términos del trabajo de un campesino, este sistema era con mucho el más productivo que el mundo había visto. [White se refiere al arado de desfonde, el sistema de triple rotación de los campos, los campos abiertos para el ganado, la moderna guarnición y la herradura] [...] Al irse perfeccionando y difundiendo los diversos elementos de este nuevo sistema, hubo más comida disponible, y la población creció [...] la nueva productividad de cada campesino del norte permi-

[135] Véase Fernand Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme*, p. 24.
[136] Chaunu, *Séville*, VIII (1), p. 50.

tió a un número cada vez mayor de ellos abandonar el campo en beneficio de las ciudades, la industria y el comercio [137].

White plantea también que la Europa del norte se adelantó en tecnología militar en el siglo VIII y en producción industrial en el siglo XI. Si uno se pregunta por qué, White lo atribuye al profundo trastorno producido por las invasiones bárbaras, ante las cuales se supone que el Occidente tuvo una reacción creativa toynbeeana [138].

Otros estudiosos, no obstante, difieren en esta afirmación factual. Tomemos por ejemplo la tecnología militar. Según Carlo Cipolla:

Resulta probable que las armas de fuego chinas fueran al menos igual de buenas que las occidentales, si no mejores, hasta principios del siglo XV. No obstante, en el transcurso del siglo XV la tecnología europea se desarrolló notablemente [...] La artillería europea era incomparablemente más poderosa que cualquier tipo de cañón que jamás fuera fabricado en Asia, y no resulta difícil encontrar en los textos [del siglo XVI] ecos de la mezcla de terror y sorpresa provocada por la aparición de la artillería europea [139].

De forma similar, Joseph Needham, que está todavía embarcado en su monumental relato de la historia de la tecnología y la ciencia chinas, fecha el momento del adelanto tecnológico e industrial de Europa sobre China nada menos que en el año 1450 d.C. [140]. ¿Qué es lo que justifica el salto europeo hacia adelante? No una sola cosa, dice Needham, sino «un todo orgánico, un verdadero conjunto de cambios».

---

[137] Lynn White, jr., «What accelerated technological progress in the western Middle Ages?», en A. C. Crombie, comp., *Scientific change*, Nueva York, Basic Books, 1963, p. 227.

[138] «El factor fundamental que favorece las innovaciones en una comunidad son las innovaciones previas. Aplicando esta hipótesis a la Edad Media como un todo, parecería que en alguna medida la mayor originalidad de Occidente estuviera relacionada con el hecho de que la cristiandad latina se vio mucho más profundamente sacudida que jamás lo fuera Oriente [Bizancio y el Islam] por sucesivas oleadas de invasores bárbaros, que se extienden con interrupciones, desde el siglo III hasta el X [...] Occidente [...] era una sociedad fluida, lista para adoptar nuevos moldes. Resultaba singularmente abierta a los cambios, y favorable a ellos» *(ibid.*, p. 282).

[139] Carlo Cipolla, *Guns and sails in the early phase of European expansion, 1400-1700*, Londres, Collins, 1965, pp. 106-107.

[140] Véase Joseph Needham, «Commentary» a Lynn White, jr., «What accelerated technological change in western Middle Ages?», en A. C. Crombie, comp., *Scientific change*, Nueva York, Basic Books, 1963, página 32.

El hecho es que en el desarrollo espontáneo autóctono de la sociedad china no se produjo ningún cambio drástico paralelo al Renacimiento y a la «revolución científica» en Occidente. Frecuentemente me gusta trazar a grandes rasgos la evolución china como representada por una curva creciente a un ritmo relativamente lento, situada a un *nivel mucho más elevado que Europa* entre, digamos, los siglos II y XV d. C. Pero entonces, después de que hubiera empezado el renacimiento científico en Occidente con la revolución de Galileo, con lo que se podría llamar el descubrimiento de la técnica básica de los propios descubrimientos científicos, entonces, la curva de la ciencia y la tecnología en Europa empieza a crecer de forma violenta, casi exponencial, sobrepasando el nivel de las sociedades asiáticas. [...] Esta violenta alteración está empezando ya a corregirse [141].

Algunos investigadores insisten en el papel crucial del desarrollo del timón en el siglo XV en Europa [142]. Pero Needham plantea la existencia del timón en China desde más o menos el siglo I d.C., una invención probablemente difundida de China a Europa en el siglo XII d.C. [143].

Si es correcta la narración de Needham acerca de la competencia y superioridad tecnológica chinas sobre Occidente hasta que este último dio su repentino salto hacia adelante, entonces es aún más sorprendente que la exploración ultramarina china y portuguesa empezaran prácticamente de manera simultánea, pero que al cabo de sólo veintiocho años los chinos retrocedieran encerrándose en una especie de concha continental, abandonando todo posterior intento. Y tampoco por falta de éxito. Los siete viajes del almirante eunuco Cheng Ho entre 1405 y 1433 fueron un gran éxito. Recorrió todo el océano Indico desde Java hasta Ceilán y el Africa oriental en sus siete viajes, trayendo de vuelta tributos y productos exóticos a la corte China, que los apreció sobremanera. Los viajes cesaron al morir Cheng

---

[141] Joseph Needham, «Poverties and triumphs of Chinese scientific tradition», en Crombie, comp., *Scientific change*, Nueva York, Basic Books, 1963, p. 139. El subrayado es mío.

[142] Véase Boies Penrose, *Travel and discovery in the Renaissance, 1420-1620*, Cambridge (Massachusetts), Harvard Univ. Press, 1952, páginas 269-270.

[143] Véase Joseph Needham, «The Chinese contribution to vessel control», *Scientia*, XCVI, 99, mayo de 1961, pp. 165-167. Cuando Needham presentó su texto en el V Coloquio Internacional de Historia Marítima, W. G. L. Randles le preguntó específicamente acerca de la posibilidad de una invención independiente. Needham respondió afirmando sus dudas, aunque, como dijo, existe una dificultad intrínseca para demostrar una respuesta negativa. Véase «Discussion de la communication de M. Needham», en Joseph Needham, «Les contributions chinoises á l'art de gouverner les navires», *Ve Colloque Internationale d'Histoire Maritime* (Lisboa, 1960), París, 1966, pp. 129-131.

Ho en 1434. Más aún, cuando en 1479 Wang Chin, también eunuco, interesado en enviar una expedición militar a Annam, solicitó consultar los archivos para estudiar los papeles de Ho sobre Annam, le fue negado el acceso. Los documentos fueron suprimidos, como si se pretendiera borrar la misma memoria de Cheng Ho[144].

Los orígenes de las expediciones y las causas de su suspensión son igualmente poco claros. Parece ser que contaban con la continua oposición de la burocracia oficial de los mandarines confucianos[145]. La cuestión es por qué. Por el contrario, parecen haber sido apoyadas por el emperador. ¿Cómo si no podrían haber sido llevadas a cabo? T'ien-Tsê Chang encuentra más pruebas en el hecho de que, a principios del siglo XV la función de la Oficina de Juncos de Comercio, una institución del Estado desde el siglo VIII d.C., pasara de la recaudación de derechos de aduana (que se convirtió en una función provincial) a la de transmitir los tributos, que sin duda serían de considerable importancia en la era de Cheng Ho. Chang se pregunta acerca de la descentralización aduanera, que presumiblemente permitiría reducir barreras en algunas regiones: ¿No se propondría el emperador «favorecer el comercio exterior, cuya importancia para China era demasiado evidente?»[146].

Demasiado evidente, y no obstante, el intento cesó pronto. ¿Por qué? Para William Willetts, esto está relacionado con la

---

[144] Véase William Willetts, «The maritime adventures of the great eunuch Ho», en Colin Jack-Hinton, comp., *Papers on early south-east Asian history*, Singapur, Journal of South East Asian History, 1964, p. 38.

[145] «Aproximadamente en 1405, el almirante eunuco Cheng Ho partió con una flota de 63 juncos de navegación de altura, que visitaron muchas partes de los mares del sur [...] Durante los siguientes treinta años se llevaron a cabo siete de tales expediciones, regresando todas ellas con abundante información geográfica y sobre rutas marítimas, así como con grandes cantidades de los productos de las islas y de la India [...] Las razones de tales expediciones son desconocidas; podrían haber pretendido compensar el comercio exterior que se había ido agostando por las rutas terrestres, o incrementar la grandeza de la corte imperial, o incluso, como decían los anales oficiales, buscar al predecesor y sobrino del emperador (que, de hecho, había desaparecido de la vida pública como monje budista, y fue encontrado muchos años después durante un régimen posterior). En cualquier caso, acabaron tan súbitamente como empezaron, una vez más por razones que hoy resultan oscuras. Tanto si el asunto incluía alguna lucha entre los eunucos y los burócratas confucianos, como si no, el resultado fue que el comercio del océano Indico quedó en poder de los árabes y los portugueses.» Joseph Needham *Science and civilization in China*, I, Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1954, pp. 143-144.

[146] T'ien-Tsê Chang, *Sino-Portuguese trade from 1514 to 1644*, Leiden, Brill, 1934, p. 30.

Weltanschauung de los chinos. Les faltaba, argumenta, una especie de misión colonizadora debido precisamente a que, en su arrogancia, eran ya la totalidad del mundo [147]. Además, Willetts ve dos explicaciones inmediatas para la suspensión de la exploración: el «odio patológico que sentían los funcionarios confucianos contra los eunucos» [148] y el «agotamiento de los fondos del tesoro ocasionado por el equipamiento de las misiones ultramarinas» [149]. Esta última razón resulta un tanto extraña, dado que ese desgaste se vería presumiblemente compensado por los ingresos que podrían haber generado las empresas coloniales. Al menos eso fue lo que aparentemente sucedió con los tesoros europeos en aquella misma época.

Existen otras explicaciones que razonan en términos de focos alternativos de atención política que desviarían el interés original en la exploración del océano Indico. Por ejemplo, G. F. Hudson plantea que el desplazamiento hacia el norte de la capital, de Nanking a Pekín, en 1421, a consecuencia de la creciente amenaza de los bárbaros nómadas mongoles, podría haber desplazado la atención imperial [150]. Boxer considera la distracción procedente de la amenaza desde el este por parte de los *wako* o bandas de piratas japoneses que se dedicaban al pillaje en las costas de China [151]. M. A. P. Meilink-Roelofsz sugiere que la

---

[147] «Se puede plantear la cuestión de cuáles fueron los resultados de estas asombrosas expediciones, en las cuales se utilizaron cientos de juncos de navegación de altura y varias decenas de miles de hombres. Una respuesta corta sería que absolutamente ninguno. Los chinos Ming no eran constructores de imperios. Sus eruditos políticos no tenían concepción alguna de los horrores de la *realpolitik* inseparable de un régimen colonial. No tenían ningún sentimiento de tener una misión que cumplir, ni ideas de *Sturm und Drang*. Teóricamente el Hijo del Cielo gobernaba el mundo entero, *t'ien hsia*, "todo bajo el cielo", y sus enviados consideraban suficiente el mostrarse ante los bárbaros vulgares de los márgenes del mundo civilizado para dar entrada a un milenio activado por la serena presencia del Hijo del Cielo en su trono.» Willetts, *Papers on early south-east Asian history*, pp. 30-31.

[148] *Ibid.*, p. 37.

[149] *Ibid.*, p. 38.

[150] Véase G. F. Hudson, *Europe and China*, Londres, Arnold, 1931, página 197. ¿Podría acaso haber sido también el resultado de un trasvase de población hacia el norte? «Este análisis regional muestra que la pérdida de población por parte del sur de China [durante la dinastía Ming] (12 millones, excluyendo Nanking) se vio casi exactamente equilibrada por el aumento en el norte de China (9 millones) y el oeste y sudoeste (3 millones).» Otto B. van der Sprenkel, «Population statistics of Ming China», *Bulletin of the SOAS*, XV, parte 2, 1953, p. 306.

[151] «El trabajo de fortificar la costa entre los ríos Yangtsé y de la Perla fue comparado por los historiadores chinos de la época con la construcción de la Gran Muralla contra los invasores tártaros proce-

retirada podría haber sido favorecida por el empuje de la expulsión a manos de los comerciantes musulmanes del océano Indico [152].

Incluso aunque todo esto fuera cierto, no parece suficiente. ¿Por qué no existió una motivación interna que tratara estas dificultades externas como problemas en vez de como obstáculos definitivos? ¿Acaso, como han sugerido algunos escritores, China simplemente no quería expandirse? [153]. Pierre Chaunu nos da una pista cuando sugiere que una de las cosas que faltaban en China eran «grupos con voluntades convergentes» de expansión [154]. Esto es más significativo, ya que recordamos que en Portugal lo que llama la atención son los intereses paralelos en la exploración y expansión ultramarinas que presentan grupos sociales *diversos*. Repasemos por lo tanto en qué forma diferían el mundo europeo y el chino.

En primer lugar existe una diferencia significativa en la agronomía. Discutimos la importancia del consumo de carne en

---

dentes del norte. Esto era obviamente una exageración, pero la necesidad de mantener costosas defensas costeras para oponerse a estas incursiones crónicas constituyó sin duda una severa tensión en la tesorería de los Ming, y puede [...] haber contribuido al abandono de las grandes expediciones marítimas chinas al océano Indico» (p. 126). C. R. Boxer, *The Christian century in Japan*, Berkeley, Univ. of California Press, 1967, página 7.

George Sansom, observando este fenómeno desde el punto de vista de los japoneses, ve un sugestivo paralelo en Europa. «No hay duda de que tanto China como Corea sufrieron las depredaciones de los *wako* [...] La culpa era en parte de los chinos, ya que estaban en contra del comercio extranjero, mientras que las autoridades japonesas hubieran acogido con alegría un comercio legítimo. Pero estas eran también las razones por las que el Bakufu [autoridades centrales japonesas] sentía renuencia a adoptar medidas extremas con el fin de suprimir la piratería. No estaba totalmente convencido de las pacíficas intenciones de los chinos, y probablemente consideraba a los jefes piratas como la reina Isabel consideraba a sir Francis Drake, como a un saqueador o un capitán de navío según las circunstancias. Más aún, la acción contra los piratas dependía del control del Bakufu sobre los señores guerreros del oeste, y antes del año 1400 Yoshimitsu no estaba aún firmemente asentado en el poder.» *A history of Japan*, vol. II, *1334-1615*, Stanford (California), Stanford Univ. Press, 1961, pp. 177-178.

[152] «[Uno] se ve sorprendido por el importante papel desempeñado por los chinos en el archipiélago [indonesio] en el siglo XIV [...,] Al ir pasando la hegemonía del comercio en este océano a manos de los musulmanes, los barcos chinos comenzaron a desaparecer. Probablemente exista alguna conexión.» M. A. Meilink-Roelofsz, *Asian trade and European influence in the Indonesian archipelago between 1500 and about 1630*, La Haya, Nijhoff, 1962, pp. 25, 74.

[153] Véase R. Servoise, «Les relations entre la Chine et l'Afrique au XVe siècle», *Le mois en Afrique*, 6, junio de 1966, pp. 30-45.

[154] Chaunu, *L'expansion européenne*, p. 335.

Europa, importancia que se incrementó con la «crisis» del siglo XIV. Mientras que el consumo de carne para la masa de la población declinaría más tarde del siglo XVI al XIX, esto no supuso necesariamente una declinación del uso de la tierra para ganado en lugar de para grano. Al aumentar el tamaño absoluto de las clases altas en Europa, a partir del siglo XVI, debido al dramático crecimiento de la población, se podría haber utilizado la misma área de tierra para carne. Esto no estaría en contradicción con una disminución relativa del consumo de carne por las clases bajas, que obtendrían su grano por medio de la importación desde las áreas periféricas, así como a través de un cultivo más intensivo en Europa occidental, como resultado de los adelantos tecnológicos.

Por contraste, China buscaba una base agrícola más fuerte desarrollando la producción de arroz en el sudeste del país. El acentuamiento del ganado en Europa llevó al uso extensivo de la fuerza muscular de los animales como motor de la producción. El arroz es mucho más rico en calorías por unidad de superficie, pero exige mucha más fuerza de trabajo.

Así, señala Chaunu, la utilización por parte de los europeos de la fuerza animal significa que «el europeo poseía en el siglo XV un motor cinco veces aproximadamente más poderoso que el poseído por los chinos, el segundo pueblo más favorecido del mundo en la época de los descubrimientos» [155].

Pero incluso más importante para nuestro problema que este adelanto tecnológico es la implicación de esta relación distinta del hombre con la tierra. Como plantea Chaunu:

> El europeo desperdicia espacio. Incluso en los momentos bajos, demográficamente hablando, de principios del siglo XV, a Europa le faltaba espacio [...] Pero si a Europa le faltaba espacio, a China le faltaban hombres.
>
> El «despegue» occidental tiene lugar aparentemente en la misma fecha (de los siglos XI al XIII) que el «despegue» chino en la producción de arroz, pero es infinitamente más revolucionario, en la medida en que condena a la gran área mediterránea a la conquista de la Tierra [...]
>
> En todos los aspectos, el problema chino en el siglo XV no es tanto una escasez de medios como de motivaciones. La motivación principal sigue siendo la necesidad, a menudo subconsciente, de espacio [156].

Aquí, al menos, tenemos una explicación plausible de por qué China no querría expandirse por ultramar. China había estado expandiéndose de hecho, pero internamente, extendiendo su

[155] *Ibid.*, p. 336.
[156] *Ibid.*, pp. 338-339.

producción de arroz en el interior de sus fronteras. Las «Américas internas» de Europa en el siglo XV fueron rápidamente agotadas, dada una agronomía que dependía de un mayor espacio. Ni los hombres ni las sociedades abordan empresas dificultosas gratuitamente. La exploración y la colonización son empresas dificultosas.

Una última consideración podría ser que, por alguna razón, el siglo XV supuso para China lo que Van der Sprenkel llama «una contracolonización», un desplazamiento de la población al exterior de las áreas productoras de arroz[157]. Aunque esto podría haber aliviado la «sobrepoblación», término que es siempre relativo a su definición social, podría haber debilitado el potencial de industrialización chino, sin las ventajas compensadoras de un imperio colonial. Así, es posible que el «despegue» se hundiera.

Existe una segunda gran diferencia entre Europa y China. En esta época China es un vasto imperio, al igual que el mundo turco-musulmán. Europa no lo es. Es una economía-mundo naciente, compuesta de pequeños imperios, naciones-Estado y ciudades-Estado. Existen muchos motivos por los cuales esta diferencia fue importante.

Empecemos con los argumentos de Weber acerca de las implicaciones de las dos formas de desintegración de un imperio: la feudalización, como en Europa occidental y la prebendalización, como en China[158]. Argumenta que es más fácil que surja un Estado centralizado a partir de un sistema feudal que de uno prebendal. El planteamiento de Weber es el siguiente:

> El señorío occidental, como el indio oriental, se desarrolló por la desintegración de la autoridad central del poder del Estado patrimonial: la desintegración del imperio carolingio en Occidente, la desintegración de los Califas y los Majarajás o Grandes Mogoles en

---

[157] «El período Ming, una vez que el poder de los mongoles fue quebrado, parece haber sido testigo de una fuerte reacción contra estas condiciones compresivas por parte del sobrepoblado sur.» Van der Sprenkel, *Bulletin of the SOAS*, XV, p. 308. Obsérvese que Van der Sprenkel, en contraste con Hudson, ofrece la *disminución* de la amenaza de los mongoles como explicación del desplazamiento hacia el norte.

[158] En su comentario al libro de Max Weber. *The religion of China* (Nueva York, Free Press, 1951), Hans Gerth escribe: «Prebenda: derecho de un funcionario a beneficiarse de las tierras del Estado o la Iglesia o de otro ingreso público.» Weber califica a tales funcionarios de «prebendarios». Un sistema sociopolítico basado en una nómina de prebendarios es lo que Weber llama «prebendalismo» (p. 305. Eric Wolf discute las diferencias entre un dominio patrimonial (o «feudal») y un dominio prebendal desde la perspectiva de su significado para el campesino, en *Peasants*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice-Hall, 1966, pp. 50-52.

la India. En el imperio carolingio, no obstante, el nuevo estrato se desarrolló sobre la base de una economía de subsistencia rural. [Por tanto, presumiblemente estaba a un nivel de desarrollo económico *menor* que sus contrapartidas orientales.] Por medio de un juramento de vasallaje, que quedó estructurado tras la guerra siguiente, el estrato de los señores se unía al rey y se interponía entre los hombres libres y el rey. También existían en la India relaciones feudales, pero no fueron decisivas para la formación de una nobleza ni para la de señores terratenientes.

En la India, como en general en el Oriente, se desarrolló un señorío característico más bien a partir del arrendamiento de impuestos [presumiblemente debido a que el poder central era aún suficientemente *fuerte* para insistir en los impuestos, y la economía suficientemente desarrollada y con una circulación monetaria suficiente para suministrar el excedente básico para la imposición; en comparación con el presumiblemente menos desarrollado Occidente de principios de la Edad Media] y de las prebendas militares e impositivas de un Estado mucho más burocrático. El señorío oriental siguió siendo, por tanto, en esencia una «prebenda», y no se convirtió en un «feudo»; ni tampoco se dio una feudalización, sino una prebendalización del Estado patrimonial. Aunque no desarrollado, el paralelo occidental comparable no es el feudo medieval, sino la compra de cargos y prebendas durante el *seicento* papal o durante los días de la *noblesse de robe* francesa... [También] es importante un factor puramente militar para la explicación del diferente desarrollo de Oriente y Occidente. En Europa el hombre a caballo era técnicamente una fuerza fundamental del feudalismo. En la India, a pesar de su número, los hombres a caballo eran relativamente menos importantes y eficientes que los soldados de a pie, que tenían un papel fundamental en los ejércitos desde Alejandro a los mogoles [159].

La lógica del argumento de Weber es algo parecido a esto: un factor técnico (la importancia de los hombres a caballo) conduce al fortalecimiento del estrato intermedio de guerreros frente al centro del imperio durante el proceso de desintegración de éste. De aquí que la nueva fuerza social que emerge sea el feudalismo más bien que un Estado de prebendas. (Pero, ¿es esto una causa o una consecuencia? En Weber no queda claro.) A corto plazo, la feudalización es evidentemente mejor desde el punto de vista de los señores terratenientes, ya que les da más poder (¿y mayores ingresos?). A largo plazo, no obstante, una clase prebendal controladora de la tierra puede resistir mejor el crecimiento de una monarquía realmente centralizada que una clase feudal terrateniente, debido a que el sistema de valores feudal puede ser utilizado por el rey, en la medida en que puede convertirse a sí mismo en vértice de un único sistema jerárquico de relaciones feudales (los Capetos tardaron varios siglos en con-

[159] Weber, *Religion of India*, pp. 70-71.

seguirlo), para construir un sistema de lealtad a él, que, una vez construido, puede prescindir simplemente del elemento personal y transformarse en lealtad a una nación cuya encarnación es el rey. El prebendalismo, siendo un sistema realmente mucho más contractual que el feudalismo, no puede ser burlado por tales lazos místicos. (En cuyo caso, incidentalmente y de pasada, podríamos ver el creciente prebendalismo de la Francia del siglo XVIII como regresivo, y la revolución francesa como un intento de compensar la regresión.)

Joseph Levenson, en un libro dedicado a esta cuestión (¿por qué no China?), nos ofrece una respuesta no demasiado distinta a la de Weber:

> Ideal y lógicamente, el feudalismo como «tipo ideal» sociológico es totalmente opuesto al capitalismo. Pero histórica y cronológicamente lo estimuló. La misma ausencia de restricciones feudales en China planteó un mayor obstáculo en el camino de la expansión del capitalismo (y de la expansión mundial capitalista) que su presencia en Europa. Pues la sociedad burocrática no feudal de China, una sociedad persistente, que se autorrecargaba en la misma medida en la que era idealmente más favorable que la sociedad feudal a formas elementales capitalistas, acomodó y recubrió el capitalismo en su embrión, arruinando su potencial revolucionario. ¿Resulta entonces sorprendente que, incluso en Portugal, una de las más pequeñas de las potencias capitalistas, a fin de cuentas, un proceso social en gran medida el inverso al de China dejara libre la fuerza de expansión en vez de constreñirla? En Portugal, y en Europa occidental en general, hubo un proceso de superación protocapitalista del feudalismo, y de erosión del mismo. Y éste fue un proceso muy diferente de la persistencia en China de una sociedad no feudal y burocrática, un obstáculo para el feudalismo, y también para el capitalismo [160].

Aquí nos encontramos con un planteamiento que veremos a menudo: la receptividad inicial de un sistema a las nuevas formas no lleva a un cambio continuo y gradual, sino más bien a la asfixia del cambio, mientras que la resistencia inicial lleva a menudo a un posterior adelanto.

La feudalización trajo consigo el desmantelamiento de la estructura imperial, mientras que la prebendalización la mantuvo. El poder y los ingresos se distribuían en uno de los casos a terratenientes cada vez más autónomos, enraizados en un área y ligados a un campesinado dado, y en el otro a un estrato con las dimensiones del imperio, no ligado deliberadamente al área local, semiuniversal en su recluta pero en consecuencia

[160] Joseph R. Levenson, comp., *European expansion and the counter-expansion of Asia, 1300-1600*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice-Hall, 1967, pp. 131-132.

dependiente del favor del centro. Fortalecer el centro de un imperio era una labor colosal, una labor sólo abordada en el siglo XX bajo el partido comunista en China. Crear unidades centralizadas en áreas menores era imposible en tanto que el centro mantuviera alguna coherencia, lo que hizo bajo la dinastía Ming y bajo su sucesora la dinastía Manchú; mientras que la creación de unidades centralizadas en un sistema feudal era, como sabemos, factible si bien difícil. Weber explicó a grandes rasgos las razones con bastante claridad:

> Un resultado general del patrimonialismo oriental, con sus prebendas pecuniarias, fue que, típicamente, sólo una conquista militar o revoluciones religiosas podían deshacer la firme estructura de los intereses prebendarios, creando así nuevas distribuciones de poder y a su vez nuevas condiciones económicas. Sin embargo, cualquier intento de innovación interna naufragaba por culpa de los obstáculos previamente mencionados. Como hemos señalado, la Europa moderna es una gran excepción histórica a esto, debido, sobre todo, a que le faltaba la pacificación de un imperio unificado. Podemos recordar que, en los Estados guerreros, el propio estrato de prebendarios del Estado que bloqueaban la racionalización administrativa en el imperio-mundo fueron en un tiempo sus más poderosos promotores. Después, el estímulo desapareció. *Al igual que la competencia por los mercados obligó a la racionalización de la empresa privada, igualmente la competencia por el poder político obligó a la racionalización de la economía del Estado y de la política económica,* tanto en el Occidente como en la China de los Estados guerreros. En la economía privada la cartelización debilita el cálculo racional que es el alma del capitalismo; entre Estados, el monopolio del poder destruye la gerencia racional en la administración, las finanzas y la economía política. [...] Además de la diferencia previamente mencionada, en Occidente había fuerzas poderosas e independientes. Con éstas el poder de los príncipes podía aliarse para destruir los grilletes tradicionales; o, bajo condiciones muy especiales, estas fuerzas podían utilizar su propia fuerza militar para librarse de las ataduras del poder patrimonial [161].

Existe otro factor a considerar para comparar la relación entre el centro regional o el punto más avanzado de un sistema con la periferia en una economía-mundo y en un imperio. Un imperio es responsable de la administración y la defensa de una enorme masa de tierra y población. Esto absorbe atención, energía y beneficios que podrían haber sido invertidos en el desarrollo del capital. Tomemos, por ejemplo, la cuestión de los *wako* japoneses y su supuesto impacto sobre la expansión china. En principio los *wako* fueron menos problema para la China que los turcos para Europa. Pero cuando los turcos avan-

[161] Weber, *Religion of China*, pp. 61-62. El subrayado es mío.

zaron en el este, no había ningún emperador europeo que pudiera hacer volver a las expediciones portuguesas. Portugal no se vio apartada de sus aventuras ultramarinas para defender Viena, porque Portugal no tenía ninguna obligación política de hacerlo, y no había ningún mecanismo por medio del cual hubiera podido ser inducida a hacerlo, ni ningún grupo social de dimensiones europeas cuyos intereses estuvieran de acuerdo con ello.

Ni tampoco la expansión hubiera parecido tan inmediatamente beneficiosa a un emperador europeo como le pareció a un rey portugués. Hemos discutido cómo el emperador chino pudo considerar —y la burocracia, de hecho, consideró— las expediciones de Cheng Ho como un sumidero para el tesoro, mientras que la necesidad de incrementar las finanzas del Estado era precisamente uno de los motivos de la expansión de Europa. Un imperio no puede ser concebido como un empresario, a diferencia de un Estado en una economía-mundo. Ya que un imperio pretende ser una totalidad. No puede enriquecer su economía a expensas de otras economías, dado que él es la única economía. (Esta era sin duda la ideología china, y probablemente su creencia.) Se puede, por supuesto, incrementar la participación del emperador en la distribución de la economía. Pero esto quiere decir que el Estado busca no beneficios empresariales, sino un mayor tributo, y la misma forma de tributo puede resultar económicamente autodestructiva, en cuanto la fuerza política del centro disminuya, debido a que, bajo tales circunstancias, el pago de «tributo» puede ser una forma disfrazada de comercio desventajosa para el imperio [162].

Existe también un lazo entre la tecnología militar y la existencia de un marco imperial. Carlo Cipolla plantea la cuestión de por qué los chinos no adoptaron los adelantos tecnológicos militares que pudieron ver en los portugueses. Sugiere la si-

[162] Owen Lattimore muestra, precisamente, cómo funcionaba tal tipo de relación tributaria de Manchuria con relación a la China de los Ming en el siglo XVI: «En el período de la decadencia Ming, las "misiones tributarias" recibidas en la corte se convirtieron en un método de aprovecharse de los chinos. Los "portadores de tributo" llegaban con séquitos de cientos de personas, con los gastos pagados por las autoridades chinas, lo que inflaba su importancia política. Al mismo tiempo, traían bienes "no tributarios" para comerciar, lo que disminuía los beneficios de los comerciantes fronterizos chinos.» *Inner Asian frontiers of China*, segunda edición, Irvington-on-Hudson, Nueva York, Capitol Publishing Co. American Geographical Society, 1940, p. 124. Compárese este autodestructivo sistema con el franco colonialismo que Portugal y otros países europeos practicaron sobre los bárbaros de ultramar, lo que Weber llamó «capitalismo de botín». *Ibid.*, p. 135.

guiente explicación: «temiendo a los bandidos internos no menos que a los enemigos foráneos, y a los alzamientos internos no menos que a la invasión extranjera, la corte imperial hizo todo lo posible por limitar tanto la extensión del conocimiento de la fabricación de armamento como la proliferación de artesanos versados en este arte» [163]. En Europa, con su multiplicidad de soberanías, no había esperanza de limitar la extensión de las armas. En China, aparentemente, resultaba aún posible, y por lo tanto el sistema centralizado rechazó un adelanto tecnológico esencial a largo plazo para el mantenimiento de su poder. Una vez más, la forma imperial puede haber servido como una constricción estructural, esta vez en cuanto al desarrollo tecnológico.

Queda un último rompecabezas. En esta época surgió en China una ideología de individualismo, la de la escuela de Wang Yang-ming, que William T. de Bary considera comparable a las doctrinas humanistas de Occidente, y a la que llama una «cuasi-revolución en el pensamiento», que, no obstante, no fue capaz de «desarrollarse por completo» [164]. El individualismo como ideología, ¿no señalaba la fuerza de una burguesía emergente, sosteniéndola contra las fuerzas tradicionalistas?

Todo lo contrario, al parecer, según Roland Mousnier. Su análisis de los conflictos sociales de la China de los Ming plantea que el individualismo fue el arma de los mandarines confucianos, la clase burocrática que era tan «moderna» en sus miras, contra los eunucos, que eran «empresariales» y «feudales» al mismo tiempo, y que representaban el empuje «nacionalista» de la China de los Ming [165]. Mousnier plantea lo siguiente:

---

[163] Cipolla, *Guns and sails*, p. 117.

[164] William Theodore de Bary, comp., «Introduction», en *Self and society in Ming thought*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1970, p. 24. Desarrolla aún más este tema en un ensayo del mismo volumen, titulado «Individualism and humanism in late Ming thought»: «Un tipo de pensamiento individualista con características llamativamente modernas surgió de hecho, en conjunción con importantes fuerzas sociales y culturales, a partir de un movimiento liberal y humanitario formado en el seno de la escuela de Wang Yang-ming, en el siglo XVI. Así, el confucianismo, a pesar de ser la tradición dominante, y, para los ojos modernos, un sistema autoritario, resultó ser capaz de ejercer en cierto modo la misma función que [...] el cristianismo medieval en el ascenso del individualismo occidental» (p. 233).

[165] «La insurrección que expulsó del trono a la dinastía mongol de Yuan, en 1368, y el ascenso al poder de la dinastía Ming, fueron reacciones nacionales chinas contra los bárbaros.» Roland Mousnier, *Les XVIe et XVIIe siècles*, vol. IV de *Histoire Générale des Civilisations*, París, Presses Universitaires de France, 1954, p. 520.

Para progresar [en la China de los Ming], una gran parte de las clases educadas de origen medio se convertían voluntariamente en castrados. Debido a su educación, eran capaces de jugar un papel preponderante, y en realidad el imperio era gobernado por estos eunucos.

Una vez que habían obtenido cargos elevados, ayudaban a sus familias, creaban para sí una clientela distribuyendo cargos y feudos, y se convertían en verdaderas potencias en el seno del propio imperio. El gran papel jugado por los eunucos parece ser, por tanto, una función del ascenso de la burguesía. Los príncipes de sangre azul y los hombres importantes [*les grands*] intentaron defenderse creando una clientela constituida también de hombres educados surgidos de la clase media a los que ayudaban a subir en el servicio civil [...] [Este último grupo] eran a veces discípulos de Wang Yang-ming, e invocaban sus preceptos para oponerse a los eunucos que estaban establecidos en el poder. Los eunucos estaban a favor de Chu Hi, defensor de la tradición y de la autoridad [a la que los eunucos tenían, en este momento, principal acceso]. Estas luchas eran tanto más serias en cuanto que los príncipes de sangre azul, los hombres importantes y los eunucos tenían todos una base de poder como controladores de tierra [*maîtres du sol*]. Los Ming habían intentado defender su posición creando una especie de feudalismo de parientes y seguidores [...] La víctima de este estado de cosas era el campesino. Los gastos del Estado crecían sin cesar[166].

Por supuesto, también en Europa crecían, pero en Europa estos gastos apoyaban a una burguesía naciente y a una aristocracia que buscaba en última instancia, como veremos, salvarse convirtiéndose en burguesa, del mismo modo que los burgueses empezaban a hacerse aristocráticos. En la China de los Ming, la ideología que sirvió a la burguesía occidental para lograr su conquista final del poder estaba dirigida contra esta misma burguesía que (¿habiendo logrado conseguir algo de poder demasiado pronto?) se veía en el papel de defensora de la tradición y la autoridad. Es mucho lo que queda por dilucidar en esto, pero se abre la duda sobre una correlación excesivamente simple entre la ideología del individualismo y el nacimiento del capitalismo. Desde luego se abre la duda sobre cualquier afirmación causal que convirtiera en primaria la emergencia de tal ideología.

La discusión sobre China se reduce a lo siguiente. Resulta dudoso que existiera alguna diferencia significativa entre Europa y China en el siglo XV en cuanto a ciertos puntos básicos: población, superficie, estado de la tecnología (tanto en la agricultura como en la ingeniería naval). En la medida en que hubiera diferencias sería difícil utilizarlas para justificar la magnitud de la disimilitud del desarrollo en los siglos siguientes. Más

[166] *Ibid.*, pp. 527-528.

aún, las diferencias en los sistemas de valores parecen haber sido muy exagerados, y en la medida en que existieran tampoco parecen justificar las diferentes consecuencias. Ya que, como intentamos ilustrar, los sistemas de ideas pueden ser usados al servicio de intereses contrarios, pueden ser asociados con impulsos estructurales bastante diferentes. Los que sostienen la primacía de los valores, en su ansiedad por refutar los argumentos materialistas, parecen por su parte culpables de asumir una correspondencia mucho más literal entre la ideología y la estructura social (aunque invierten el orden causal) de lo que jamás lo hiciera el marxismo clásico.

La diferencia esencial entre China y Europa refleja de nuevo la coyuntura de una tendencia secular con un ciclo económico más inmediato. La tendencia secular a largo plazo se remonta a los antiguos imperios de Roma y China, a las formas y el grado en que se desintegraron. Mientras que el marco romano quedó como una tenue memoria cuya realidad medieval venía mediada en gran medida por una Iglesia común, los chinos se las arreglaron para mantener una estructura política imperial, si bien debilitada. Esta era la diferencia entre un sistema feudal y un imperio-mundo basado en una burocracia prebendal. China podía mantener en muchos aspectos una economía más avanzada que Europa como resultado de esto. Y muy posiblemente el grado de explotación del campesinado a lo largo de un millar de años fue menor.

A lo dado debemos añadir los cambios agronómicos más recientes en cada caso, en el de Europa hacia el ganado y el trigo, y en el de China hacia el arroz. Ya que este último requería menos espacio pero más hombres, la depresión secular golpeó a los dos sistemas de formas diferentes. Europa necesitaba expandirse geográficamente más de lo que lo necesitaba China. Y en la medida en la que algunos grupos en China podían haber encontrado compensación en la expansión, se vieron restringidos por el hecho de que las decisiones cruciales estaban centralizadas en un marco imperial, que tenía que preocuparse en primer lugar, y por encima de todo, del mantenimiento a corto plazo del equilibrio político de su sistema mundial.

De modo que China, en todo caso aparentemente mejor situada *prima facie* para avanzar hacia el capitalismo, al tener ya una burocracia estatal extensiva, estar más adelantada en términos de la monetización de la economía y, posiblemente también, de la tecnología, estaba no obstante peor situada en último término. Tenía el lastre de una estructura política imperial. Tenía el lastre de la «racionalidad» de su sistema de valores,

que negaba al Estado el punto de apoyo para el cambio (en el caso de que lo hubiera deseado usar) que los monarcas europeos encontraron en la mística de las lealtades feudales europeas.

Estamos ahora preparados para continuar nuestra argumentación. En 1450, el escenario en Europa, pero no en otros lugares, estaba presto para la creación de una economía-mundo capitalista. Este sistema estaba basado en dos instituciones claves, una división «mundial» del trabajo y en ciertas áreas un aparato de Estado burocrático. Las examinaremos sucesiva y globalmente. Después echaremos un vistazo a las tres zonas de la economía-mundo por separado: lo que llamaremos la semiperiferia, el centro y la periferia. Las estudiaremos en este orden, en gran medida, por razones de secuencia histórica que quedarán claras en la exposición del argumento. Entonces será posible revisar la totalidad del razonamiento a un nivel más abstracto. Hemos elegido hacer esto al final, en vez de hacerlo al principio, no sólo por creer que la argumentación resultará más convincente una vez que el material empírico haya sido presentado, sino también por la convicción de que la formulación final de la teoría debería resultar del encuentro con la realidad empírica, en el supuesto de que el encuentro haya sido informado por una perspectiva básica que haga posible percibir esta realidad.

7. REPASO TEORICO

El teorizar no es una actividad separada del análisis de los datos empíricos. Los análisis sólo se pueden hacer en términos de proposiciones y esquemas teóricos. Por otra parte, los análisis de acontecimientos o procesos deben incluir como punto de partida una serie completa de valores específicos de alguna de las variables, sobre cuya base se pueda explicar cómo se llegó a los resultados finales. Para presentar la explicación histórica con claridad, a menudo hay que asumir o pasar por alto la exposición de las interrelaciones formales entre las variables.

Consiguientemente, a menudo tiene sentido repasar el material una segunda vez, más brevemente y de forma más abstracta, en la conclusión. Sin duda esto debería ser útil para el lector. Pero resulta aún más importante para el autor, al obligarle a un grado de rigor en el análisis cuya ausencia podría perfectamente pasar desapercibida en medio de la complejidad de los detalles. El material empírico tratado hasta aquí ha sido, sin duda, complejo; de hecho, mucho más complejo de lo que era posible reflejar. Por tanto, nos proponemos revisar lo que se ha venido argumentando en este libro.

Para describir los orígenes y el funcionamiento inicial de un sistema mundial, he tenido que formular una cierta concepción de éste. Un sistema mundial es un sistema social, un sistema que posee límites, estructuras, grupos, miembros, reglas de legitimación, y coherencia. Su vida resulta de las fuerzas conflictivas que lo mantienen unido por tensión y lo desgarran en la medida en que cada uno de los grupos busca eternamente remodelarlo para su beneficio. Tiene las características de un organismo, en cuanto a que tiene un tiempo de vida durante el cual sus características cambian en algunos aspectos y permanecen estables en otros. Se puede definir sus estructuras como fuertes o débiles en momentos diferentes en términos de la lógica interna de su funcionamiento.

Lo que caracteriza a un sistema social, desde mi punto de vista, es el hecho de que la vida en su seno está en gran medida

autoincluida, y que la dinámica de su desarrollo es en gran medida interna. El lector puede pensar que la utilización de la expresión «en gran medida» es un ejemplo de ambigüedad académica. Admito que no puedo cuantificar. Probablemente nadie pueda hacerlo jamás, dado que la definición está basada en una hipótesis contrafáctica: si el sistema, por cualquier razón, quedara aislado de todas las fuerzas externas (lo que no ocurre virtualmente nunca), la definición implica que el sistema continuaría funcionando sustancialmente de la misma manera. Una vez más, por supuesto, es difícil traducir el término sustancialmente en criterios operacionales fuertes. No obstante, la cuestión es importante, y resulta clave para muchas partes del análisis empírico de este libro. Tal vez debiéramos considerar la idea de autoinclusión como un absoluto teórico, una especie de vacío social, raras veces visible y aún más implausible de crear artificialmente, pero que aun así constituye una asíntota socialmente real, la distancia a la cual es mensurable de alguna forma.

Utilizando tal criterio, se sostiene aquí que la mayor parte de las entidades descritas usualmente como sistemas sociales —«tribus», comunidades, naciones-Estado— no son, de hecho, sistemas totales. Por el contrario, de hecho argumentamos que los únicos sistemas sociales reales son, por una parte, las economías relativamente pequeñas, altamente autónomas, de subsistencia, que no formen parte de ningún sistema que exija tributo regular; y, por otra parte, los sistemas mundiales. Es preciso, sin duda, distinguir a estos últimos de los primeros, porque son relativamente grandes; es decir, constituyen, en lenguaje familiar, verdaderos «mundos». Más precisamente, no obstante, quedan definidos por el hecho de que su autoinclusión como entidades económico-materiales está basada en una división extensiva del trabajo, y de que contienen en su seno una multiplicidad de culturas.

Más aún, se sostiene aquí que hasta el momento sólo han existido dos variedades de tales sistemas mundiales: imperios-mundo, en los que existe un único sistema político sobre la mayor parte del área, por más atenuado que pueda estar su control efectivo, y aquellos sistemas en los que tal sistema político único no existe sobre toda o virtualmente toda su extensión. Por conveniencia, y a falta de un término mejor, utilizamos el término «economía-mundo» para definir a estos últimos.

Finalmente, hemos argumentado que antes de la era moderna las economías-mundo eran estructuras altamente inestables, que

tendían a convertirse en imperios o a desintegrarse. La peculiaridad del sistema mundial moderno es que una economía-mundo haya sobrevivido durante quinientos años y que aún no haya llegado a transformarse en un imperio-mundo, peculiaridad que es el secreto de su fortaleza.

Esta peculiaridad es el aspecto político de la forma de organización económica llamada capitalismo. El capitalismo ha sido capaz de florecer precisamente porque la economía-mundo contenía dentro de sus límites no uno, sino múltiples sistemas políticos.

No estoy defendiendo aquí el clásico argumento de la ideología capitalista según el cual el capitalismo es un sistema basado en la no interferencia del Estado en los asuntos económicos. Todo lo contrario. El capitalismo se basa en la constante absorción de las pérdidas económicas por las entidades políticas, mientras que las ganancias económicas se distribuyen entre manos «privadas». Lo que defiendo en vez de eso es que el capitalismo como modo económico se basa en el hecho de que los factores económicos operan en el seno de una arena mayor de lo que cualquier entidad política puede controlar totalmente. Esto les da a los capitalistas una libertad de maniobra que tiene una base estructural. Ha hecho posible la expansión económica constante del sistema mundial, aunque con una distribución muy desigual de sus frutos. El único sistema mundial alternativo que podría mantener un alto nivel de productividad y cambiar el sistema de distribución supondría la reintegración de los niveles de decisión políticos y económicos. Esto constituiría una tercera forma posible de sistema mundial, un gobierno mundial socialista. Esta no es una forma que exista en el presente, y no era remotamente concebible siquiera en el siglo XVI.

Las razones históricas de que la economía-mundo europea apareciera en el siglo XVI y resistiera a los intentos de transformarla en un imperio han sido expuestas largamente. No las repasaremos aquí. Se debe destacar, no obstante, que las dimensiones de una economía-mundo son función del estado de la tecnología, y en particular de las posibilidades de transporte y comunicación dentro de sus límites. Dado que esto es algo sometido a cambios constantes, no siempre favorables, los límites de una economía-mundo son siempre fluidos.

Hemos definido un sistema mundial como un sistema en el que existe una división extensiva del trabajo. Esta división no es meramente funcional —es decir, ocupacional—, sino geográfica. Es decir, la gama de tareas económicas no está distribuida uniformemente a lo largo y lo ancho del sistema mundial.

En parte esto es consecuencia de consideraciones ecológicas, sin duda. Pero en su mayor parte es función de la organización social del trabajo, que magnifica y legitima la capacidad de ciertos grupos dentro del sistema de explotar el trabajo de otros, es decir, de recibir una parte mayor del excedente.

Mientras que en un imperio la estructura política tiende a ligar la cultura con la ocupación, en una economía-mundo la estructura política tiende a ligar la cultura con la localización espacial. La razón es que en una economía-mundo el primer punto de presión política accesible a los grupos es la estructura local (nacional) del Estado. La homogeneización cultural tiende a servir los intereses de grupos clave, y las presiones se ensamblan para crear identidades cultural-nacionales.

Este es particularmente el caso en las áreas favorecidas de la economía-mundo, lo que hemos llamado Estados del centro. En tales Estados, la creación de un fuerte aparato de Estado unido a una cultura nacional, fenómeno a menudo llamado integración, sirve como mecanismo para proteger las disparidades surgidas en el seno del sistema mundial y como máscara ideológica justificadora del mantenimiento de tales disparidades.

Las economías-mundo están divididas, pues, en Estados del centro y áreas periféricas. No digo *Estados* periféricos porque una característica de las áreas periféricas es que el Estado indígena es débil, oscilando entre la no existencia (es decir, una situación colonial) y la existencia con un escaso grado de autonomía (es decir, una situación neocolonial).

Existen también áreas semiperiféricas que están entre el centro y la periferia en una serie de dimensiones, tales como la complejidad de las actividades económicas, la fuerza del aparato de Estado, la integridad cultural, etc. Algunas de estas áreas eran áreas centrales en versiones anteriores de una cierta economía-mundo. Otras eran áreas periféricas, promocionadas más adelante, por así decirlo, como resultado de la geopolítica cambiante de una economía-mundo en expansión.

La semiperiferia, no obstante, no es un artificio de puntos de corte estadísticos, ni tampoco una categoría residual. La semiperiferia es un elemento estructural necesario en una economía-mundo. Estas áreas juegan un papel paralelo al representado, *mutatis mutandis*, por los grupos comerciantes intermedios en un imperio. Son puntos de recopilación de cualificaciones vitales, a menudo políticamente impopulares. Estas áreas intermedias (como los grupos intermedios en un imperio) desvían parcialmente las presiones políticas que los grupos localizados primariamente en las áreas periféricas podrían en otro

caso dirigir contra los Estados del centro y los grupos que operan en el seno y a través de sus aparatos de Estado. Por otra parte, los intereses localizados primariamente en la semiperiferia se hallan en el exterior de la arena política de los Estados del centro, y encuentran difícil perseguir sus fines a través de coaliciones políticas que podrían estar abiertas para ellos si estuvieran en la misma arena política.

La división de una economía-mundo supone una jerarquía de tareas ocupacionales en la cual las tareas que requieren mayores niveles de cualificación y una mayor capitalización quedan reservadas para las áreas de mayor rango. Dado que una economía-mundo capitalista recompensa esencialmente el capital acumulado, incluyendo el capital humano, en mayor medida que la fuerza de trabajo «en crudo», la mala distribución geográfica de estas cualificaciones ocupacionales posee una fuerte tendencia hacia su automantenimiento. Las fuerzas del mercado la refuerzan en vez de minarla. Y la ausencia de un mecanismo político central en la economía-mundo hace muy difícil la introducción de fuerzas capaces de contrarrestar la mala distribución de los beneficios.

Por lo tanto, el proceso en marcha en una economía-mundo tiende a aumentar las distancias económicas y sociales entre sus distintas áreas en el mismo proceso de su desarrollo. Un factor que tiende a enmascarar este hecho es que el proceso de desarrollo de una economía-mundo trae consigo adelantos tecnológicos que hacen posible la expansión de sus márgenes. En este caso, regiones particulares del mundo pueden cambiar su papel estructural en la economía-mundo en beneficio propio, a pesar de que simultáneamente puede seguir aumentando la disparidad de beneficios entre los diferentes sectores de la economía-mundo en su conjunto. Para observar este fenómeno crucial claramente hemos insistido en la distinción entre el área periférica de una economía-mundo dada y la arena externa de dicha economía-mundo. La arena externa de un siglo se convierte a menudo en la periferia —o semiperiferia— del siguiente. Pero también, por otra parte, los Estados del centro pueden convertirse en semiperiféricos y los semiperiféricos en periféricos.

Mientras que las ventajas de los Estados del centro no han dejado de aumentar a lo largo de la historia del sistema mundial moderno, la capacidad de un Estado en particular para permanecer en el sector del centro no está libre de amenazas. Los galgos andan siempre a la carrera en pos de la liebre persiguiendo el primer puesto. De hecho, bien podría ocurrir que en

este tipo de sistema no fuera posible estructuralmente evitar, a lo largo de un extenso período de tiempo histórico, una circulación de las élites, en el sentido de que el país particular predominante en un momento dado tiende a ser reemplazado más pronto o más tarde por otro país.

Hemos insistido en que la moderna economía-mundo es, y sólo puede ser, una economía-mundo capitalista. Por esta razón hemos rechazado la denominación de «feudalismo» para las diversas formas de agricultura capitalista basadas en el trabajo obligado que surgen en una economía-mundo. Más aún, aunque esto no se haya discutido en este volumen, por esta misma razón observaremos con gran reserva y prudencia en futuros volúmenes la afirmación de que existen en el siglo XX economías nacionales socialistas en el marco de la economía-mundo (por oposición a movimientos socialistas que controlan ciertos aparatos de Estado en el seno de la economía-mundo).

Si los sistemas mundiales son los únicos auténticos sistemas sociales (fuera de las economías de subsistencia verdaderamente aisladas), esto implica que la emergencia, la consolidación, y los papeles políticos de las clases y los grupos de estatus deben estudiarse como elementos de este sistema *mundial*. Y a su vez se sigue que uno de los elementos clave para analizar una clase o un grupo de estatus no es sólo el estado de su autoconciencia, sino la amplitud geográfica de su autodefinición.

Las clases siempre existen potencialmente [*an sich*]. La cuestión es bajo qué condiciones adquieren conciencia de clase [*für sich*], es decir, bajo qué condiciones operan en las arenas político-económicas como un grupo, e incluso en cierta medida como una entidad cultural. Tal autoconciencia es función de las situaciones de conflicto. Pero para los estratos superiores el conflicto abierto y, por tanto, la conciencia clara, siempre son *faute de mieux*. En la medida en que los límites de clase no se hagan explícitos, en esa medida será más probable que se mantengan los privilegios.

Dado que en las situaciones conflictivas las múltiples fracciones tienden a reducirse a dos en virtud de la formación de alianzas, es por definición imposible tener tres o más clases (conscientes). Es obvio que puede existir una multitud de grupos de intereses ocupacionales que pueden organizarse para actuar en el seno de la estructura social. Pero tales grupos son en realidad una variedad de los grupos de estatus y de hecho a menudo se solapan con otros tipos de grupos de estatus, tales como los definidos por criterios étnicos, lingüísticos o religiosos.

Decir que no puede haber tres o más clases no significa, no obstante, que siempre haya dos. Puede no haber ninguna, aunque esto es raro y transitorio. Puede haber una, y esto es lo más común. Puede haber dos, y esto es de lo más explosivo.

Decimos que puede haber una sola clase, aunque hemos dicho también que las clases sólo existen de hecho en situaciones de conflicto, y los conflictos presuponen dos partes. No existe contradicción ninguna en ello, dado que un conflicto puede darse entre una clase, que se concibe a sí misma como la clase universal, y todos los otros estratos. Esta ha sido, de hecho, la situación habitual en el sistema mundial moderno. La clase capitalista (la *burguesía)* ha afirmado ser la clase universal y pretendido organizar la vida política para alcanzar sus objetivos contra dos oponentes. Por una parte estaban quienes hablaban a favor del mantenimiento de las tradicionales distinciones de rango, a pesar de que estos rangos pudieran haber perdido su correlación original con la función económica. Tales elementos preferían definir la estructura social como una estructura sin clases. Fue para contrarrestar esta ideología para lo que la burguesía llegó a actuar como una clase consciente de sí misma.

Pero la burguesía tenía otro oponente, los trabajadores. Siempre que los trabajadores tomaban conciencia de sí mismos como clase, lo que no era demasiado frecuente en el siglo XVI, definían la situación como una situación polarizada en dos clases. En tales circunstancias la burguesía se encontraba con un profundo dilema táctico. En la medida en que mantenían su propia conciencia de *clase,* instigaban con este hecho la conciencia de clase de los trabajadores, y se arriesgaban, por tanto, a minar su propia posición política. En la medida en que para resolver este problema ponían sordina a su conciencia de clase, se arriesgaban a debilitar su posición frente a los poseedores del alto rango tradicional.

El proceso de cristalización de la conciencia de clase de una burguesía, que se considera una clase universal que extrae sus miembros de todos los rangos sociales, ha quedado ilustrado por nuestra discusión de la emergencia de la *gentry* como categoría social en la Inglaterra de los Tudor o del ascenso de los burgueses [*burghers*] en el norte de los Países Bajos. Una de las formas en que apoyaban su afirmación de ser una clase universal era mediante el desarrollo de un sentimiento nacional, que daba un barniz cultural a su afirmación.

El profundo dilema de una burguesía amenazada con la insurrección por la izquierda, por así decirlo, y que temía una

alianza entre sus dos grupos oponentes, bajo la forma de exigencias regionalistas, ha quedado ilustrada en nuestras discusiones sobre la Francia del «segundo» siglo XVI. La burguesía optó allí por una retirada temporal. Tal vez no tenían ninguna otra alternativa viable. Pero esta retirada había de tener consecuencias a largo plazo en el posterior radicalismo social de la revolución francesa (por momentáneo que fuera) y en el retraso a largo plazo del desarrollo económico de Francia con respecto a Inglaterra.

Nuestros ejemplos aquí son de burguesías que tomaron conciencia, pero dentro de los límites de una nación-Estado. Claramente ésta no era la única posibilidad. Podían haber tomado conciencia de sí mismas como una clase mundial. Y muchos grupos presionaron por lograr tal definición. Por una parte estaban las diversas comunidades de banqueros-comerciantes internacionales. Por otra parte estaban los muchos grupos de cultivadores capitalistas de las áreas periféricas.

En el apogeo de Carlos V eran muchos quienes en los Países Bajos, en el sur de Alemania, en el norte de Italia y en otros lugares, ligaban sus esperanzas a las aspiraciones imperiales de los Habsburgo (algunos manteniendo al mismo tiempo y prudentemente un pie a la puerta de los Valois). Si bien estos grupos seguían siendo un estrato social y no formaban aún una clase consciente, se movían en esa dirección, y parecía ser solamente cuestión de tiempo. Pero con el fracaso del imperio las burguesías de Europa se dieron cuenta de que su futuro social y económico estaba ligado a los Estados del centro. Y aquellos que, en virtud de sus afiliaciones étnico-religiosas, podían dirigirse al Estado nacional como arena de actuación política, así lo hicieron.

En cuanto a los cultivadores capitalistas de la periferia, se hubieran considerado con gran placer parte de una *gentry* internacional. Sacrificaron de buena gana las raíces culturales locales a cambio de la participación en culturas «mundiales». Pero para constituir una clase internacional necesitaban la cooperación de los estratos capitalistas de los Estados del centro, y ésta no se produciría. De modo que progresivamente estos cultivadores capitalistas periféricos se convirtieron en los anticuados y altaneros hacenderos hispanoamericanos o nobles de la Europa oriental de siglos posteriores, retrocediendo de una potencial conciencia de clase internacional hacia una solidaridad local de estatus, lo cual era perfectamente útil para los intereses de las burguesías europeas occidentales.

La concentración geográfica de actividades económicas particulares constituye una presión continuada para la formación de grupos de estatus. Cuando los estratos dominantes locales se ven amenazados por cualquier conciencia de clase incipiente de los estratos inferiores, hacer hincapié en la cultura local es muy útil para desviar los conflictos locales internos, creando en su lugar solidaridad local contra el exterior. Si, por añadidura, estos estratos dominantes locales se sienten oprimidos por estratos superiores del sistema mundial, se ven doblemente motivados para perseguir la creación de una identidad local.

Evidentemente, no se construye una identidad a partir de la nada. Se construye sobre lo que se encuentra, en términos de lenguaje, religión, y estilos de vida distintivos. No obstante, resulta bastante claro que la homogeneidad y la pasión lingüísticas y religiosas (y, *a fortiori*, la devoción por estilos de vida distintos) son creaciones sociales que no pueden ser justificadas por simple continuidad de tradiciones eternas. Son creaciones sociales forjadas con dificultad en tiempos difíciles.

El siglo XVI fue un tiempo difícil en gran parte de Europa. Fue, por supuesto, la época de la Reforma y de la Contrarreforma; fue una época de grandes guerras de religión civiles. Fue una era de «partidos» religiosos internacionales. Pero al final, cuando el polvo se asentó, todos los trastornos religiosos resultaron en un esquema de relativa homogeneidad religiosa de las diversas entidades políticas, en el marco de un *laissez-faire* internacional: *cuis regio eius religio.*

Hemos intentado indicar en nuestra discusión de los diversos desarrollos específicos por qué diversas formas de protestantismo acabaron siendo la religión de los Estados del centro (excepto Francia, y también el porqué de esta excepción) y el catolicismo la religión de la periferia y de la semiperiferia. Nos hemos mostrado escépticos acerca de la posibilidad de que las doctrinas de las diversas teologías tuvieran gran cosa que ver con esto, aunque podrían haber facilitado la labor. Más bien las doctrinas de estas teologías, tal y como evolucionaron en la práctica por oposición a su concepción original, reflejaron y sirvieron para mantener los papeles de las diversas áreas en el sistema mundial.

Se dice a menudo que Carlos V perdió una gran oportunidad de crear un Estado alemán protestante unido intentando mantenerse como árbitro de la división religiosa en vez de optar por un papel de protagonista. Pero una crítica tal olvida el hecho de que Carlos V pretendía crear un imperio-mundo, no un Estado del centro en el seno de una economía-mundo. Los im-

perios se desarrollan espléndidamente sobre múltiples religiones que reflejan múltiples papeles, pocos de los cuales están concentrados dentro de fronteras políticas específicas. La homogeneidad nacional en el seno de una heterogeneidad internacional es la fórmula de una economía-mundo.

Al menos ésta es la fórmula en los simples comienzos. Los Estados del centro, a causa de su compleja división interna del trabajo, empiezan a reflejar el esquema del sistema en su conjunto. En el siglo XVI Inglaterra ya estaba moviéndose en la dirección de convertirse en Gran Bretaña, que tendría una homogeneidad regional dentro de una relativa heterogeneidad para la nación como un todo.

La religión no tiene por qué ser la característica cultural definitoria de los principales grupos de estatus; puede utilizarse el lenguaje. De hecho, el lenguaje empezó a jugar tal papel en el siglo XVI, y su importancia se iría incrementando con el paso de los siglos. El reforzamiento religioso de la especialización de los papeles en una economía-mundo tiene, no obstante, ventajas sobre el reforzamiento lingüístico. Interfiere menos con el proceso de comunicaciones que se desarrolla en el seno de la economía-mundo. Y se presta menos (sólo menos) a los enclaustramientos aislacionistas, a causa de los temas universalistas que subyacen en las religiones mundiales.

La economía-mundo europea del siglo XVI tendía globalmente a ser un sistema de una sola clase. Eran las fuerzas dinamicas que se beneficiaban de la expansión económica y el sistema capitalista, especialmente en las áreas del centro, los que tendían a tener conciencia de clase, es decir, a operar en el seno de la arena política como grupo definido primariamente por su papel común en la economía. Este papel común estaba definido, de hecho, un tanto a grandes rasgos desde una perspectiva del siglo XX. Incluía a personas que eran granjeros, mercaderes e industriales. Los empresarios individuales pasaban de una a otra de todas estas actividades, o las combinaban. La distinción crucial era la establecida entre estos hombres, cualquiera que fuera su ocupación, orientados principalmente a la obtención de beneficios en el mercado mundial, y los otros que no seguían tal orientación.

Los «otros» respondieron en términos de sus privilegios de estatus: los de la aristocracia tradicional, los que los pequeños granjeros habían obtenido del sistema feudal, los resultantes de monopolios gremiales ya superados. Bajo la cubierta de similitudes culturales, a menudo se pueden consolidar extrañas alianzas. Estas alianzas extrañas pueden tomar una forma muy activa

y obligar a los centros políticos a tenerlas en cuenta. Señalamos tales ejemplos en nuestra discusión sobre Francia. O pueden tomar una forma políticamente pasiva, que sirve espléndidamente a las necesidades dominantes del sistema mundial. El triunfo del catolicismo polaco, como fuerza cultural, fue un caso de este tipo.

Los detalles del lienzo se completan con la panoplia de múltiples formas de grupos de estatus, con sus particulares fuerzas y acentos. Pero el gran trazo es en términos del proceso de formación de clase. Y en este sentido el siglo XVI no fue decisivo. Los estratos capitalistas formaron una clase que sobrevivió y ganó el *droit de cité*, pero que no triunfó aún en la arena política.

La evolución del aparato de Estado refleja precisamente esta incertidumbre. Los Estados fuertes sirven a los intereses de algunos grupos y dañan a los de algunos otros. No obstante, desde el punto de vista del sistema mundial como un todo, si ha de haber una multitud de entidades políticas (esto es, si el sistema no es un imperio-mundo), entonces no puede darse el caso de que todas estas entidades sean igualmente fuertes. Porque si lo fueran estarían en condiciones de bloquear el funcionamiento efectivo de entidades económicas transnacionales cuyo centro estuviera en otro Estado. Se seguiría de esto entonces que la división mundial del trabajo se vería impedida, la economía-mundo declinaría, y eventualmente el sistema mundial se haría pedazos.

Tampoco puede darse el caso de que *ningún* aparato de Estado sea fuerte. Porque, en tal caso, los estratos capitalistas carecerían de mecanismo alguno para proteger sus intereses, garantizar sus derechos de propiedad, asegurar diversos monopolios, distribuir las pérdidas entre el conjunto de la población, etc.

Esto implica entonces que la economía-mundo desarrolla un esquema en el que las estructuras del Estado son relativamente fuertes en las áreas del centro y relativamente débiles en la periferia. Qué áreas juegan los distintos papeles es en muchos aspectos cuestión de accidente. Lo que es necesario es que en algunas áreas el aparato de Estado sea mucho más fuerte que en otras.

¿Qué queremos decir con un aparato de Estado fuerte? Queremos decir fuerte frente a otros Estados en el seno de la economía-mundo, incluyendo otros Estados del centro, y fuerte frente a las unidades políticas locales dentro de las fronteras del Estado. En efecto, nos referimos a una soberanía *de facto*

tanto como *de jure*. También nos referimos a un Estado que sea fuerte frente a cualquier grupo social particular en el seno del Estado. Obviamente tales grupos varían en cuanto a la cantidad de presión que pueden ejercer sobre el Estado. Y obviamente ciertas combinaciones de estos grupos controlan el Estado. El Estado no es un árbitro neutral. Pero el Estado es más que un simple vector de fuerzas dadas, aunque sólo sea porque muchas de estas fuerzas están situadas en más de un Estado, o se definen en términos que tienen poca correlación con los límites del Estado.

Un Estado fuerte es entonces una entidad parcialmente autónoma, en el sentido de que tiene a su alcance un margen de acción que refleja los compromisos de múltiples intereses, incluso si estos márgenes tienen unos límites determinados por la existencia de algunos grupos de fuerza primordial. Para que exista una entidad parcialmente autónoma tiene que haber un grupo de gentes cuyos intereses directos se vean servidos por tal entidad: administradores del Estado y burocracia de Estado.

Tales grupos emergen en el marco de una economía-mundo capitalista porque el Estado fuerte es la mejor opción entre alternativas difíciles para los dos grupos más fuertes en términos políticos, económicos y militares: el estrato capitalista emergente y las viejas jerarquías aristocráticas.

Para el primero, el Estado fuerte en la forma de las «monarquías absolutas» era un cliente magnífico, un guardián contra el bandidaje local e internacional, un modo de legitimación social, una protección preventiva contra la creación de fuertes barreras estatales en otros lugares. Para las segundas, el Estado fuerte representaba un freno para estos mismos estratos capitalistas, un apoyo de las convenciones de estatus, un mantenedor del orden, un promotor del lujo.

Sin duda, tanto los nobles como los burgueses consideraban los aparatos de Estado como un oneroso sumidero de fondos, una burocracia entrometida e improductiva. Pero ¿qué opciones tenían? No obstante, siempre permanecieron reacios, y la política inmediata del sistema mundial se constituía de los tiras y aflojas resultantes del esfuerzo de ambos grupos por aislarse de lo que ellos veían como efectos negativos del aparato de Estado.

Un aparato de Estado supone un mecanismo basculante. Existe un punto en que la fuerza crea más fuerza. Los ingresos fiscales capacitan al Estado para tener una burocracia civil y un ejército más numerosos y eficientes, lo que a su vez lleva a obtener mayores ingresos fiscales: un proceso que continúa

en espiral. El mecanismo basculante funciona también en el sentido opuesto: la debilidad conduce a una mayor debilidad. Entre estos dos puntos de oscilación yace la política de creación del Estado. Es en esta arena donde las habilidades de los grupos dirigentes suponen una diferencia. Y la existencia de estos dos mecanismos basculantes explica que en ciertos momentos una pequeña distancia en el sistema mundial pueda convertirse con gran rapidez en una distancia muy grande.

En aquellos Estados en los que el aparato de Estado es débil, los administradores del Estado no juegan el papel de coordinar un complejo mecanismo industrial-comercial-agrícola. Más bien se convierten simplemente en un grupo de terratenientes entre los otros, con poco derecho a afirmar su legítima autoridad sobre la totalidad.

Estos tienden a ser llamados dirigentes tradicionales. La lucha política se expresa a menudo en términos de tradición frente a cambio. Esta es, por supuesto, una terminología toscamente equívoca e ideológica. Puede aceptarse de hecho, como un principio sociológico general, que en cualquier momento dado, lo que se considera tradicional tiene un origen más reciente que el que normalmente se le atribuye, y representa primariamente los instintos conservadores de algún grupo amenazado por la caída de su estatus social. De hecho, no parece haber nada que aparezca tan rápidamente como una «tradición» cuando surge necesidad de ella.

En un sistema de una sola clase, lo «tradicional» es aquello en cuyo nombre los «otros» combaten al grupo con conciencia de clase. Si pueden incrustar sus valores legitimándolos ampliamente, o, mejor incluso, incorporándolos a las barreras legislativas, cambian así el sistema de manera favorable para ellos.

Los tradicionalistas pueden triunfar en algunos Estados, pero si una economía-mundo debe sobrevivir, tienen que perder más o menos en los otros. Más aún, la ganancia en una región es la contrapartida de la pérdida en otra.

Esto no es exactamente un juego de compensaciones, pero también resulta inconcebible que todos los elementos de una economía-mundo capitalista cambien de valores simultáneamente y en una dirección determinada. El sistema social está construido sobre la base de tener en su seno múltiples sistemas de valores que reflejan las funciones específicas que grupos y áreas juegan en la división mundial del trabajo.

No hemos agotado aquí los problemas teóricos relacionados con el funcionamiento de una economía-mundo. Hemos

intentado hablar sólo de los que se ponen de relieve en el período inicial de creación de la economía-mundo, a saber, la Europa del siglo XVI. En etapas posteriores surgen muchos otros problemas que serán tratados tanto empírica como teóricamente en volúmenes posteriores.

En el siglo XVI Europa era como un caballo sin domar. No era fácil el esfuerzo de algunos grupos por establecer una economía-mundo basada en una particular división del trabajo, por crear Estados nacionales en las áreas del centro, como garantes político-económicos de este sistema, y por conseguir que los trabajadores pagaran no sólo las ganancias, sino los costos de mantenimiento del sistema. Se le debe reconocer a Europa el mérito de que esto se realizara, ya que sin el empuje del siglo XVI el mundo moderno no habría nacido, y, a pesar de todas sus crueldades, es preferible que haya nacido a que no lo hubiera hecho.

También se le debe reconocer a Europa el mérito de que no fuera fácil, y particularmente que no fuera fácil porque la gente que pagó los costos a corto plazo levantó su voz indignada ante tanta injusticia. Los campesinos y los trabajadores de Polonia, de Inglaterra, de Brasil y México, se rebelaron todos a su manera. Como dice R. H. Tawney acerca de los disturbios agrarios de la Inglaterra del siglo XVI: «Tales movimientos son prueba de sangre y nervio, y de un elevado y orgulloso espíritu [...] Feliz la nación cuyo pueblo no ha olvidado cómo rebelarse» [1].

La marca del mundo moderno es la imaginación de sus beneficiarios y su refutación por los oprimidos. La explotación y la negativa a aceptar la explotación como inevitable o justa constituyen la perenne antinomia de la era moderna, unidas en una dialéctica que está lejos de alcanzar su culminación en el siglo XX.